



W. D. C. P.

SIGAMOLE

W. D. C. P.

PG7158

.S4

P88





1020025900



*Handwritten notes:*  
~~100~~  
~~100~~  
100  
XV



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO  
RICHARDO COVARRUBIAS

SIGÁMOSLE



AGENTE



FRONTERA TABASCO

OBRAS DE ENRIQUE SIENKIEWICZ

de venta en esta Casa Editorial

Quo Vadis? (60 millar.)  
Mas allá del misterio (Sin dogma.)  
Luchar en vano (La Viuda.)  
A Sangre y Fuego.  
El Diluvio.  
¡Sigámosle!—(Bartek el Vencedor.—Diario de un Preceptor  
—El Angel.)  
Pan Miguel Volodiovski.  
Liliana.  
Los Cruzados.  
En busca de felicidad (Por el pan.)  
Ana.  
Vida Rústica.  
La Familia Polaniecki.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

# ¡Sigámosle!

Bartek el Vencedor.—La misma dicha  
El Preceptor.—El Angel

TRADUCCION

DE

TOMÁS DE M. GRAELLS



100450

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 226 y 228

Buenos Ayres	México	Habana
MAUCCI HERMANOS	MAUCCI HERMANOS	J. LÓPEZ RODRÍGUEZ
Cuyo, 1070	Primera del Relox, 1	Obispo, 133 y 135
	1901	

34906

891.857

S.

PG 7158

54

R88



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. I.

IMP. DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA

---

---

## Bartek el Vencedor

~~~~~

I

Mi heroe se llamaba Bartek Slowik (slowik en polaco quiere decir rui señor), pero como cuando le hablaban tenía la costumbre de abrir los ojos, le habían puesto el nombre de «Bartek el estúpido», ó más sencillamente «Bartek el imbécil», en gracia á su extraordinaria ingenuidad.

Ultra estos tres nombres (en verdad el más corriente era el último) tenía un cuarto, oficial y de origen alemán.

Es preciso saber que las palabras *czlowick* (que quiere decir hombre) y *slowick*, no ofrece diferencia sensible para un alemán, y que los prusianos traducen con gusto, en nombre de la civilización, en el dulcísimo dialecto berlinés ó renano los nombres bárbaros de los pueblos slavos; pues bien, el día en que fueron incriptos los reclutas polacos en los registros militares prusianos, ocurrió la siguiente conversación entre un oficial y Bartek,

—¿Cómo se llama usted?—preguntó con desprecio el primero.

—Bartek Slowic.

—¿Czlowick? ¡Ah, sí! Está bien.

Y el oficial escribió en la nota Bartek Mensch (hombre).

Bartek era un campesino de la aldea de Poghnenbina, una aldea como hay muchas en el principado de Posnania, y hace tiempo, también en la República polaca. Ultra su pedazo de tierra y sus dos vacas, poseía también Bartek un caballo matalon y una mujer llamada Magdalena. Con todo eso podía vivir tranquilo y en gracia de Dios, y no exigía nada más á la vida. Pero un día, su paz y su inalterable tranquilidad se vió amenazada: Debía ir á la guerra.

Por la mañana recibió un papel por el cual se le invitaba á abandonar su país: al día siguiente tenía que ir á la estación, junto con los otros hombres de la milicia territorial de Poghnenbina, sin que el grano estuviese segado, sin haber colocado el heno en el granero.

Una vez que él se marchase, ¿cómo irían las faenas? Trabajando el invierno en la fábrica del país, Bartek tiraba adelante con su familia, y no estaban tan mal; pero una vez ausente, ¿quién procuraría un pedazo de pan para su pobre mujer?

Magdalena, al recibir el triste anuncio, empezó á llorar y á desesperarse.

—¡Dios mío! ¡Has sido un gran bestia, mi pobre Bartek; pero yo te quiero lo mismo! ¡Ya verás como los franceses te cortan la cabeza! ¡O quien sabe peor!

El comprendía perfectamente que su mujer decía la verdad, y tenía miedo de los franceses como del fuego. ¿Pero por qué había de batirse? ¿Qué le habían hecho los franceses? ¿Por qué había de ir á un país desconocido? Cuando se está en Poghnenbina se maldice la miseria, se lamentan las asperezas del tiempo; pero cuando se recibe la orden de partir, cuando estamos para abandonar nuestra pobre casa, aquellos á quienes queremos, entonces comprendemos que aquella vida mezquina vale más que las balas enemigas, y experimentamos un amargo pesar al tener que mudar de repente todas nuestras dulces costumbres.

Pero así lo quería el destino: el destino que siempre y por todas partes nos persigue, que nos hace sonreír y llorar, que nos vuelve locos de alegría y nos destroza el alma de dolor. Era preciso partir: Bartek besó y abrazó á su mujer, estrechó contra su pecho á su pequeño Franck, después tosió; se hizo la señal de la cruz y salió de la cabaña. Detrás de él iban sollozando Magdalena y Franck su hijo. Bartek les repetía:

—Idos... llorad despacio. Os oyen todos.

Así se pusieron en camino hacia la estación: por todos lados se asiste á esta triste escena: toda la aldea de Poghnenbina se ha dado cita allí: mujeres, viejos, niños, perros, acompañan á sus parientes queridos, llamados á cumplir su deber. Estos se hallaban enternecidos, solamente alguno fuma su pipa: dos ó tres están borrachos, caminan dando traspies, y dos ó tres campesinos alemanes, blancos de espanto, se esfuerzan en cantar con aire marcial el himno nacional.

Todos pasan por la calle principal, las bayonetas relucen al sol: una vieja agitando en el aire las manos grita furiosamente: «Dios nos castiga por nuestros pecados.»

Por todas partes resuenan las exclamaciones: ¡Franck! ¡Kacika! ¡Jonsek! ¡Sed felices!

Los perros ladran saltando al lado de sus dueños, y allá abajo en el extremo de la calle, en la modesta iglesita, el cura lee la plegaria de los agonizantes, porque muchos de esos que parten no volverán ya, mientras las campanas tocan á misa. La guerra se los lleva y devuelve muy pocos.

Los arados y las azadas se enmohecen ahora, y los campos permanecerán incultos porque Poghnenbina, aldea polaca perteneciente á Prusia, ha declarado la guerra á Francia.

Poghnenbina no quiere de ningún modo la preponderancia de Napoleón III en el equilibrio europeo, y ha tomado la defensa de la candidatura de un Hohenzollern al trono de España.

El tañido de las campanas acompaña á la multitud que ha salido de la aldea, delante de la imagen de la Virgen, todos se quitan el sombrero, y ardientes plegarias se elevan al trono de la gran Madre de Dios.

Densas nubes de polvo impiden la vista y la respiración; corre un viento recio, el cielo está puro y sereno. Por ambos lados del camino se descubren vastos campos de cebada madura, casi amarillenta, pero bien pocos de los que se van, volverán á comer el pan de esa cebada.

En el aire azul vibra aun el suave trino de la alondra.

El rumor y el estrépito se hacen insoportables: las paredes interiores y exteriores se hallan cubiertas de proclamas.

La guerra ha sido declarada «en nombre de Dios y de la patria alemana». Se comprende; la provincia entera debe ir á defender sus cabañas, porque los franceses han ofendido gravemente á los campesinos polacos, á los de Niedoli y de Miserowa especialmente.

Así, por lo menos, parece evidente á los que leen las proclamas.

La sala de espera está llena de gente y de humo de los cigarros. Es imposible hablar: todos se agitan, gritan, se llaman unos á otros; los zapatos recios de los soldados hacen un ruido de mil demonios; fuera, junto á la vía, en el andén, se oyen voces de mando en alemán, breves y concisas.

Pero de repente suena la campana... después á lo lejos, se oye un silbido agudo, prolongado... y poco á poco se percibe el ansia precipitada de la locomotora que se aproxima... por fin aparece el tren.

Un segundo toque de campana, y los vagones negros desfilaron uno á uno, deteniéndose delante de la estación. En todas las portezuelas no se ven más que uniformes y gorras con franjas rojas; á la cola del convoy hay algunos vagones descubiertos en los que van cañones de acero que relucen tenebrosamente al sol, sobresaliendo sus fauces abiertas, casi amenazadoras: después más soldados aún, sentados en los vagones descubiertos, con fusiles con la bayoneta calada.

Se les ha ordenado á los soldados que canten: el tren parece como si se estremeciera, tan fuertes

son las voces que salen de aquellos pechos viriles: todo da señal de una gran seguridad, de fuerza, de precisión.

Los soldados de la milicia territorial se ponen en fila y otra vez aún, tratan de darse el último adiós.

Bartek, abriendo desmesuradamente sus ojos celestes, exclama:

—¡Conque... Magdalena, adiós, consérvate bien!

—¡Sí, pobre marido mío!

—¡No me verás ya!

—¡No, seguramente, desgraciada da mí!

—¿Qué le hemos de hacer? Este es mi destino.

—¡Que la Santa Virgen te proteja y te libre de mal!

—¡Consérvate bien, y cuida la casa!

La esposa abraza estrechamente al marido mientras solloza.

—¡Que Dios te ayude siempre!

Han llegado los últimos instantes. El tren está á punto de partir, no se oyen más que los gemidos y los lamentos de las mujeres.

—¡Seguid bien!

Pero los soldados, de cuatro en fila, se preparan á subir al tren.

Ya no son el Ladislao, el José, el César de Poghnenbina, son una masa negra que se mueve con la exactitud y con la precisión de una máquina; el cuadrado se descompone en cuatro largas filas, cada una de las cuales, semejante á una cinta negra, desaparece en el interior de los vagones.

Por último todos han subido. Silba la locomotora... toca de nuevo la campana de la estación... un vapor ligero sale de la chimenea de la máquina,

que otra vez comienza su carrera ansiosa, avanzando en medio del humo que va arrojando.

El llanto de las mujeres, abandonadas de los que aman, resuena en el aire como un gemido sordo y prolongado: las unas se cubren la cara con el delantal; las otras tienden los brazos hacia los vagones.

—¡Sé feliz y vive contento, Bartek!—repite una vez más Magdalena—y no tengas miedo. ¡La Virgen Santa te protegerá!

—Cuida de nuestra casa—dice Bartek.

Los vagones están ya distantes y se alejan rápidamente.

—¡Acuerdate que tienes una mujer y un hijo!—grita Magdalena corriendo detrás del tren.—¡Buena suerte, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, buena suerte!

El tren desaparece arrastrando en sus vagones á los guerreros de la aldea de Poghnenbina, de las dos Krsywda, de Niedoli y de Miserowa.

## II

Magdalena vuelve a la aldea sollozando con las otras mujeres de Poghnenbina. Mientras tanto, por la parte opuesta, entre la niebla lejana, el tren va penetrando y es ya un punto negro. Por la ventanilla del departamento de Bartek casi ya no se distingue la aldea de Poghnenbina; únicamente las co-

pas redondas de los tilos son aún visibles; también brilla la cruz sobre el campanario, pero poco á poco los tilos se alejan, desaparecen, la cruz no es más que un punto luciente en el aire. Hasta que ese punto es visible, Bartek lo contempla, pero cuando ya no lo puede descubrir se siente desfallecer de repente. Le parece hallarse perdido en el vasto mundo; mira al suboficial diciéndose que aquel hombre, después de Dios, tiene todo el poder sobre él.

Lo que ha de ser de Bartek, el sargento lo sabe por él, porque un soldado no sabe nada y nada comprende. Sentado en un banco, con el fusil entre las piernas, el suboficial fuma con su hermosa pipa de porcelana; ¿es acaso el humo lo que oscurece su semblante? Tal vez; pero á Bartek se le antoja que tampoco él parece muy contento de partir; también otros soldados lo miran ahora: de aquel hombre depende su porvenir y al presente están bajo su voluntad. En Poghnenbina cada uno es amo en su casa y piensa en los propios asuntos; aquí por el contrario, es el suboficial el que piensa por todos. Si manda que se mire á la derecha, á la derecha hay que mirar, y si á la izquierda, á la izquierda sin chistar.

Los soldados se miran entre sí como preguntándose: «¿Qué será de nosotros?» Aquel sargento también hubiese estado muy contento de saber donde le mandaban; pero los superiores lo han ordenado y ¡basta!

En tiempo de guerra la disciplina es aún más severa; no se sabe nunca lo que está permitido y lo que está prohibido: los soldados ni siquiera se atre-

ven á preguntarlo: sólo la palabra «Kriegsgericht» (1) los petrifica, aunque no la comprenden del todo. No obstante están persuadidos de que el suboficial ha de serles aquí más útil que en Posen, cuando hacían las grandes maniobras en tiempo de paz; pensará en ellos y no darán un paso sin que él lo haga, y en todas las ocasiones protegerá á sus soldados.

El suboficial, aburrido de tener el fusil entre las piernas, lo entrega á Bartek, que lo coge permaneciendo con los ojos muy abiertos sin tener el valor de respirar, ¡nada menos que tener el fusil del suboficial!

Nadie está alegre; únicamente al llegar á las estaciones, donde se ve siempre á un oficial de gran uniforme, cantan los soldados; al descubrirlo sienten miedo, y entonces entonan que es un contento.

Hasta el suboficial ya no está muy alegre; se nota que se encuentra embarazado; grita, aulla y mueve ruido al oficial que impasible asiste á la partida de las tropas, anotando en su cartera el número de los hombres que llegan de las diversas estaciones.

Pero apenas el tren empieza á moverse, todo vuelve á la perfecta tranquilidad; solamente los vagones hacen un rumor sordo, á causa de las ruedas que giran haciendo un estrépito pavoroso, ¡pun, pun, pun tom! ¡pun, pun tom! A cada parada se añaden nuevos vagones y nuevas máquinas: no se ven más que gorras, cañones sobre las plataformas, las lanzas de los hulanos y las bayonetas de la infantería.

(1) Consejo de guerra.

El tiempo hace esperar una mala noche; por occidente el cielo está manchado de un color fuerte, rojo anaranjado. El tren continúa corriendo á toda velocidad hacia la parte de aquel rojo donde está la Francia, que ahora parece un mar de sangre. En el zénit se descubren algunas nubecillas teñidas del color rosado del sol.

Por último, el convoy cesa de recoger soldados en varias estaciones; el regimiento está ya completo.

Por la ventanilla Bartek ve desfilar rápidamente y desaparecer de repente los caseríos, las aldeas, los campanarios de las iglesias, los estanques, las casas aisladas, los bosques. Y todo aquel conjunto pasa con rapidez ante los ojos de los soldados tristes, desanimados; el primer dolor, no obstante, ya ha pasado, y ya empiezan á hablar entre ellos, mientras el suboficial, con el saco puesto á guisa de almohada, duerme con la pipa en la boca.

Woitek Guisdala, campesino de Poghnenbina, como Bartek, le dió un codazo:

—Oye—le dijo.

Bartek lo miró con sus grandes ojos abiertos.

—¿Por qué me miras de ese modo? Pareces un becerro que llevan al matadero. Aunque en el fondo, al matadero es donde nos llevan.

—¡Oh, oh!—exclamó Bartek, blanco como el papel.

—¿Tienes miedo?

—¿Cómo no tenerlo?

—Mira qué encarnado está el cielo. ¿Sabes qué es eso imbecil? ¿No? Pues, sangre. Esto es la Polo-

nia, y á la otra parte por donde el sol se ha puesto, está Francia...

—¿Llegaremos pronto?

—Siempre demasiado pronto para hacernos matar. Dicen que está muy lejos, pero los franceses no tardarán en estar sobre nuestras espaldas, no lo dudes.

—Woitek.

—¿Qué quieres?

—¿Qué clase de gentes son esos franceses?

La ciencia de Woitek no es muy vasta: sabe solamente que los franceses son franceses, nada más; á los viejos había oído decir que los franceses vencen siempre en la guerra, y que no son un pueblo polaco; pero ¿cómo explicar todo eso á Bartek?

—¿Qué clase de gente?...

—Sí...

Woitek conoce tres pueblos: en una parte están los rusos, en otra los alemanes y en medio los polacos. Los alemanes y los franceses están á un mismo lado, y por eso contestó de este modo:

—Los franceses son como los alemanes, con la diferencia de que son mas holgazanes que los alemanes prusianos.

—¡Canallas!—exclamó Bartek indignado.

Hasta entonces no había sentido otra cosa que un gran miedo, y ahora notaba que se despertaba en él un odio indescriptible contra aquel pueblo enemigo. Pero no habiendo comprendido aun bien, añadió:

—¿Entonces los alemanes se baten contra los alemanes?

A Woitek se le ocurrió la feliz idea de recurrir á un parangón y dijo:

—¿Acaso tu Frank no riñe nunca con mi Janko?

Bartek quedó con la boca abierta, asombrado de la exactitud de aquel ejemplo, y miró á Woitek, lo menos un minuto, lleno de admiración.

—Sí, es verdad.

—También los austriacos son alemanes; ¿no se han batido los prusianos contra ellos? El viejo Swierozcz me ha contado que el general Steinmetz les gritaba: «¡A ellos, comaradas, desembarzaos de esos alemanes!» Me parece, sin embargo, que con los franceses la lucha será más difícil y más áspera.

—¿De veras?

—Los franceses, como ya te he dicho, son siempre vencedores; si se aproximan ya no te dejan. Figúrate que un francés es dos ó tres veces más fuerte que un campesino polaco; llevan la barba como los hebreos de nuestro país, negra como la del diablo. ¡Cuando los veas puedes decir adiós á la vida!

—¿Entonces por qué nos envían á luchar con ellos?—preguntó Bartek en el colmo de la desesperación.

A tal pregunta contestó filosóficamente Woitek.

—¿Y tú crees que yo tengo gran deseo de hacerme romper la cabeza por ellos? Pero mira; si no vamos nosotros, vendrán ellos. He leído en un periódico alemán que los franceses son los hombres más crueles de la tierra, que devastarán nuestros campos, incendiarán nuestras casas, lo saquearán todo,

como puedan... y por eso precisamente el gobierno les ha declarado la guerra. ¿Comprendes ahora?

—Ya lo creo que comprendo—contestó Bartek amargamente.

Woitek continuó:

—¡Y son aficionados á las mujeres como los perros á la manteca!

—¡Entonces si vienen á Polonia, le harán el amor á Magdalena!

—¡Claro! ¡Figúrate que hasta á las viejas cortejan!

—¡Oh, oh!—exclamó Bartek de una manera que quería decir: «Si eso sucede, pobres de ellos».

Tal pensamiento lo puso fuera de sí; esos brigantes de franceses podían devastar todo lo que quisiesen, pero ¡cuidado con atreverse á cortejar á Magdalena!

Desde entonces la guerra tenía para Bartek todo el interés de una cuestión personal; y se sintió inmensamente dichoso cuando vió transportar tantos cañones y tantos soldados para impedir á los franceses que llegasen á tocar á su mujer; y sin darse cuenta apretó los puños con fuerza; al miedo que tenía se unió un vivo sentimiento de odio, y entonces pensó que habian hecho bien mandando todos aquellos soldados á la guerra.

La noche se aproximaba á grandes pasos; los vagones saltaban sobre los carriles desiguales, los soldados se estremecían medio dormidos, y sus gorras movíanse ya á la derecha y á la izquierda.

Pasó una hora, pasaron dos; de cada chimenea de las tres locomotoras salían lluvias de chispas;

Bartek no podía dormirse. Ideas extrañas, ridículas, se agitaban en su cerebro: pensaba en la guerra, en Magdalena, en Poghnenbina, en los franceses y en los alemanes.

No obstante comenzó á amodorrarse poco á poco, pero tenía un sueño agitado; soñó que su perro Lyset reñía con el de Woitek, grande y fuerte, y que la sangre corría á ríos. Quería coger un bastón para separar á aquellos dos animales, cuando he aquí que un francés más negro que el diablo, fué á sentarse al lado de Magdalena, para susurrarle alguna palabra de amor; su mujer parecía contenta y sonriente, y reía enseñando sus dientes blancos. No lejos de allí otros franceses se reunían riéndose de Bartek.

Las locomotoras silbaron al pasar delante de una estación, y en aquel momento parecióle que los franceses exclamaban: «Magdalena, Magdalena, Magdalena», con voces y espresiones diversas. Bartek fuera de sí grita:

—¡Pillastres, dejad tranquila á mi mujer!

Peró ellos continúan llamando:

—¡Magdalena, Magdalena, Magdalena!

Franck y Janco chillan; toda la aldea prorrumpe en gritos:

—¡No les permitas que te roben á la mujer!

Bartek se sintió como atado. Pero no, la cuerda que lo sujeta se ha roto, y puede lanzarse sobre un francés, y lo coge por la barba...

De repente siente un agudo dolor en la mejilla, algo así como un golpe violento, asestado con fuerza. Se despierta y da un salto, todos los que había en el coche preguntan qué ha sucedido. Es el pobre

Bartek, que ha agarrado por la barba á su sargento, y que ahora está derecho como una I, con la mano en la sien, en pie delante de su superior, que jura y perjura, chilla y clama como un condenado; pero Bartek no abandona su actitud respetuosa y espera que el suboficial le dé un puñetazo en las narices.

Los otros soldados se muerden los labios para no echarse á reir á carcajadas, pero se contienen porque el sargento continúa gritando:

—Asno polaco. Bestia maldita, que no otra cosa eres.

Poco á poco todo se calma: Bartek vuelve á su puesto y nota que tiene el carrillo izquierdo hinchado. Las locomotoras, como para burlarse de él, continúan susurrando:

—¡Magdalena, Magdalena, Magdalena!

### III

Por la mañana, al alba, la luz del día naciente, iluminó los rostros de los soldados fatigados y entumecidos por una noche de tren: unos durmiendo con la cabeza inclinada sobre el pecho, quien sobre el hombro del compañero, quien por último con la

cabeza echada hacia atrás. La aurora naciente cubrió de un vago color rosado los vagones oscuros, la tierra gris, los árboles verdes, y bajo aquella claridad indefinida, todo tomó un aspecto alegre. En el aire se sentía una frescura vivificante; los soldados se despertaron uno á uno, miraron á su alrededor estupidamente, sin acordarse porque se hallában en el tren, contemplando con los ojos aún trasoñados, los lugares que desfilaban delante de ellos.

—¿Dónde están Poghnenbina, la grande y la pequeña Krsywda, dónde Niedoli?

Estamos en territorio alemán y la Polonia está bien lejana detrás de ellos.

Por todas partes del camino de hierro se levantan colinas, en las cuales crecen encinas majestuosas; en los valles, aún envueltos por la niebla, se descubren casitas de techos cubiertos de tejas, con las puntas negras de las vigas que salen por las paredes blancas. Todas las casas estan rodeadas de jardines y de viñedos; muy lejos descubrense los campanarios en punta de las iglesias protestantes, y las chimeneas altísimas de las fábricas. La estepa ya ha desaparecido; el horizonte es más estrecho y no permite que la mirada se espacie libremente; ya no se ven prados enormes, y en vez de todo eso, mucha gente. Las ciudades y las aldeas aparecen y desaparecen, y el tren pasa sin detenerse por delante de un gran número de estaciones secundarias.

Poco á poco el sol despunta por detrás de los montes: ¡es un espectáculo fascinador! Un soldado comienza á rezar la plegaria de la mañana y des-

pués siguen todos su ejemplo: los fusiles han sido puestos á un lado, y todos rezan con la cabeza descubierta haciendo la señal de la cruz.

El tren llega finalmente á la estación de una gran ciudad y la multitud lo rodea de un modo improvisado, gritando alegremente: ¡Victoria! ¡Victoria! Del campo de la guerra han llegado noticias de una batalla, en que los alemanes han vencido.

Los hombres estan rebosando alegría, ofreciendo un espectáculo que anima y conmueve, el que desborda de aquellos corazones. Algunos hombres semi-desnudos paseáanse por la estación contando, aún á aquellos que no quieren saberlo, los detalles auténticos recogidos aquí y allá: y ya algunas banderas ondeaban sobre los techos. Cuando el tren se para definitivamente, invade la gente los vagones llevándo á los soldados cerveza y tabaco: el entusiasmo llega á su último grado, la música de un regimiento que esta para partir, entona el himno alemán.

Parece que los alemanes han derrotado por completo al enemigo, apoderándose de una gran cantidad de cañones y no menos banderas.

La multitud sigue ofreciendo bebida á los soldados que comienzan á divertirse, y todos se animan; aquí y allá se oyen cantos de los guerreros polacos, los de Poghnenbina entonan un himno nuevo: «¡Bartek, Bartek no pierdas la esperanza!» La muchedumbre escucha atentamente aquella música y aquella lengua que no conoce.

—¡Los polacos! ¡los polacos!—se oye repetir en alemán;—los vagones son rodeados de más cerca,

y todos quieren saber las maravillas realizadas por aquel regimiento polaco.

El carrillo de Bartek entre tanto ha continuado hinchándose: los largos bigotes amarillentos, los ojos abiertos de par en par como de solito, su aspecto de hombre fuerte y robusto, le dan un aire terrible y la gente le mira como si mirase á un salvaje. Los alemanes, se van satisfechos de poseer defensores semejantes, que no les cuestan un céntimo, y que hasta están orgullosos por batirse con los franceses en honor de la nación alemana.

En la cara de Bartek se lee una gran satisfacción; también él se alegra de que los franceses hayan sido derrotados, y sonríe con complacencia: de ese modo ya no podrán ir á Poghnenbina á cortejar á Magdalena. ¡Miradlo! Come con un apetito envidiable: las salchichas, la carne, los vasos de cerveza, desaparecen en su estómago como una piedra en un pozo: todos le ofrecen cigarros y tabaco, y por último dinero, y él no rechaza nada.

—Que buena gente son estos alemanes,—murmuró á Woitek,—y ya ves, ¡han derrotado á los franceses!

Pero Woitek es un escéptico, y matando una á una las ilusiones de su amigo le dice:

—Mira que los franceses son muy malos; al principio parece como que son vencidos, pero cuentan luego que ha sido en burla y que son ellos los vencedores.

Bartek no duda ni por soñación de las palabras de Woitek, y está firmemente persuadido de que Europa entera es de su opinión.

El tren entre tanto reanuda su marcha; corre

velozmente dejando detrás de sí las casas sobre las cuales ondean banderas prusianas, sajonas, alemanas. En las estaciones hay que esperar largas horas, porque todas las líneas están llenas de trenes cargados con las tropas que la Germania lanza sobre Francia, constituyendo una enorme mancha negra que vá á inundar la Alsacia y la Lorena, para estenderse por último hasta París, ¿que digo? hasta el Havre.

En todas partes los soldados son acogidos con aplausos, para infundirles valor; los vagones están adornados de verde y de flores; algunos hulanos tienen en una mano la lanza y en la otra un ramo de flores; aquellos hulanos son polacos.

La desanimación experimentada por los soldados al dejar á Poghnenbina, se ha desvanecido al presente; las tropas están alegres de una alegría desbordante; pero tal disposición de animo se desvanece á la vista de un tren de heridos. ¡Qué desolación! Aquel tren espera horas y horas en la estación y los pobres soldados permanecen allí privados de cuidados y de pronto remedios, ¿pero que importan ellos? Están heridos y por lo tanto ya no son útiles para nada; es necesario que las nuevas fuerzas partan y lleguen en seguida al campo de batalla, ¡los otros pueden esperar! ¡Y allí se revela en toda su brutalidad, el espíritu feroz y práctico de la Germania!

El tren en que vá Bartek no puede salir hasta pasada media hora; el coronel que tiene el mando de la estación ha ordenado que los soldados de la Pomerania, sean los primeros que partan y durante ese tiempo va Bartek á visitar á los heridos. Algu-

nos están en los vagones cerrados, pero como son muchos se ha tenido que recurrir á los vagones de mercancías, descubiertos, y con facilidad se les puede ver.

Todo el ánimo y todo el valor amontonado en el pecho de Bartek, escapa al echar la primera mirada sobre aquellos desgraciados.

—Ven aquí,—grita á Woitek,¡—Mira cuantos han destrozado esos malditos franceses!

¡En efecto están propiamente destrozados estos pobres diablos! Los unos están pálidos, acabados; los otros con las manos llenas de pólvora, las tienen aún teñidas de sangre; á los gritos de alegría de la multitud que saludan á los que llegan, contestan los lamentos de los heridos. Algunos, que tienen únicamente un brazo roto de un balazo, ú otra herida no grave, maldicen la guerra, á los franceses y á los alemanes. De sus lábios pálidos y horrorizados, escapa de vez en cuando un solo grito, pero siempre igual: «¡Agual!»

Entre ellos los hay moribundos; algunos con la cara serena y tranquila, pero pálida, no ven, ni sienten nada, otros, por el contrario, presas de la más negra desesperación, entreven y sienten el fantasma de la muerte próxima y su mirada es espantosa y horrible, mientras su expresión se altera visiblemente.

Bartek tiene ante su vista, las primeras víctimas de la guerra: ¡cuántos jóvenes hermosos y fuertes caídos bajo el hierro enemigo, son ahora fríos cadáveres!

El pobre polaco, no sabe que pensar; su cabeza es un verdadero caos; y con la boca abierta delante

del convoy, contempla el espectáculo, tambaleándose como un borracho; lo empujan por todos lados pero no hace caso.

—¡Oh Señor Dios!

—Así te pasará á tí, así nos pasará á todos,—dice Woitek.

—Jesús María. ¡Y decir que tantas personas se matan unas á otras! Sin embargo cuando un campesino se pelea con otro, llegan los guardias y meten á los dos en la cárcel.

—Ahora por el contrario el matar á todas las personas que sea posible, constituye una gloria. ¡Crees tú que en la guerra se dispara al aire como en las maniobras?

Bartek sabía muy bien que en la guerra se matan muchos hombres y no obstante cuando vió á aquellos pobres heridos, experimentó tal sentimiento de pena que se vió obligado á apoyarse en Woitek para no caerse.

Sintió de nuevo un gran respeto por los franceses, y en nada disminuyó hasta que llegaron á Colonia.

Allí vió á los primeros prisioneros provenientes de Deutz rodeados de una multitud curiosa, pero pudo mirarlos sin odio, con sus ojos azules muy abiertos, pudo aproximarse á un vagón abriéndose paso con los codos por entre la muchedumbre.

Los soldados franceses, pequeños, sucios, con los capotes desgarrados, recubiertos de fango, están amontonados en el tren como sardinas en barril. Bartek tenía de los franceses una idea bien distinta y no podía creer que aquellos hombrecillos pudie-

sen ser tan valientes. Buscó á Woitek con los ojos para decirle.

—¿Qué es eso que me has contado? Son unos poluelos mojados tus franceses. Me podría comer cuatro á la vez...

—¡De veras! Están muy delgados,—contestó Woitek completamente desengañado.

—¿Qué lengua hablan?

—Seguramente no es el polaco...

Bartek ya un poco tranquilizado, fué recorriendo uno á uno los vagones.

—¡Pobres diablos!—exclamó contemplando á los franceses.

En los vagones siguientes había amontonados, apilados, muchos zuavos; estos interesaron vivamente á Bartek, que miraba con un poco más de respeto las largas barbas, los rostros oscuros y fuertes de aquellos soldados, y de nuevo perdió el valor.

—Estos son más robustos, ¡ves!—dijo en voz baja en polaco á Woitek.

—No has visto aún á los que no son prisioneros,—contestó su compañero.

—¡Deben ser espantosos!

—¡Verás!

Después de haber mirado por largo rato á los zuavos, fueron más lejos, pero cuando se aproximaron al vagón siguiente, Bartek dió un salto hacia atrás, como si alguien le hubiese empujado.

—¡Auxilio Woitek!

Por la portezuela se descubría la cara oscura, casi negra de un turco (1) de ojos resplandecientes;

(1) Soldado argelino.

probablemente debía estar herido porque en su rostro altivo se leían sufrimientos horribles.

—¿Qué es eso?—preguntó Woitek.

—¡Eso es un diablo, no es un soldado! ¡Dios mío ten piedad de mí, pobre pecador!...

—Mira los dientes que tiene.

—Vayáse al infierno. No tengo valor ni para mirarle.

Y con los hombros vueltos, aquel hombre alto y robusto tenía el aspecto de un niño castigado.

Pero en aquel momento recibió la orden de subir al tren, y apenas se hallaron sentados partió el convoy. Cuando llegó la noche Bartek no pudo dormirse; tenía siempre delante de los ojos el espectáculo de la jornada: la cara negra del turco y las horribles contorsiones de los soldados heridos, todo lo cual le daba pocas esperanzas de volver á su país sano y salvo. Y recordando la querida aldea abandonada, suspiró profundamente exclamando:

—Que bien se vivía allá abajo.

#### IV

La batalla de Gravelotte, en la cual tomó parte Bartek, le convenció de que en la guerra se puede mirar cuanto se quiere, pero no hay nada que hacer.

Al comienzo recibió orden su regimiento de ocupar la base de una colina cubierta de viñas, á lo lejos se oía el rumor de los cañonazos, mientras algunos escuadrones de caballería se aproximaban á ellos, haciendo retemblar la tierra bajo las patas de los caballos: las banderas brillaban al sol y resplandecían los petos de los coraceros.

En lo alto, sobre el monte, en el cielo azul, silbaban las bombas, que vistas de lejos parecían nebulillas blancas. Después el aire se llenó de humo de pólvora; la batalla como una tempestad, pareció romper por el lado de ellos, pero no por mucho tiempo. Poco á poco llegaban nuevos regimientos seguidos de algunas baterías de cañones; en un cerrar de ojos todo el valle se llenó de soldados; no se oían más que ordenes lacónicas; los ayudantes de campo corren velozmente en todas direcciones, espoleando á sus fogosos caballos. Los pobres soldados se dicen entre ellos:

—Dentro de poco ya estamos.

Y con angustia se preguntan:

—¿Empieza la batalla?

—¡Empieza ciertamente!

Todos comprenden que se aproxima algo incognito, enigmático... Acaso para algunos la muerte...

Entre el humo que envuelve toda la colina, se oye una detonación: son las baterías prusianas que bajan al llano; después un estallido... son las ametralladoras... De repente tiembla la tierra, y el aire se agita violentamente. Por encima de la cabeza de los soldados se oye un ruido que parece un prolongado silbido; se vuelven hacia arriba, y una rosa

resplandeciente circundada de una ligerísima nube de humo, pasa estridente, crepitante, rumorosa.

Los soldados gritan:

—¡Una bomba!

En efecto, llega como un huracán, se aproxima cae y estalla; hace una detonación espantosa; parece que la tierra quiera destrozarse.

La confusión reina un momento entre los soldados, pero á la orden de «¡Firmes!» cada uno vuelve á su puesto. Bartek está en primera fila con el fusil en el hombro, con la cabeza levantada, la barbilla adelantada, haciendo casi blanco de sí; pero sus dientes casteñetean.

Es imposible moverse; precisa estar quieto sin tener ni aún el consuelo de disparar. «¡Firmes!» «¡Atentos!» Y entre tanto silba una nueva bomba, una tercera, una cuarta, una décima... y el viento arrastra lejos de repente el denso humo que envuelve la colina.

Los franceses han arrojado la batería prusiana que la rodeaba; ahora la misma cima de la colina está ocupada por una batería francesa y desde allá arriba ametralla al valle. De los viñedos se elevan á cada instante borujones de humo blanco... y casi en seguida resuenan las detonaciones. Y la infantería francesa protegida por la artillería, empieza á tirar sobre el enemigo. Ahora se ven muy bien los pantalones y kepis rojos; en diversos puntos de la colina ondean las banderas tricolores. Los disparos de fusil se suceden, unos á otros, irregulares, rápidos, febriles; á estos contestan los cañonazos, y las bombas describen en el aire sus curvas ondulantes.

Por los campos, por los prados se oyen gritos, de vez en cuando resuena el *hurra* de los alemanes. Los fusiles descargados sin tregua hacen un rumor espantoso, horrible, insoportable. Eso no obstante el regimiento de Bartek no se mueve, se halla rodeado de franceses; las balas al pasar zumban como avispas, ó silban como mirlos. Su número aumenta, salen á millones, forman una verdadera lluvia.

Detrás de Bartek, á su lado, alguien lanza gemidos.

—¡Señor Dios!

Después de nuevo se oye la breve orden.

—¡Firmes!

Y otra vez,—¡Señor Dios!—seguido del—¡Firmes!

Por último ya no se oyen más que gemidos, suspiros de moribundos; la orden se repite, cada vez más frecuente; los muertos ya no se cuentan; crece el número de las bombas, de las detonaciones, parece el día del juicio final.

—¿Tienes miedo?—pregunta Woitek al compañero.

—Ya lo creo. ¿Cómo se hace para no tener miedo?—contesta Bartek temblando.

No obstante están ambos en pie y no piensan que uno de esos pequeños fragmentos de plomo pueda derribarlos.

Bartek ha mentido sin embargo; no tiene tanto miedo como quisiera hacer creer, piensa en el castigo que le impondrían si huyese: la disciplina le dá más miedo que la muerte inmediata y no vé la batalla tan horrible como es en realidad; piensa, sí, que también él podría quedar muerto y comunica su pensamiento á Woitek.

—No se acabaría el mundo si hubiese un imbécil menos sobre la tierra,—contesta Woitek con voz irritada.

Estas palabras tranquilizaron mucho á Bartek. Se diría que lo único importante para él, era que no acabase el mundo.

Por eso permaneció con el arma al hombro, sin pensar en nada, sintiendo un sudor de muerte que le inundaba el rostro.

Los disparos de fusil siguieron en aumento, nuevos regimientos vinieron en ayuda de los franceses; los soldados polacos caen en mayor número que antes, y solo se ve transportar muertos y heridos.

Las banderas tricolores se aproximan, la batalla se hace más encarnizada para los compañeros de Bartek; y mueren, mueren, mueren, unos después de los otros. Los soldados están desesperados, pero á su desesperación se une un momento de impaciencia y de rabia. Si tuviesen la orden de avanzar se lanzarían contra los franceses como verdaderas bestias feroces. Pero por el contrario se ordena esperar pacientemente; un soldado echa entonces la gorra por el suelo gritando:

—¡De este modo deben reventar las bestias!

Tales palabras bastan para calmar á Bartek, que ya no tiene miedo de nada. En efecto si los soldados reventasen allí como bestias, quiere decir que hasta entonces no había nada de serio, ni grave. Y no obstanle, á él le hubiera gustado ver una verdadera batalla pues su regimiento que no ha disparado un solo tiro está ya reducido á la mitad. Los soldados bávaros, sajones huyen en desorden por

todas partes; pero los de Ponghnenbina, de la grande y pequeña Krsywda, de Miserowa, están tan bien acostumbrados por la severa disciplina prusiana, que permanecen inmóviles como si estuvieran enclavados en el suelo.

Poco á poco, sin embargo, las filas empiezan á desordenarse; un momento aún y la cadena de la disciplina que los ha tenido sugetos hasta allí, está á punto de romperse.

La tierra está tibia y húmeda de sangre; al olor de la pólvora se mezcla otro especial; ya no se pueden estrechar las filas; los cadáveres forman montones pestilenciales, de los cuales es preciso alejarse.

En las filas se murmura:

—Nos han conducido al matadero.

—Ninguno de nosotros volverá á casa.

—Silencio brutos polacos,—dice un oficial.

—Es muy fácil de decirlo. Estás detrás de nosotros.

—Dónde está el animal que...

Un soldado comienza á recitar la plegaria: «A tú altísima protección...»

Y Bartek continúa:

—«Recurrimos ¡oh Santísima Virgen!...»

Los soldados siguen su ejemplo:

—«Acoje benignamente nuestras plegarias, ¡oh Santa Madre de Dios...»

La Virgen ha oído seguramente aquellas férvidas súplicas, porque en aquel momento mismo un ayudante de campo llega á todo galope y el coronel manda:

—¡Adelante á la bayoneta! ¡Hurra!

En un instante son caladas las bayonetas, los que quedan del regimiento se estienden en una larga línea negra, que emprende la carrera hacia la colina ocupada por los franceses.

Doscientos pasos los separan del enemigo; es preciso avanzar bajo un fuego homicida; es preciso avanzar más... ¿Morirán todos los que son, ó pensarán que es mejor que morir, huir dejando las armas sobre el terreno?

—¡Oh no! No desertaran, y mejor morirán todos hasta el último.

¡Ah! ¡Los prusianos saben que música debe tocarse á aquellos campesinos polacos! Entre el rumor de los cañones, en el punto culminante del encuentro, entre el olor agudo del humo, las trompetas prusianas comienzan á tocar:

«¡Y quieren decir que la Polonia está muerta.» (1)  
—¡Hurra!—contestan los campesinos soldados y continúan:

Hasta que vivamos...

Ya no piensan en la muerte; con la rapidez del rayo van al encuentro de los franceses, caminando sobre los hombres, sobre los caballos, y por último desaparecen en los viñedos, después de haber escalado un muro. Continúa resonando el himno polaco y de vez en cuando resplandece una bayoneta: la batalla se hace más furiosa y las trompetas conti-

(1) Es el principio del himno polaco de Teofilo Lenartowicz prohibido por Alemania en tiempo de paz.

nuan tocando. Violentas, incesantes, insoportables, son las detonaciones, luego cesan de repente.

Al pie de la colina, el viejo Steinmetz fuma con su pipa de porcelana, y dice sonriendo:

—Unas cuantas notas más de ese canto, y los valientes polacos habrán llegado á la cima.

Un momento después, una bandera tricolor gloriosamente desplegada al viento, se inclina y desaparece rápidamente entre las espesuras de la viña.

—¡No juegan!—observó Steinmetz contento.

Las trompetas vuelven á tocar la música polaca; el segundo regimiento polaco llega para sostener al primero. La lucha á la bayoneta continúa y aumenta de un modo extraordinario según parece.

¡Y ahora, Musa mía, repíteme los actos de valor de mi héroe, á fin de que yo pueda legarlos á la posteridad!

En su mente ingenua, el miedo, la impaciencia, la desesperación, todo esto reunido, se había transformado en un furioso sentimiento de rabia.

Bartek lo había olvidado todo, y empuñando con las dos manos el fusil, se había lanzado hacia adelante, siempre adelante, con sus compañeros.

Dos ó tres veces había caído arañándose el rostro, luchando contra las cepas; negro de barro y rojo por la sangre que le salía de la nariz, corría hacia adelante, con la boca abierta, abiertísimos los ojos para ver mejor á aquellos payasos de franceses, que se escondían detrás de los sarmientos amontonados, y cayó sobre tres soldados, uno de los cuales tenía en la mano una bandera,

Eran turcos.

Pero Bartek ya no les tenía miedo, y hasta era capaz de agarrar al diablo por los cuernos. Los tres turcos se abalanzaron sobre él lanzando un grito salvaje. Dos bayonetas le amenazaban ya el pecho, pero Bartek que al presente ha aprendido á manejar el fusil por la culata, se sirve de la bayoneta, una, dos veces.

Un grito desgarrador resuena por el aire y después otro, y dos cuerpos bronceados ruedan por tierra agonizantes.

En el mismo instante otros cinco turcos corrieron á defender la bandera: Bartek se echó sobre ellos como un loco, disparando el fusil, y antes que el humo se hubiese desvanecido, había hecho describir un medio círculo á su arma y nuevamente fué contestado con dos gemidos.

Los turcos dieron un paso atrás al ver á aquel gigante de la barba roja, de ojos desmesuradamente abiertos, que parecía un salvaje.

¿Pronunciaron acaso alguna palabra ó Bartek tuvo una alucinación? No lo sé. El hecho es que oyó pronunciar:

—¡Magdalena! ¡Magdalena!

—¡Ah, queréis á mi Magdalena!—rugió Bartek.—  
¡Brigantes!

¡Y en un minuto se encontró en medio de sus enemigos!

Afortunadamente algunos de sus compañeros vinieron en su ayuda. Entonces se empeñó una lucha profunda, todos callaban, no se oía más que la respiración ansiosa de los combatientes.

Bartek multiplicaba sus fuerzas, negro de pólvora, de barro, con la cara regada de sangre, parecía

más una bestia feroz que un sér humano. A cada bayonetazo contestaba con un golpe, que derribaba al enemigo, le destrozaba el fusil, ó le reventaba. Sus manos iban de derecha á izquierda con la precisión de una máquina, y destruían metódicamente.

Por fin consiguió saltar al lado del soldado que llevaba la bandera y de agarrarlo por la garganta; los ojos del francés salían casi de sus órbitas, por las pupilas asomó la sangre, después estragulado, muerto ya, dejó el asta.

—¡Hurra!—gritó Bartek abrazando el estandarte tricolor.

Todo esto lo había visto Steinmetz desde su puesto de observación.

Pero la bandera desapareció pronto, los compañeros del héroe continuaron avanzando, y Bartek otra vez solo, arrancó la seda del estandarte y se la escondió en el pecho, después arrojando al aire su fusil inservible, porque el cañón se había torcido, empuñó el asta con las dos manos y se lanzó entre los que peleaban.

La bandera de los turcos corría hacia la cima de la colina, próxima á las ametralladoras, pero Bartek y Woitek con los otros polacos los estrechaban de tal modo con las bayonetas, que apenas podían moverse. Los zuavos los recibieron con una última descarga: última porque no tenían más cartuchos.

—¡Hurra!—gritó nuevamente Bartek.

Tuvieron que batirse al arma blanca, y entonces fué cuando el segundo regimiento polaco acudió en auxilio del primero; Bartek se servía del asta de la bandera como de una pica. Rodeados casi por to-

das partes por los prusianos y los polacos un gran pánico se apoderó de los turcos, y en el punto en que Bartek atacaba, retrocedían aquellos espantados.

Nuestro héroe subió á caballo entonces sobre un cañón con la misma indiferencia que hubiera montado en Poghnenbina sobre su asno. En breve se halló sobre la segunda ametralladora: la victoria era completa: en un momento se apoderó del resto de las baterías, y los franceses que sobrevivieron, fueron cogidos por otro regimiento prusiano que los atacó por detrás, haciéndoles prisioneros. Era preciso haber visto á Bartek en el momento en que rendido por la gran fatiga, con la cara cubierta de sudor y de sangre, bajaba de la colina junto con los compañeros, llevando bien sujeta en la mano la seda de la bandera de que se había apoderado.

¡Qué pobres soldados son esos franceses! Esa frase, nada lisongera para los enemigos derrotados se hubiera podido leer en su rostro.

A su lado iba su amigo Woitek, también todo arañado y sucio de barro y de sangre.

Bartek al verlo gritóle:

—¡Valientes soldados tus franceses! ¿Por qué mentiste? ¡Parecían gatos, no han conseguido destrozarnos! ¡Si cojo á los otros verás!

—¡Quién podía suponer que tú fueras tan valiente!—respondió Woitek que había presenciado las prezas de su compañero, y que lo consideraba ahora de un modo muy diferente al de antes.

Todos sabían ya que Bartek había desplegado mucho valor: los oficiales, los suboficiales miraban estupefactos á aquel campesino enorme de grandes

bigotes rojos y de ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Ah maldito polaco!—le dijo amistosamente el mayor cogiéndole por la oreja.

Cuando el resto del regimiento se puso en filas, al pie de la colina, el mayor lo indicó al coronel y el coronel á Steinmetz.

El general examinó la bandera, ordenó que fuese guardada, y después miró atentamente á Bartek.

Hallábase éste como sobre ascuas y no sabía como contenerse.

El viejo guerrero lo examinó atentamente meneando la cabeza con satisfacción. Y distintamente se oyó la palabra: suboficial,

—¡Es muy bestia, excelencial!

—Veremos,—dice el general.

Y adelantó su caballo hacia donde estaba Bartek.

Enrojece, palidece, el infeliz campesino ¡quién sabe lo que va á ocurrir! Verdaderamente es un hecho raro que el general en jefe vaya á hablar á un simple soldado, y más á un polaco.

Su excelencia habla muy bien el polaco.

—¿De dónde eres?—preguntó á Bartek.

—De Poghnenbina.

—Está bien. ¿Y cómo te llamas?

—Bartek Slowic,

—*Mensch*.—explica el mayor detrás de Su Excelencia.

—*Mens*.—repite Bartek.

—¿Sabes por qué te has batido hoy con los franceses.

—Sí, Excelencia.

—Dilo entonces.

Bartek principió á balbucear.

—Porque..., porque...

De repente se acordó de lo que Woitek le ha dicho, y apresurándose, como temiendo olvidarlo, dice:

—¡Porque los franceses son también prusianos, pero más malos, más ignorantes, más bestias!

Los labios de Su Excelencia empiezan á estremecerse como si estuvieran á punto de soltar una carcajada, y volviéndose al mayor dice;

—¡Tenía usted razón!

Nuestro Bartek, contento de sí mismo, quedó firme.

—¿Quién ha sido el que ha ganado la batalla de hoy?—siguió preguntando el general,

—¡Yo, Excelencia!—contesta Bartek sin la menor indecisión.

Los labios de Su Excelencia se mueven con mayor fuerza que antes.

—Sí, sí. Seguramente. ¡Tú eres quien ha vencido!... ¡Mira! Aquí tienes la recompensa.

El viejo guerrero se quita del pecho la cruz de hierro, y se inclina para colocarla en la casaca de Bartek.

El buen humor del general, se comunica al coronel, al mayor, á los capitanes.

Cuando Su Excelencia se fué, el coronel dió á Bartek diez *thalers*, el mayor cinco y dos cada uno de los capitanes, y así sucesivamente. Todos le repitieron sonriendo pue él ha sido quien ha alcanzado la victoria y Bartek se siente transportado al séptimo cielo.

¡Cosa rara! Woitek es el único que no está contento de nuestro héroe.

Por la noche cuando estaban todos sentados alrededor del rancho y Bartek tenía la boca llena de salchichas con legumbres, Woitek le dice con dulzura:

—¡Pobre Bartek! ¡Qué imbécil eres!

—¿Cómo?—preguntó tranquilamente este último masticando.

—¿Por qué has dicho al general que los franceses son alemanes?

—¡Pero si tu me lo digiste!

—Sí, pero el general y los oficiales son alemanes.

—¿Y qué?

Woitek se embrolló.

—¡Y qué! Que no debías haber dicho que los franceses son alemanes peores que los prusianos. ¡Hubiera podido incomodarse!

—Pero yo he hablado mal de los franceses y no de los prusianos.

Woitek hubiera querido decir algo más á Bartek, explicarle que no se debe decir mal de los alemanes á los mismos alemanes, pero su lengua se negó y no pudo explicar por completo su pensamiento.

V

Poco tiempo después el correo real prusiano llevaba á Poghnenbina la carta siguiente:

«¡Que nuestro Señor Jesucristo sea bendito y también su Santa Madre!

» Queridísima Magdalena,

» En Poghnenbina no podéis imaginaros lo que es la guerra, porque vivís tranquilos en vuestra cabaña; pero aquí es una cosa terrible. Hemos llegado cerca de los fuertes de Metz, donde hemos tenido una gran batalla.

» He matado tantos franceses, que la infantería y la caballería han quedado asombradas. Por último el general me ha elogiado, me ha dicho que yo había conseguido la victoria y me ha dado su condecoración. Los suboficiales me respetan y ya no me dan puñetazos. Después hemos ido más lejos aún, donde hemos tenido otra batalla; no sé como se llama esa ciudad, pero también allí he vencido á los franceses, he cogido una bandera y he hecho prisionero á un coronel de coraceros.

» Como pronto quieren licenciar á los regimientos polacos, un suboficial me ha aconsejado que pi-

da quedarme, porque aquí se puede comer cuanto se quiere y beber buen vino sin pagar, pues estos franceses son muy ricos.

» Hemos incendiado una aldea; mis compañeros no han perdonado ni á mujeres ni á niños, y yo he hecho lo mismo. Hasta la iglesia ha sido incendiada con muchas personas que había dentro.

» Ahora vamos en busca del Emperador, y se acabará la guerra. Ten la casa en buen orden y ten cuidado de Franck, porque si cuando vuelva no lo encuentro todo como debe estar, te rompo las costillas.

» Te abraza de corazón, repitiéndote la expresión de mi afecto,

» BARTOLOMÉ SLOWIK.»

Bartek había tomado gusto á la guerra y empezaba á considerarla como á un oficio cualquiera; había adquirido una gran seguridad é iba al combate con la misma indiferencia con que en Poghnenbina ibase á trabajar al campo.

Al final de cada batalla brillaban en su pecho nuevas condecoraciones, y aun cuando no le hicieran suboficial todos le consideraban como el mejor soldado del regimiento.

Obedecía á la disciplina como al principio y poseía ese valor ciego del bruto que no se da cuenta del peligro. Tal valor no estaba fundado en la exasperación, como en el día de Gravelotte, sino que era una consecuencia del hábito de la vida militar y de la seguridad que el soldado tenía de sí mismo.

Su manifiesta fuerza física le ayudaba, por lo demás, á soportar las privaciones inevitables en tiem-

po de guerra. Los hombres morían en abundancia no tan sólo á manos de los franceses, sino á causa de las enfermedades que se desarrollan después de las batallas, como tifus, fiebres, etc.

Bartek continuaba siempre lo mismo, la única variación que había era que aumentaba su vigor: en poco tiempo fué el mejor soldado del ejército prusiano. Ya no se contentaba con combatir á los franceses: les odiaba. Sus convicciones se habían cambiado: se había transformado en un soldado patriota y adoraba á sus superiores. En la segunda carta escrita á Magdalena decía:

«Woitek ha sido hecho pedazos por una bomba; pero la guerra es la guerra, ¿no es verdad? Me decía él que los franceses eran alemanes; y los franceses son franceses y los alemanes alemanes.»

En contestación á estas dos cartas, Magdalena le hizo escribir la siguiente:

«Amadísimo Bartek:

» Nosotros hemos sido unidos y nos han bendecido en una iglesia católica, y Dios te castigará por tus innumerables pecados. Tú ya no eres cristiano, pero sin embargo no has cesado de ser el mismo imbécil de antes. ¿Cómo te atreves á matar á un pueblo cristiano con esos brigantes de prusianos? ¿No te acuerdas pues de que los prusianos son luteranos y que tú eres católico como los franceses?

» La guerra te gusta, vagabundo, porque puedes holgazanear á tu sabor, emborracharte, gandulear como un malhechor que incendia las iglesias. Ya

no haces ayuno; la carta que me mandas la has escrito en viernes, y descubro manchas de manteca. ¡Ya verás lo que te hace el diablo por todo eso en el infierno!

«¿Cómo te atreves á vanagloriarte, bruto, que no eres otra cosa, de no tener piedad ni de las mujeres ni de los niños? Acuérdate, imbécil, que debes combatir contra los soldados y no contra muchachos; no continúes tus picardías, porque si vuelves tan malo, te echaré de casa.

»Te mando cinco thalers, por si tienes gran necesidad, porque aquí los gastos son muchos.

»Te abrazo, mi querido Bartek,

»MAGDALENA.»

El sermón contenido en esta carta no hizo una impresión muy grande á Bartek. Doblóla en cuatro dobleces y se la guardó en el bolsillo de los pantalones murmurando:

—¡Parece mentira que las mujeres quieran meterse en todo, cuando de nada entienden!

Y continuó batiéndose contra los franceses como antes, distinguiéndose entre todos hasta el punto que llamó la atención de un personaje más elevado que Steinmetz.

Por último, cuando llegó la orden de que los regimientos polacos, mermados en una mitad, fueran licenciados, nuestro valeroso Bartek pidió quedar en Francia y fué enviado al sitio de París.

En sus cartas se traslucía ahora el desprecio que sentía por los franceses.

«Huyen como liebres», escribía. Pero la permanencia bajo los muros de París no le agradaba mu-

cho: era preciso que durante días enteros estuviese en las trincheras escuchando el rumor sordo del cañón, todo mojado, con la camisa empapada pegada á la carne.

Y después añoraba á sus compañeros polacos. En el regimiento en que se hallaba como cazador, eran todos alemanes. Como ya había aprendido á decir y á comprender alguna palabra en alemán, á cada momento oía llamarse con el nombre de «buey polaco» pero sus medallas y sus cruces le protegían contra los motes más terribles.

Después de algunas escaramuzas con los franceses, conquistó, en verdad, el respeto de sus compañeros: le decían que se había convertido propiamente en un verdadero alemán, porque cubría de gloria á todo el regimiento.

En otro tiempo hubiese acogotado á cualquiera que le hubiese dicho prusiano; pero ahora, por el contrario, decía de sí mismo con complacencia:

—¡Soy un alemán de verdad!

Sin embargo ocurrió un accidente que debiera haberle hecho reflexionar, si su basto cerebro hubiera sido apto para las reflexiones.

Algunas compañías de su nuevo regimiento fueron un día enviadas contra un batallón de francotiradores; se formó una emboscada en la cual los valientes voluntarios cayeron sin la menor dificultad; pero aquella vez Bartek no vió gorros rojos y galoneados huir al primer disparo. Rodeados por todas partes, los franco tiradores se reordenaron rápidamente y se defendieron con tanto valor, que los alemanes estupefactos, dejaron escapar á la mayor parte de los que quedaron, pues ya sabían es-

tos la suerte que les esperaba: todo el que no vistiese el uniforme del ejército regular y fuera cogido con las armas en la mano, era fusilado.

La compañía de que formaba parte Bartek no pudo hacer más que dos prisioneros, los cuales fueron conducidos á la cabaña del guarda bosque de la que se cerró la puerta con doble llave. Al día siguiente debían ser fusilados. Alrededor de la casa se había puesto de guardia algunos soldados, y Bartek, cuya estúpida fidelidad era bien conocida, fué el encargado de vigilarlos.

Uno de los prisioneros era un hombre de cierta edad, de bigote gris, de cara impasible; el otro tenía apenas veinte años, y con su bigote naciente, parecía mejor una señorita que un soldado.

—Hemos llegado á nuestra última hora,—dijo este último.—¡Fuego! y todo se habrá acabado.

Bartek experimentó un sentimiento de horror y dejó caer el fusil, que resbaló contra la pared.

El jovencito hablaba en polaco.

—No me importa nada,—contestó el más viejo.—La lucha me ha fatigado, y ya es tiempo de acabarla.

Bartek estaba conmovido, y su corazón latía con violencia.

—Oye,—continuó el prisionero de más edad,—ya veo que nuestros esfuerzos son inútiles y que todo ha acabado para nosotros, procura dormir, ó pensar en otra cosa cualquiera. ¡Que se la lleve el diablo esta vida desgraciada! No tendrás miedo, supongo.

—No, no tengo miedo, pero pienso en la pena de mi madre.

Y deseando disimular los tristes sentimientos de que se sentía invadido, comenzó á silbar.

—Ni siquiera he dicho adiós á mi madre.

—¿Huiste de tu casa?

—Sí, creí que los franceses vencerían á los alemanes, y que quizás entonces los pobres polacos serían un poco menos desgraciados.

—También lo creía yo, pero ya...

El viejo hizo un gesto negativo y Bartek no entendió las últimas palabras. El viento silbaba, la noche era fría; arreciaba el vendabal, una lluvia fina y penetrante batía contra las ventanas; el bosque vecino estaba negro como un velo de luto. La lámpara suspendida del techo, movíase con un ritmo continuo y á cada instante amenazaba apagarse.

Estraños sentimientos dominaban al campesino. Primero se había asombrado, había abierto desmesuradamente sus ojos azules, esforzándose por darse cuenta de las palabras de los prisioneros.

Habían venido, según decían, á combatir contra los alemanes, á fin de que los polacos no fuesen maltratados por los prusianos. Al otro día aquellos prisioneros serían fusilados. Sintió la necesidad de hablar con ellos. ¿Debía decirles que también era él polaco y que se apiadaba de ellos? Pero de repente se le apretó la garganta; no podía socorrerles, pues se exponía á ser fusilado también.

¿Qué hacer, Dios mío?

Apenas podía sostenerse en pie; experimentaba un sentimiento jamás hasta entonces sentido: la compasión invadía el corazón del soldado. Una voz

interior le decía: «¡Bartek, salva á tus compatriotas, son de tu mismo país!»

El corazón se le desgarraba: sentía un dolor intenso y siempre aquel mismo sentimiento le asaltaba, sin dejarle un momento en paz. La guerra con Francia le disgustaba ahora; le causaron horror las batallas, y la sangre derramada. El bosque seguía estando negro, y el viento silbaba á través de los árboles lo mismo que en Poghnenbina; y aquel viento le repetía: «Bartek, salva á tus compatriotas.»

¿Qué debía hacer? ¿Huir con ellos al bosque? Su alma perfeccionada por la disciplina militar prusiana se apartó de este pensamiento. ¡En nombre del Padre, del Hijo!., ¡Se hizo la señal de la cruz horrorizado! ¿Un soldado huir? ¡Jamás!

El bosque se hacía cada vez más triste y obscuro.

El prisionero más viejo dijo de repente:

—¿No te parece que el viento sopla como en otoño en nuestro país?

—Déjame en paz,—contesta el otro.

Pero involuntariamente grita en polaco:

—¡Como en nuestro país, como en nuestro país! ¡Dios mío!

Los prisioneros callan de nuevo, Bartek, no ha hecho nada malo, y no obstante siente el corazón oprimido, como si hubiera robado ó temiese ser descubierto. Nada lo amenaza, y no obstante está lleno de espanto. Las piernas se niegan á moverse, el fusil le parece excesivamente pesado, y siente el llanto que le sube á los ojos. ¿Por qué había de llorar? Magdalena está muy bien en Poghnenbina, tra-

ta de calmarse, pero no puede desprenderse de la compasión por el prisionero joven.

El viento aumenta de fuerza: Bartek cree oír voces extrañas, los gritos desgarradores de una madre.

De pronto los cabellos se le erizan, y le parece que alguien se lamenta en lo espeso del bosque, repitiendo: «¡A casa! ¡A casa!» ¿Su hijo Franck, no chillaba de aquel modo?

Un estremecimiento le recorre todo el cuerpo; da un golpe violento con el fusil para despertarse... En efecto dormía. Los prisioneros están tendidos por tierra; la luz amarillenta de la lámpara ilumina aquellos cuerpos; el viento ruge con fuerza; todo está como antes.

Ahora se ve mucho mejor la cara del joven prisionero; parece talmente la de un niño ó de una niña; pero sus ojos están cerrados, la cabeza echada hacia atrás sobre la paja, como si estuviese muerto ya.

Bartek no ha sufrido tanto nunca moralmente: nota que las lágrimas le corren por el rostro.

El prisionero de bigotes grises se vuelve penosamente y dice:

—Buenas noches, Wladik.

Después silencio absoluto: pasa una hora: el viento hace un ruido terrible, que se asemeja al sonido del órgano de su aldea.

Los prisioneros no se mueven; de pronto el más joven se levanta sobresaltado y llama:

—¡Carlos!

—¿Qué quieres?

*Sigámosle*

—¿Duermes?

—No.

—Oye. ¡Es raro! Piensa lo que quieras pero yo quiero rezar...

—Reza.

—«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...»

Pero los sollozos no le permiten continuar y llorando balbucea:

—Sí, «cúmplase tu voluntad.»

¡No, Bartek no pudo soportar una tal tortura! Un instante más y gritaría: ¡Señores, soy un campesino! Después por la ventana escaparía al bosque... ¡Dios mío, cúmplase tu voluntad!

Pero se oyen pasos regulares. Es la patrulla mandada por un sargento que releva á Bartek.

El día después, Bartek estaba borracho desde por la mañana, y borracho pasó dos días más.

Desde aquella noche le tomó un poco de más afición á las botellas. En la lucha se hizo aun más cruel y la victoria no le abandonaba nunca.

VI

Así pasaron algunos meses. Se aproximaba el verano. Los cerezos estaban en flor y la cebada verdeaba espesa en el campo.

Magdalena, sentada delante del hogar, preparaba patatas para el almuerzo. La recolección estaba aún lejana, y nadie sabía si había de ser abundante, por eso todos vivían pobremente en Poghnebina, y más especialmente en la cabaña de Bartek: El rostro flaco y triste de Magdalena lo decía claro.

Para olvidar el dolor que la dominaba, cantaba, cantaba con débil voz la canción en que «Yossek lucha en la guerra, escribe á su mujer y ésta le contesta porque es su mujer.»

Los pájaros cantaban furiosamente en el jardín, sobre la pared y en la ventana, como si quisiesen sofocar su canto. Magdalena calló un momento; acarició al perro extendido á su lado, abrió la puerta y apoyándose en el umbral, dirigió la mirada á la carretera blanca que conduce á la estación.

No miró en vano Magdalena aquel camino; á lo lejos veíase un hombre vestido de soldado; la mujer, poniéndose la mano á guisa de visera sobre los ojos, fijóse más, pero no pudo distinguir nada. Linck el perro se levantó, movió la cabeza y bostezó; lue-

go, después de haber sacudido las orejas, se estiró de nuevo.

Al mismo tiempo el sonido de un canto conocido, llegó á sus oídos. Dió un salto el perro y salió corriendo al encuentro del hombre que cantaba.

Magdalena palideció ligeramente:

—¡Que no sea Bartek!

Era Bartek, sin duda. Barteck lo había recibido con saltos; la mujer dirigióse hacia él corriendo y gritando con todas sus fuerzas, sonrosada de alegría.

—¡Bartek! ¡Bartek!

—¡Magdalena! ¡Soy yo!—contestó éste, apresurando el paso.

Por fin llegó hasta ella, y lleno de emoción, sintiéndose tambalear, cayó en sus brazos.

La pobre Magdalena decía rápidamente:

—Creía no verte ya y pensaba: lo habrán matado. Por fin estás aquí. Deja que te mire. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué flaco estás! ¡Amorcito, has vuelto, has vuelto por último!

Y le echó los brazos al cuello, abrazándole estrechamente.

—¿Has vuelto? ¡Gracias, Dios mío! ¡Mi pobre Bartek! ¡Qué cambiado estás! Vamos, vamos á casa. Franck va á la escuela y aprende muchas cosas. Está bueno, ¿sabes? pero abre los ojos como tú. Has hecho bien en volver; no sabía ya que hacer para seguir tirando. Una miseria. ¡Una verdadera miseria! La cabaña, se está cayendo; el techo se ha derrumbado. ¡Oh, Bartek, te vuelvo á ver! ¡Cuántas cosas durante tu ausencia! He tenido mucho trabajo; primero por el heno, después por el grano. Los

vecinos, no te olvides de darles las gracias, me han ayudado mucho... Pero... ¿y cómo te encuentras de salud? ¡Qué contenta estoy! ¡Has salido por fin de esa guerra maldita! ¡Dios!... ¡Bartek! ¿Qué tienes? ¡Santa Virgen!

Magdalena no había notado hasta aquel momento que Bartek tenía una gran cicatriz en la cara, de la sien á la barba.

—Nada. Me la hizo un coracero pero tuvo su merecido. Estuve en el hospital.

—Dios mío, Dios mío...

—¡Pse! No es nada.

—¡Que flaco estás!

—Tranquilízate—contestó Bartek en alemán.

En efecto estaba muy delgado, sucio y con la piel negra. Un verdadero vencedor. Además de eso vacilaba.

—¿Pero estás borracho?

—Tonterías. Estoy aun débil.

No estaba, realmente, restablecido, pero tampoco le faltaba una copa; después de la enfermedad una copita de aguardiente lo emborrachaba, y para tomar fuerzas se había bebido cuatro en la estación. Pero estaba rojo como un cangrejo y tenía el aire de un vencedor: no parecía ciertamente, el Bartek de antes.

—Tranquilízate: la guerra se ha acabado. Ahora soy un paisano, ¿comprendes? Mira—dijo después enseñándole á su mujer las cruces y las medallas.—¿Sabes ahora quién soy yo? ¡A derecha, á izquierda! ¡Heno, paja!...

Y pronunció tan fuertes estas palabras que su mujer retrocedió algunos pasos horrorizada.

—¿Pero estás loco?

—Conque Magdalena ¿cómo estás? ¿no sabes hablar francés, verdad? *Monsiü, monsiü*, yo soy un *monsiü*.

—¿Pero qué te pasa, pobre Bartek?

—¿Qué? ¿*Was? ¡Dounerweter!* ¿Comprendes?

La cara de Magdalena estaba lívida de cólera: la tempestad iba á estallar.

—¿Pero que lengua hablas? Creo que has olvidado el polaco con tus alemanes roñosos. ¿Qué han hecho de tí en este año?

—Dame de comer.

—Entonces *marche!* Vamos á casa.

Cada voz de mando militar producía un efecto inmediato. Al oír aquella palabra *marche* se enderezó: con las manos en los bolsillos, describió mecánicamente un medio círculo y caminó en la dirección indicada. Cuando llegó al dintel de su casa fué cuando se acordó de que no estaba en el regimiento, y que no era un sargento si no su mujer Magdalena quien le mandaba.

—¿Quién eres tú, quién eres tú para mandarme, Magdalena?

—¡Adelante, *marche* y pronto!

Obedeció Bartek refunfuñando, pero tropezó y vino al suelo. Despues, levantándose de pronto se puso á cantar y á buscar á Franck con los ojos, diciéndole por fin: «¡Buenos días, briboncillo!» aunque el niño no estaba en la cabaña. Al darse cuenta soltó una carcajada, dió un paso largo, dos cortos, gritó *hurra*, como en la batalla, y se tendió en la cama.

Por la tarde se despertó fresco y vigoroso: abra-

zó á Franck y fuese á hacer su solemne entrada en la taberna, después de haber pedido dinero á Magdalena.

La fama de su valor era conocida en toda la aldea mucho tiempo antes de su llegada, y por esto al saberse que se hallaba en la taberna, sus compañeros se apresuraron á ir, para ver bien de cerca al grande heroe.

Bartek se habia sentado ante una mesa de abeto: ninguno lo habria reconocido. Antes era muy tranquilo y ahora en cambio no hacía más que dar puñetazos sobre la mesa y reir estrepitosamente, alborotando como un carretero.

—¿Os acordáis, amigos, cuando vencí á los franceses, de lo que dijo Steinmetz?

—Ya lo creo que nos acordamos.

—Decían que los franceses eran horribles... se asustan y es un pueblo prisionero. ¿Y qué? Comen yerba como las liebres y como liebres corren. No beben ni cerveza ni vino.

—¡Ah!

—Cuando prendimos fuego á la aldea, gritaban: «Pits, pits» (1). Querían decir que nos hubieran hecho una taberna, si hubiésemos perdonado sus habitaciones; pero nosotros lo incendiamos todo.

—¿Se puede entender lo que dicen en su lengua los franceses?—preguntó un amigo de Bartek.

—Tú no los entenderías porque eres un bestia, pero yo sí. Vosotros nunca habéis visto á París. Allí han habido muchas batallas, pero nosotros hemos vencido siempre. Esos franceses, no tienen ni

(1) *Pits* en polaco significa beber.

generales, ni oficiales capaces, nosotros por el contrario los tenemos muy buenos.

Mateo Kierz, uu viejo inteligente meneaba la cabeza.

—Sí, los alemanes han obtenido la victoria, y nosotros los polacos les hemos ayudado. ¡Quién sabe que castigo nos reserva Dios por ese pecado! ¡Sólo El lo sabe!

Bartek abrió los ojos.

—¿Qué estás diciendo, bestia vieja?—preguntó.

—Los alemanes nos despreciaron mucho ya; pero ahora que han triunfado levantarán más la cabeza, y sin temer la ira de Dios, nos perseguirán aun más.

—¡Mientes!—gritó Bartek sacando espuma por la boca, hasta tal punto estaba enfadado.

Mateo ejercía en Poghnenbina una tal autoridad, que nadie se atrevía á contradecirle, pero Bartek era vencedor y se había creado por eso un gran ascendiente sobre sus paisanos. No obstante todos le miraban estupefactos y descontentos, porque en Polonia reina aun el respeto por la vejez.

—¿Quieres acaso disputar con Mateo?

—¿Qué me importa á mí Mateo? ¡No he hablado siempre con campesinos, he hablado hasta con generales! ¡Mateo miente! Veréis como ahora va todo mejor en Polonia.

—¡No eres mas que un imbécil!—contestó el viejo.

Bartek dió un puñetazo sobre la mesa con tal fuerza que todos los vasos y botellas se tambalearon por algunos momentos.

—¡Calla bribón! ¡heno! ¡paja! ¡heno!

—No chilles tanto, y pregúntalo si es verdad al cura ó al acalde.

—¿Acaso ellos han estado nunca en la guerra? No; y yo sí. No lo creáis, hermanos, ya veréis como todo va mejor para los campesinos [polacos. ¿Quién ha vencido en la guerra? Nosotros; y yo he vencido. Todo lo que ahora pida me será dado; si quisiera ser señor en Francia lo sería. El gobierno sabe que he derrotado á los franceses yo sólo. ¡Nuestro regimiento era el mejor de todos, no había mas que polacos! Todos se aprovecharán de esta victoria mía ¿comprendéis?

Mateo hizo con la mano un signo negativo, levantóse y fuese. Bartek creía haber obtenido otra victoria en política. Los jóvenes que se hallaban en la taberna acabaron por admirar su parecer.

Este continuó:

—Todo lo que pida, me será dado. Si no hubiese sido por mí, ¡sabe Dios, cuando se habría acabado la guerra! Mateo es un idiota ¿comprendéis? Si el gobierno manda que se vaya otra vez á combatir con los franceses, iré. ¡Quisiera ver que no me respetasen! Por último los alemanes... y si no mirad...

Y enseñó las cruces y las medallas.

—¿Por quién he combatido yo? Seguramente que no ha sido para dar gusto á los alemanes. Ahora yo soy con mucho, el mejor alemán, porque ninguno de ellos tiene las cruces y las medallas que yo tengo. Dadme cerveza. He hablado con Steinmetz y también con Pobielski, cerca de París. ¡Dadme cerveza de una vez!

Entonces comenzó una alegría indescriptible y Bartek entonó una canción:

*Bebamos, amigos, bebamos,*

De pronto sacó del bolsillo un puñado de monedas; las que le había dado Magdalena.

—Tomad; ahora soy un señor... ¿No las queréis? ¡Cuanto dinero tenía yo en Francia! Pero lo he acabado todo; tengo las manos agujereadas. ¡Cuanta gente hemos matado! Quemamos un monte de aldea, donde estaban los franco tiradores...

Al llegar aquí Bartek, cogió el dinero desparado sobre la mesa y lo arrojó al suelo.

—¡Dios omnipotente, ten misericordia de mis pecados!—exclamó tristemente, cubriéndose la cara con ambas manos.

Y calló.

—¿Qué tienes?—le preguntó un amigo suyo borracho.

—No es culpa mía—contestó con tristeza Bartek. —Me pesa no haberlos podido socorrer porque eran polacos. Uno de ellos era delicado como una niña... el día en que le fusilaron... Cuando los sepultaron sus cuerpos estaban aun calientes... Dame aguardiente.

Reinó un profundo silencio: todos estaban emocionados.

—¿Pero qué está diciendo?—preguntó uno.

—Y ahora soy borracho, compañeros—dijo lamentándose—la culpa la tiene esa maldita guerra.

Bebió otra copa de aguardiente y después otra.

Después de un nuevo silencio, escupió con desprecio y se puso alegre como antes.

—¿No habéis hablado nunca con Steinmetz, vos-

otros? ¡Hurra! ¡Bebed! ¿Preguntáis quién pagará? ¡Yo pago!

—¡Ah, quieres pagar el aguardiente á todos, borrachón! ¡Espera y te pagaré yo!—chilló Magdalena.

Bartek abrió los ojos húmedos y miró á su mujer con aire de asombro.

—Tú no has hablado con Steinmetz, ni tienes condecoraciones y medallas. ¡Anda, anda! ¡A callarse!

Magdalena no le contestó, y volviéndose hacia sus paisanos dijo:

—¡Ya veis que desgracia me ha cabido! Ha vuelto de la guerra y estaba muy contenta. Creía que seguía siendo mi marido un hombre bueno y honrado, ¡y ya veis como se emborracha este animal! ¡Y decir, Dios mío, que ha olvidado el polaco! Se ha dormido, ha echado su aguardiente, y aquí lo tenéis de nuevo bebiéndose esos céntimos que he tenido que darle, después de haberlos ganado con tanta fatiga! ¿Dónde has ganado ese dinero? Lo he sudado yo. ¡Oh, mis buenos vecnos, ya no es un buen cristiano, no es un hombre, si no un canalla, un alemán. ¡Brigante! ¡Canalla!

Magdalena estalló en sollozos, conmovida por el propio dolor, después levantó la voz, una octava:

—¡Era un bestia, pero era bueno! ¿Qué han hecho de él ahora? Lo he esperado día y noche. ¡Cuántas veces he llorado pensando que ya no volvería á verle! Mejor hubiera hecho Dios matándole, que convirtiéndole en alemán.

Bartek contestó:

—No chilles ó te cojo por el moño y te aplasto la cabeza.

—Sí, aplástamela, mátame—gritó la pobre mujer con voz desesperada, agarrándose al cuello de su marido.

Los campesinos, aburridos por aquella escena que no les interesaba, salieron uno tras otro de la taberna: acaso tenían miedo de que sus mujeres vienesen á buscarles, también.

—¿Por qué me agarras el cuello como á una oca? —vociferó Bartek.—Vámonos mejor á casa.

—Mátame—repetía la mujer.

—No pienso tal—repuso Bartek metiéndose las manos en los bolsillos.

El dueño de la taberna, deseando poner fin á aquella escena, apagó la luz, y por un minuto se oyó todavía la voz aguda de Magdalena:

—¡Mátame!

—Seguramente no—repetía Bartek con el tono solemne de un borracho.

Aquella noche se vieron salir dos personas de la taberna, que tomaron el camino que conduce á la aldea: una de ellas gritaba: era Magdalena; detrás de ella iba, con la cabeza baja, humildemente, el vencedor de Gravelotte y de Sedán.

## VII

La guerra había agotado á Bartek dejándole impotente para el trabajo fatigoso del campo. Implacaba esto un grave perjuicio para su hacienda doméstica, que necesitaba ser puesta en buen estado, por la mano vigorosa de un hombre.

Durante su ausencia, Magdalena había hecho todo lo que le había sido posible; trabajó de la mañana á la noche, los vecinos la habían ayudado muchísimo, y sin embargo, todo estaba en desorden: en aquella casa no había pies ni cabeza. Fué preciso acudir á Giusto, el labrador prusiano que había comprado en Poghnenbina un terreno muy malo y que ahora poseía la mejor casa de la aldea y el mejor rebaño del distrito; además había acumulado un capital que prestaba á crecido interés á los campesinos de los alrededores y al antiguo señor de la aldea, Jersinzky, el nombre del cuál, estaba inscrito en «el libro de oro,» (libro de la nobleza polaca), y que por esta razón, estaba obligado á sostener el honor.

Magdalena había conseguido un préstamo de

Giusto, algunas docenas de thalers, de los cuales, una parte habían servido para los gastos de la casa, y la otra para enviarle á Bartek.

La deuda hubiese podido ser saldada si la futura cosecha hubiera sido buena y Bartek hubiese podido trabajar; pero se sentía incapaz de arar y de cavar.

Magdalena, creyendo que Bartek se negase á ayudarle por pigracia, fué á ver al cura, para pedirle consejo, y procurara hacer volver al marido al buen camino; pero el cura aseguró á la mujer que Bartek no mentía.

Cuando había trabajado un poco, ya no podía más, acusando un dolor agudo en los riñones; entonces permanecía, durante toda la jornada sentado delante de la cabaña, fumando en su pipa de porcelana con el retrato de Bismarck con uniforme de coraceros, con la gorra en la cabeza. Miraba en torno con el aire del hombre ya emvejecido, necesitado de ayuda, de sostén; pensaba en la guerra, en las victorias alcanzadas, un poco en Magdalena, un poco en cada cosa, pero realmente en nada concreto.

Un día, mientras estaba sentado de este modo en un banco, oyó llorar por el camino á su hijo Franck. Volvía de la escuela y lloraba á más no poder.

Cuando estuvo cerca el niño, Bartek se quitó la pipa de la boca, y le preguntó:

—¿Qué tienes?

—¿Qué tengo?—repitió el niño sollozando.—Lloro porque me han dado un puñetazo.

—¿Quién ha sido?

—¿Quién? El señor Boegge. ¡Por vida!...

El señor Boegge era el maestro de Poghnenbina.

—¿Con qué derecho te ha dado un puñetazo?—preguntó Bartek.

Magdalena que sembraba patatas en el jardín, salió apenas oyó llorar al niño.

—¿Qué has hecho?

—¿Qué he hecho?... El señor Boegge me ha llamado: «¡cochino polaco!» y me ha dado un puñetazo, diciendo que ellos han derrotado á los franceses y que pueden hacer de nosotros lo que quieran, porque ahora son más poderosos que antes. Yo no le había hecho nada: me ha preguntado quién era el más grande hombre de la tierra, y le he contestado: «Juan Sobieski» como me había enseñado el cura. Entonces me ha dicho que era yo un polaco cochino: me ha dado el puñetazo y ha repetido que han vencido á los franceses:

Franck, que no cesaba de llorar, no hacía más que repetir: «Yo le he dicho, él me ha dicho.»

Magdalena cuando hubo comprendido el motivo por qué le habían pegado á su hijo, volvióse á Bartek exclamando:

—¿Comprendes? Vé, vé, á combatir contra los franceses, y el alemán apaleará á tu hijo como á un perro y lo insultará como á un... ¡vé á la guerra! Y entre tanto el *szwab* (1) matará á tu hijo... pero estarás contento... ¡ahí tienes la recompensa! Y empezó á llorar amargamente.

Bartek abrió los ojos, y quedó perplejo un mo-

(1) Nombre despreciativo de los alemanes en Polonia, Suiza, Bohemia.

mento: no podía articular palabra: no comprendía nada. ¿Sus victorias se habían olvidado acaso?

Por algunos minutos permaneció sentado aún; pero de repente la sangre le subió al cerebro y se levantó murmurando:

—Espera, que voy á hablar con él.

Y salió; la escuela no estaba muy lejos: Boegge estaba detrás de la iglesia, en el umbral de su casa, rodeado de algunos cochinitos á los que echaba cortezas de pan.

Era un hombre de cerca de cincuenta años, de cara dura, ojos grandes, enérgicos y obstinados, bajo el entrecejo arrugado.

Bartek se le aproximó.

—¿Eres tú bruto alemán el que te has atrevido á pegarle á mi hijo? ¿Was?—preguntó el soldado.

El señor Boegge dió algunos pasos atrás, midió á Bartek de la cabeza á los pies, y dijo con tono fiemático:

—¡Largo de aquí, pedazo de polaco!...

—¿Por qué le has pegado á mi hijo?—repitió Bartek.

—¿Quieres que te pegue también á tí? Así verás quién es aquí el amo. Largo de aquí. Vete á quejar á quien quieras. ¡Vete!

Bartek agarró al maestro por un brazo gritando con voz ronca:

—¿Pero no sabes quién soy? ¿No sabes que he derrotado á los franceses? ¿Sabes tú á quién ha hablado Steinmetz? ¿Por qué pegar á mi hijo raza ruin prusiana?

El entrecejo del señor Boegge se frunció terriblemente, y como era muy fuerte para su edad,

resolvió desasirse con poderoso esfuerzo á su enemigo.

En el mismo momento, el vencedor de Gravelotte y de Sedan, recibió un sonoro bofetón: el campesino ya no se contuvo: la cabeza de Boegge dió dos ó tres vueltas con la regularidad de un reloj: el antiguo león se despertaba.

Oscar Boegge, un joven de veinte años, se apresuró á llevar socorro á su padre, pero inútilmente, porque con mano nerviosa, Bartek le tiró por el suelo, y el padre se sintió lanzado en el vacío con la precisión y la tensión de una catapulta. Para desgracia suya, en el patio había un barreño donde la señora Boegge recogía todo lo que podía darse á los perros, y allí cayó el señor Boegge con las piernas por el aire. Al ver tal espectáculo salió de casa la esposa gritando:

—¡Socorro, socorro!—y trató de sacar á su marido del barreño.

Al oír aquel grito, los campesinos alemanes que vivían en las casas próximas, corrieron, apresurándose á socorrer al compatriota. Una docena de ellos se echaron sobre Bartek, y empezaron á pincharle, á darle patadas y bastonazos con toda su alma. Por un momento se agruparon de tal modo que apenas podía distinguirse á Bartek, pero fué un instante; en un abrir y cerrar de ojos el campesino polaco, se arrancó de las manos de aquella masa, y como un loco, saltó hacia una empalizada y echó á correr. Los alemanes le persiguieron, la empalizada se rompió; el polaco se apoderó de un palo enorme como arma de defensa, y entonces los prusianos

*Sigámosle*

volvieron las espaldas y huyeron. Bartek les siguió, más no pudo alcanzar á ninguno.

Pero en un momento el número de alemanes se dobló; los que no se habían atrevido á ir en socorro de sus amigos, se apresuraron cuando vieron que se trataba de un sólo enemigo. Bartek se batía lentamente en retirada como una pieza de caza mayor perseguida por una muta de perros.

Cuando se detenía para hacer cara á los prusianos también ellos se detenían espantados ante aquel palo que el soldado tenía entre las manos; se contentaban con arrojarle piedras, una de las cuales le tocó en la frente. La sangre que brotaba de la herida, le impedía ver la calle; sentía también que se iba debilitando poco á poco; después le cayó el palo de las manos y cayó él mismo.

—¡Hurra!—gritaron los campesinos alemanes.

Pero no habían podido aun cogerlo, cuando ya se había levantado de nuevo pronto á la lucha, y eso dió á aquellos bravos que pensar. Hasta moribundo un león es siempre peligroso. Algunos campesinos polacos en el portal de sus casas, miraban atónitos aquella escena llenos de miedo; algunos jóvenes acudieron en socorro de Bartek, los prusianos batiéronse prontamente en retirada.

—¿Qué ha sucedido?—preguntaron todos

—Le he dado algunos porrazos al maestro de escuela porque ha pegado á mi hijo,—contestó Bartek.

Y perdió el conocimiento.

### VIII

Este suceso tomó proporciones formidables. Los periódicos alemanes insertaron artículos fulminantes sobre la persecución de que era víctima la pequeña colonia prusiana en Poghnenbina, y las acciones atroces de que la población bárbara y salvaje de aquel rincón polaco se había hecho culpable, maltratando á un respetable profesor, excitada por ideas antigubernativas, por el fanatismo religioso y por el obscurantismo católico.

El señor Boegge se hizo el héroe del día. Aquel modesto maestro de escuela que generosamente repartía las luces de la civilización en una de las partes más alejadas del reino, aquel misionero que deseaba educar á aquellos bárbaros ignorantes, y hacerlos accesibles (á fuerza de puñetazos) á las ideas modernas de libertad, de unión, y de humanidad, había sido la primera víctima de aquella agitación criminal. Por fortuna detrás de él había millones de prusianos, millones de alemanes, que seguramente no permitirían etc., etc...

Bartek estaba muy lejos de pensar la tempestad que sobre él iba á descargar. Muy por el contrario no dudaba que había de ganar la causa ante el tribunal. ¿Acaso el señor Boegge no le había pegado

á su hijo? ¿No había sido él el primero en levantar la mano? ¿Los campesinos alemanes no le habían caído encima diez contra uno? Había tenido necesidad de defenderse; le habían herido en la cabeza; á él, cuyo nombre había sido el honor del ejército durante la guerra, él, el vencedor de Gravelotte y de Sedan: él á quien Steinmetz había hablado, y sobre cuyo pecho brillaban las medallas y las cruces.

Le parecía por último extraño que los alemanes hubiesen olvidado todo eso, y hubieran pensado en ofenderlo, y lo que menos comprendía era la amenaza de Boegge: los alemanes han vencido á los franceses y ahora pueden hacer lo que quieran de los polacos.

El no pensaba, pobre ignorante, que la Francia ha sido siempre simpática á Polonia, y creía que era seguro que el gobierno hubiese tomado su defensa: no podían olvidar los sacrificios prestados, y finalmente si todos le olvidaban quedaba Steinmetz que le protegería. Las deudas contraídas durante la guerra las pagaría el general y los superiores lo mantendrían.

No obstante Bartek fué arrestado.

Como las autoridades tenían una cierta resistencia de los habitantes de Poghnenbina, habían enviado un piquete de cinco gendarmes, con las carabinas cargadas; pero se engañaron, porque ni Bartek, ni los habitantes de la aldea pensaban en resistirse á las leyes.

Se le ordenó que se sentase en un carruaje, y él obedeció. Magdalena se desesperaba y no hacía más que repetir:

—¿De qué le sirve haber derrotado á los franceses? Se lo llevan á la cárcel.

—¡Calla, necia, que no eres otra cosa!—contestaba Bartek sonriendo alegremente.—Yo les demostraré que no se me ofende impunemente,—exclamó después desde el carruaje, ensanchándose el pecho lleno de condecoraciones.

El tribunal fué indulgente con él, y admitió las circunstancias atenuantes en favor suyo, siéndole por lo tanto condenado á tres meses de cárcel y ciento cincuenta marcos de indemnización á Boegge.

«El acusado», decía un periódico en la relación de este asunto, «no tan sonlo no ha demostrado ningún arrepentimiento en el curso de los debates, sino que se ha permitido dirigir al tribunal algunas injurias y recordar, no sé qué servicios, prestados por él al Estado; no obstante, el señor procurador inspirándose en su magnanimidad no ha juzgado necesario tomar en cuenta las injurias contra el tribunal y la nación alemana.»

Durante todo el tiempo que estuvo en la cárcel, Bartek tuvo todo el despacio para pensar en sus heroísmos de Gravelotte y de Sedan y del sitio de París.

Cometeríamos no obstante una injusticia si no consignáramos que el modo de proceder de Boegge fué públicamente censurado. Una mañana de lluvia, un diputado polaco de Landstag demostró con mucha elocuencia que las relaciones entre la autoridad y la minoría polaca, habían cambiado mucho, que los más graves castigos eran para los polacos, para los que habían combatido con tanto valor y

se habían hallado siempre en primera línea de batalla.

Al menos por justicia, merecían que se ocupasen más de conservarles sus derechos civiles. Según él el señor Boegge había abusado de su posición de maestro, sometiendo á los niños polacos á un castigo prohibido por la ley y llamando á uno de sus escolares «cochino polaco».

Cuando el diputado pronunció su discurso, he dicho que llovía, y como cuando no hace buen tiempo se está dispuesto á dormir, los conservadores hallábanse adormecidos, y los liberales también; y por último los socialistas bostezaban á más y mejor, reunidos en el centro.

Bartek se hallaba pues en la cárcel, ó mejor dicho en la enfermería de la cárcel, porque la herida que había sufrido en la guerra, de nuevo se le abrió. Durante un cierto período de tiempo tuvo delirio; cuando reconquistó la lucidez, pensó mucho y acabó por decirse:

—Era pues inútil matar tantos franceses.

Magdalena entre tanto sufría intensamente, y con amargura indecible se acordaba del tiempo en que vivían en una modesta comodidad, cuando Bartek trabajaba durante el invierno en la fábrica. Dirigióse á su hermano para pedirle dinero, pero tampoco á él le iban bien los negocios. Las consecuencias de la guerra ya se dejaban sentir.

La pobre mujer no se atrevía á ir á casa de Justo, el usurero, porque desde hacía algún tiempo ni siquiera le pagaba los intereses.

Un día fué él el que se presentó en casa de Magdalena de improviso. Aquella mañana la infeliz,

agotadas las fuerzas, sentada en el umbral de la cabaña, sin pensar en nada, miraba algunos escarabajos que se movían alegremente, y decíase entre sí que aquellos insectos eran felices, porque no tenían que pagar ni tasas, ni intereses del dinero.

De repente la flaca figura de Justo le apareció delante con la larga pipa de porcelana en la boca.

La pobre mujer se quedó blanca del susto; Justo dijo entre dientes:

—Buenos días:

—¿Cómo está usted, señor Justo?

—Bueno, ¿y mi dinero?

—Tenga usted un poco de paciencia. No sé donde dirigirme: mi marido está en la cárcel y he de pagar ciento cincuenta marcos de multa. ¡Quisiera morirme! Un poco más de paciencia, señor Justo!

Sollozaba y besaba humildemente la grosera y ruda mano del usurero.

—Cuando vuelva el señor Jarzinsky, le pediré prestado y le pagaré á usted.

—¿Y la multa?

—No lo sé; venderé una vaca...

—Entonces creo que tendré que prestarles más dinero.

—¡Que el señor le bendiga!... Aun siendo luterano es usted un buen hombre... Si todos los alemanes se pareciesen á usted, sería una cosa muy buena.

—Pero yo no presto sin interés.

—Ya lo sé... Ya lo sé.

—Hágame pues un recibo.

—¡Que el Señor le bendiga! ¡Usted es nuestro bienhechor.

—Es mejor que lo haga un notario. Mañana venga usted á la ciudad.

El día después, con efecto, fueron á la ciudad, y Magdalena firmó una escritura ante notario, por la cual hipotecaba todos sus bienes; después fué á casa del cura para pedirle consejo y éste sintió mucho que Jarzinsky no se hallase en el país porque seguramente la hubiese ayudado. Pero Magdalena no podía esperar; hubiera tenido que vender todo lo que poseían, y por eso aceptó las condiciones del prestamista. Tomó trescientos marcos, el doble de lo que necesitaba para la multa, porque también para su casa le era preciso dinero.

Bartek tenía que autorizar legalmente el préstamo contratado por su mujer, y precisamente para eso fué Magdalena á la cárcel. El pobre vencedor estaba enfermo, depresionado; había hecho una petición por escrito, pero no había sido ni siquiera aceptada.

—¡Ah, por fin me las tendré que haber con esta gente! Me ofenden terriblemente,—dijo á su mujer.

—Boegge persigue á nuestro hijo,—añadió Magdalena;—yo he ido á su casa para rogarle que fuese más humano, y él me ha insultado. ¡Oh, sí! Los alemanes son ahora los dueños de Poghnenbina; no tienen miedo á nadie.

—¡Voto á...! Son los más fuertes,—dijo tristemente Bartek.

—Yo seré una tonta, pero te digo que sólo Dios es el más fuerte.

—El será nuestro consuelo.

Ambos callaron por un momento, y después el marido preguntó:

—¿Cómo van nuestros negocios con Justo?

—Si Dios nos manda una buena cosecha podremos pagarle. Tal vez Jarzinsky nos ayudará; pero también él tiene deudas con los prusianos.

—¿Volverá pronto?

—Sabe Dios cuando. Dicen que se ha casado con una rica propietaria de Varsovia y que pronto vendrá. ¡Esos alemanes se hallan por todas partes como las hormigas! ¡Es una plaga de Egipto que Dios nos ha enviado por nuestros pecados! ¿Y á quién volverse?

—Si buscases acaso encontrarías, porque eres una mujer inteligente.

—Ya no me queda nada por hacer. Se puede decir que todo lo que tenemos es ya de Justo. Es el mejor de todos, pero sin embargo no da el dinero gratis. ¡Veamos, tú que has derrotado á los franceses, lo que haces! ¡Ah, si al menos estuvieses en casa!

El vencedor se cogió la cabeza entre las manos y murmuró sollozando:

—¡Oh, Señor Dios!

Magdalena tenía buen corazón; los gemidos de Bartek le destrozaban el alma y le dijo:

—No llores, imbécil. No está todo perdido. Si Dios nos manda una buena cosecha, las cosas irán mejor. La cebada promete mucho y el trigo aun más. Nuestra tierra no es alemana, lo que le damos, lo devuelve. Aun cuando no haya estado muy bien cultivada, porque trabajar la tierra no es oficio de mujeres, todo está que es una maravilla.

Y á través de las lágrimas sonreía.

—Nuestra tierra no es alemana.

—Magdalena,—exclamó Bartek, mirándola asombrado.—Magdalena.

—¿Qué quieres?

—Tú eres... eso es...

Bartek experimentaba un vivo reconocimiento hacia su mujer, pero no se sabía expresar.

IX

En efecto Magdalena era una excelente mujer, severa con Bartek pero sincera y enteramente enamorada de él.

En un momento de excitación nerviosa, le había dicho en la taberna, la noche en que llegó, que era un imbécil; pero en realidad no le gustaba que sus compatriotas opinasen lo mismo.

—Parece un estúpido,—decía,—pero es más listo que nosotros.

Para hablar con franqueza Bartek era apenas más listo que su almohada, y sin la ayuda de Magdalena no habría sabido conducir de ningún modo sus negocios. Todo estaba confiado á ella, durante el tiempo en que él se hallaba en la cárcel, y ella por su lado había corrido, pedido, rogado, suplicado.

Pasada una semana dirigióse de nuevo á ver á

su marido y aquella vez se sentía feliz y contenta:

—¿Cómo estás, Bartek, mi querido y pequeño alemán?—exclamó Magdalena apenas le vió.—¿No sabes que el antiguo señor de la aldea ha llegado? Se ha casado en Varsovia con una señora bonita y fresca como una rosa... y ha traído muchas cosas lindas ¡sabes!

Con efecto, Jarzinsky había llegado á su país y tenía intención de establecerse definitivamente en el campo.

—¿Y á mí qué me importa?—preguntó Bartek.

—¿Qué estás diciendo, bestia? ¡Dios mío, qué sudada estoy! He ido á saludar á la nueva señora que me ha salido al encuentro como una reina, como una flor, como la aurora. ¡Qué calor! ¡Uff! ¡Qué sudada estoy!

Secóse la frente con el delantal y después continuó hablando con rapidez:

—Llevaba un vestido azul como el cielo, y yo me eché á sus pies y ella me ha dado la mano; he besado aquella manita delicada y fina como si fuera de una hada. ¡Qué perfume! Parecía talmente una imágen arranca del tabernáculo, que comprende nuestros dolores. ¡Que Dios le dé salud! ¡Yo le he rogado que nos salvara! Tiene una voz dulcísima, tan fina que cuando comienza á hablar se experimenta un bienestar en el alma. Le he dicho lo pobres que son los habitantes de Peghnenbina, y me ha contestado: «No sufren aquí solamente los campesinos...» Me he echado á llorar y he notado que también ella lloraba. Entonces ha llegado su marido, y cuando ha visto que su hermosa mujer estaba

llorando, la ha abrazado. Parecían dos tórtolos... Los señores y las señoras no se abrazan como nosotros. Ella le ha dicho: «¡Haz todo lo que puedas por esta mujer!» y él ha contestado: «Haré todo lo que tú quieras.» ¡Que la Virgen Santísima les conceda la salud y la felicidad á sus hijos...! Jarzinsky me ha dicho: «Es una desdicha ser esclavos de estos prusianos, pero yo os salvaré, y pagaré todo lo que debéis á Justo.»

Bartek se rascaba la nuca.

—También él es alemán.

—¿Cómo alemán? Es polaco como tú y como yo, somos todos polacos. Dentro de poco se celebrarán las elecciones. «Si todos los campesinos me ayudan, ha dicho, yo podré arreglar las cuentas al maestro de escuela y á Justo.» Entonces su mujer ha empezado á besarle, y él se ha acordado de tí y ha añadido: «Si está enfermo, le rogaré al doctor, que es polaco, que haga un certificado, y tal vez lo dejarán volver á casa antes de acabar la sentencia. Si no haré que lo suelten por completo, obligándome á poner fianza, y así podrá volver luego en invierno cuando los trabajos del campo hayan acabado.» ¿Comprendes? Ayer el señor ha venido á la ciudad y ha suplicado al médico que le acompañase hasta su casa: te hará un certificado en el que diga que necesitas el aire del campo. Verás como todo va bien cuando vuelvas á casa; tendrás un buen fuego y comerás una buena sopa. Pagaremos nuestra deuda á Justo; quizás el señor no exigirá interés, y el año que viene podremos devolverle su dinero. ¿Has comprendido?

—¡Esta es una buena mujer!...—dijo Bartek con energía.

—Harás un lindo saludo, y una hermosa reverencia á aquella buena señora, para darle gracias. Si no lo hicieses, creo que yo te arañaría. ¡Ah, si al menos Dios nos diese una buena cosecha! ¡Quién nos socorrerá! ¡No serán seguramente los alemanes! Tú has derrotado á los franceses, pero tus alemanes no te darán nada. Te han metido en la cárcel y nada más. Saludarás con amabilidad á la señora, ¿no es verdad? Le harás una gran reverencia... ¡contesta!

— ¡Caramba! ¿Por qué no había de hacerlo?—repuso Bartek.

El destino sonreía nuevamente al vencedor.

Algunos días después le fué anunciado su próximo excarcelamiento, hasta el fin de invierno, á causa de su delicada salud. Pero antes de concederle la libertad, el director de la cárcel lo hizo pasar á su gabinete. El vencedor entró con timidez.

Aquel campesino que se había apoderado de una batería de artillería y de muchas banderas, ahora sentía miedo ante cualquier uniforme: y la idea de que de él se pudiese hacer lo que se quisiera, le perseguía incesantemente, sin hablar del espanto que experimentaba al pensar que sobre su cabeza existía una fuerza invisible, monstruosa y mala, que lo hubiera reducido á polvo si tal cosa quería.

Hallóse delante del director como un día se encontró delante de Steinmetz, con las manos metidas en la cintura del pantalón, el pecho encorvado, sin alientos para respirar.

Algunos oficiales se encontraban sentados en el gabinete del director.

Bartek se sintió de nuevo sujeto por los fueros de la disciplina como en tiempo de guerra. Aquellos oficiales le miraban á través de los lentes, con aire altanero y enfadado, como suelen mirar los oficiales á un simple campesino.

De pie, sin tener valor para hacer un movimiento, Bartek escuchó al director que le hablaba imperiosamente: no suplicaba, ni persuadía, ordenaba y amenazaba.

El diputado del distrito había muerto en Berlin, y la elección había de celebrarse en breve.

—No intentes, ni por asomos, darle el voto al señor Jarsinzky. ¡Prueba y verás!

Los oficiales arrugaron el entrecejo con aire terrible, y uno de ellos que tenía un cigarro en la boca dijo:

—¡Prueba!

Cuando por fin oyó pronunciar el deseado:

—¡Vete!

describió con el cuerpo un semicírculo y salió. Únicamente al llegar á la calle pudo respirar con libertad.

Le habían obligado á votar á Schulberg, pero ya no pensaba en eso: ahora no cabía en sí de gozo porque podía volver á Poghnenbina, ocuparse de la recolección, y porque, en fin, el señor Jarsinzky le había prometido pagar su deuda á Justo.

Salió de la ciudad. A un lado y otro del camino las cebadas comenzaban á madurar; las espigas suavemente movidas por la brisa ligera chocaban unas con otras, formando aquello una melodía

dulcísima: la más bella de todas para un campesino.

Hallábase el pobre vencedor aun débil, pero el sol le calentaba, infundiéndole el vigor de otras veces.

—¡Oh, qué hermosa es la vida!—pensaba.—Poghnenbina no estaba tan lejos.

X

¡Las elecciones! La señora Jersinzka, no piensa, ni habla, ni sueña en otra cosa.

—Pero señora... usted es, «un gran político» —le dijo un día un propietario besándole las mano.

«El gran político» se ruborizó, contestando con la más seductora sonrisa:

—Sí; hacemos la oposición hasta donde se puede y como se puede.

—Su marido de usted saldrá diputado,—añade el propietario.

«El gran político» contesta:

—¡Oh, como deseo que sea verdad lo que usted

dice!... No porque mi marido sea diputado,—aquí «el político» se ruborizó más, de un modo poco diplomático,—sino por el bien que podría hacer á este país.

—¡Un verdadero Bismark, palabra de honor!— exclamó el propietario besando de nuevo la mano de la señora, y entregándose á las deliberaciones sobre las medidas que el partido polaco debiera tomar.

Aquel propietario hace la propaganda en la pequeña Krzywda, porque la grande pertenece á Schulberg el candidato oficial, y en Miserowa; la señora Jarsinzka se ocupa especialmente de hacerla en Pognembina.

La parte de propagandista la hace ir de cabeza: diariamente va á la aldea; con una mano se levanta la falda por detrás, en la otra lleva la sombrilla ¡cómo vuelan sus delicados piececitos! Se ve claramente que tan sólo por un motivo político pueden andar tan rápidamente. Entra en las cabañas y saluda á los campesinos con un: ¡Dios os ayude!»

Consuela á los enfermos, les anima lo mejor que puede, no por política, sino por bondad de corazón y porque se ha prometido á sí misma hacer por ellos todo lo que haga falta. ¡Oh si le estuviese permitido hablar! ¡Quien sabe el discurso magistral que haría!

Cuando en Pognembina fué prohibida una asamblea electoral de campesinos «el gran político» lloró de cólera, y durante todo el día tuvo los ojos inflamados por las lágrimas derramadas; su marido inútilmente le suplicaba que no se desesperase, pero al día siguiente, con la energía de una mujer

que tiene un objetivo que realizar, volvió á cumplir con su deber. No quería que le hablasen de reposo ni de tranquilidad hasta que llegase el día decisivo: visitó más de veinte cabañas y habló con tanta claridad de los alemanes á los campesinos, que su marido se vió obligado á retenerla en casa.

Y sin embargo, nada tenía que temer, porque con ese tacto que es privativo de las mujeres, había sabido conmovier á los campesinos, hasta que estos acabaron por preferirla á su marido, y cuando la veían por la aldea corrían todos á besarle la mano.

Todos le sonreían, y era un hecho que se supo hacer amar. Bastaba que entrase en una cabaña, para ser recibida como una reina: al aparecer ella, todos sentíanse tranquilos y contentos.

Un día se dirigió á la cabaña de Bartek: Lysek ladraba, pero Magdalena lo cogió por la cabeza y el perro contentóse con mirar á la visitante y estarse quieto.

—¡Oh, señora mía, pequeña hada de oro!—exclamó Magdalena besando las manos de la hermosa dama.

Bartek, con arreglo á las órdenes recibidas de su mujer, le hizo una gran reverencia, doblándose casi por la mitad; Franck le besó la mano y metiéndose un dedo en la boca, miró á la bella señora con los ojos muy abiertos, asombrados, como los de su padre.

—Espero,—dijo la joven, después de haber saludado á la familia,—que usted amigo Bartek le dará el voto á mi marido y no á Schulberg.

*Sigámosle*

—¡Cómo á Schulberg! Seguramente que no.

—Mi marido me ha encargado que les diga que pagará á Justo lo que le deben.

—¡Que Dios bendiga á ustedes!—exclamó Magdalena y volviéndose á su marido le dijo en voz baja:

—Pero habla, al menos dí cualquier cosa, contesta.

—Dará usted su voto á mi marido ¿no es verdad?—preguntó de nuevo la joven.—Usted es polaco como nosotros, y debemos ayudarnos unos á otros.

—Le arañaría si no votase por el marido de usted,—repuso Magdalena.—¿Pero por qué estas ahí como un grajo? Hoy no tienes ganas de hablar... Animo, muévete un poco.

Bartek besó la mano á la dama, pero continuó callado: está tristísimo, porque no puede olvidar lo que le ha dicho el director de la cárcel.

Por último llegó el día de las elecciones.

Jarsinzky está cierto de obtener la victoria; todos los propietarios del país se han reunido en su casa; han recorrido todas las tabernas por donde se encuentran sus electores.

Se espera con gran impaciencia el resultado del escrutinio. Una vez conocido se celebrará con una gran comida: después, la misma noche Jarsinzki y su mujer saldrán para Berlin; al poco tiempo se sabe el número de votos favorables al candidato polaco: todos abrigan la más viva esperanza.

La señora Jarsinzka está ligeramente inquieta,

pero también tiene grandes esperanzas; entre tanto se muestra amable y graciosa con todos, que sin cesar hacen todo género de alabanzas de Jarsinzki, por haber sabido escoger una mujer tan perfecta, como hay pocas.

Aun cuando no sea ambiciosa, y sin ningún deseo de ser mujer de un diputado, para ella el resultado de la votación, tiene la importancia de los hechos mayores de su vida: los dos están persuadidos de que cumplen una sagrada obligación. El corazón le palpita como en el día de su matrimonio, más violentamente que de sólo, y la expectativa de la felicidad, tiñe de rosa su hermoso rostro.

Al lado de su marido le murmura al oído como una niña mimada:

—Señor diputado...

El sonríe; los dos son felices, quisieran abrazarse ¿pero cómo arreglárselas habiendo tanta gente delante?

Los huéspedes del futuro diputado están ocupados en otras cosas, y no se fijan ciertamente en la pareja conyugal; á cada instante se asoman á las ventanas esperando el resultado final.

El diputado difunto era polaco y por primera vez presentaban los alemanes á un candidato suyo por aquel distrito. La victoria hizo insostenibles á los alemanes, y he aquí porque todos quisieran que esta vez fueran derrotados. La dueña de la casa siente oprimirse el corazón: ¿si por casualidad los alemanes triunfasen? ¿Si compraran á los electores?

La mesa está compuesta exclusivamente de ale-

manes, y así se explica lo que suele ocurrir en el escrutinio: cien veces «el gran político» se ha hecho dar la misma explicación, pero no por eso ha quedado satisfecha. El asunto es importante para todo el país: ¿el diputado será enemigo ó defensor del pueblo?

Todos experimentan un ansia indecible; en la calle se nota á cierta distancia una nube de polvo.

—¡Ahí está el cura! ¡Ahí está el cura!—repiten muchas veces los invitados.

La señora Jarsinzka palidece; todos están seguros de la victoria; pero en el momento decisivo el corazón les palpita con violencia; la mirada se hace ansiosa, llena de angustia.

Pero no es el cura, es un administrador que vuelve de la ciudad á caballo. Quizás él, sabe el resultado. Ata el caballo á una empalizada y se apresura á entrar en la sala de honor del propietario. Todos se precipitan hacia la puerta.

—¿Qué nuevas trae usted? ¿Ha sido elegido el señor? ¿Cuál es el resultado de la elección?

Las preguntas se multiplican. El administrador, todavía lejos de la escalera, agita el sombrero y grita:

—¡Viva! ¡Nuestro amo ha sido elegido!

La señora apoya la mano contra el pecho para reprimir los latidos.

Todos los criados, saliendo de los lugares donde se hallan ocupados, al saber la noticia gritan:

—¡Viva! ¡Viva!

—¡Viva! Los prusianos han sido derrotados. ¡Viva el señor diputado y su mujer!

—¿Y el cura?—pregunta uno.

—El recuento de los votos, no ha terminado aun,—dice el administrador.

—Que sirvan la comida,—ordena el señor diputado.

—¡Viva!

Todos vuelven al salón en gran desorden haciendo un estruendo de mil diablos. Poco á poco las congratulaciones se hacen menos clamorosas; únicamente la mujer del diputado á pesar de ser «un gran político» se ve imposibilitada de refrenar sus sentimientos: abraza á su marido delante de todos, pero á nadie le produce aquello extrañeza, hasta lo encuentran de buen gusto.

—¡Gracias á Dios, aún podremos reir!—dice un propietario de Miserowa.

Se oye el ruido de un coche, y en efecto un carruaje penetra en el patio, deteniéndose delante de la escalera. El cura y el viejo Mateo de Pognemina entran en el salón.

—¿Y qué, ha sido mucha la mayoría?—se les pregunta por todas partes.

El cura calla por un momento, y después tristemente dice con voz destrozada:

—Schulberg... es el elegido.

Perplejidad general. Las preguntas se suceden por todas partes.

—¿Cómo ha sido? ¡El administrador nos ha dicho lo contrario! Seguramente está usted equivocado.

Jarsinzky lleva fuera del salón á su pobre mujer que muerde el pañuelo para no sollozar y para no caer desvanecida.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia, — exclaman todos con acento desesperado.

Se oyen gritos de alegría que destrozan los oídos; son los campesinos alemanes que celebran la victoria alcanzada, «por la nación alemana,» en Poghembina.

El dueño de la casa vuelve al salón con su mujer, á la cual dice en voz baja y en francés:

—Es preciso manifestarse alegre.

La señora no llora, pero su rostro está encendido.

—Cuénteme como ha sucedido,—pregunta tranquilamente el marido.

—¿Cómo ha sucedido?—contesta el viejo Mateo.—Algunos campesinos de Poghembina han votado á Schulberg.

—¿Pero cómo? ¡No puede ser!

—Sí, señor. He visto, por ejemplo, que Bartek Slowick, ha votado al candidato alemán.

—¡Bartek Slowick!—interrumpió la dueña de la casa.

—Sí, todos le han insultado. Ahora llora lágrimas de dolor, y su mujer está desolada. Pero repito que le he visto yo dar el voto á Schulberg.

—Es preciso hacerlo salir del pueblo,—dijo un propietario del distrito de Miserowa.—También otros han hecho lo mismo, especialmente los que han estado en la guerra.

—La elección debía anularse. Es una verdadera bribonada. Ha habido corrupción, violencia,—exclamaron diversas personas.

La comida no fué en realidad alegre.

Por la noche partieron los esposos, pero no á Berlin sino á Dresde.

Bartek se hallaba sentado en su cabaña, solo, aislado de todos: Magdalena no le habló durante todo aquel día.

La recolección ha terminado en Poghembina y Justo el usurero, al entrar en posesión de la casa y del campo de Bartek, ha podido definitivamente convencerse de que prestando el dinero á crecido interés se gana mucho: ¡el suyo no se ha perdido realmente!

Un día crudo de invierno viéronse tres personas en el camino de Poghembina: un hombre, una mujer y un niño; el campesino caminaba encorvado, y parecía mejor un viejo, que un hombre joven aun.

Se iban á la ciudad porque no encontraban trabajo en Poghembina.

Caía una lluvia fina y espesa; el frío era intenso; la pobre mujer que le acompañaba, lloraba lágrimas ardientes al dejar el rincón donde había nacido.

El hombre callaba. No se veía á nadie en el camino.

La lluvia se hacía cada vez más espesa; los pobres miembros del muchacho rendidos, estaban he-

lados; después las nubes grises que cubrían el cielo se oscurecieron cada vez más y por fin llegó la noche.

Las tres personas desaparecieron en la sombra.  
¡El vencedor de Gravelotte y de Sedan, iba á buscar fortuna!

FIN DE BARTEK EL VENCEDOR

---

¡Sigámosle!

---

I

Cayo Septimio Cinna era un patricio romano que había pasado toda su primera juventud en las legiones, y se había dedicado alegremente á la vida activa del soldado.

Repleto de gloria, cargado de honores, y con mucho dinero, al volver á Roma se entregó á los fáciles placeres de la vida mundanal gastando y sembrando gran parte de su patrimonio, que quedó en virtud de esto bastante mermado. Quiso probar todo el regalo y lujo que la gran ciudad ofrecía en sus tiempos; todo lo deseó y quiso gozarlo. De costumbre pasaba las noches en las más locas orgías en la ciudad ó en el campo, y los días le transcurrían con los maestros de esgrima ó en los tepidarios, hablando con los retóricos, donde era costum-

bre recojer todas las conversaciones de lo que ocurría, comentando además los sucesos de Roma y del mundo.

Frecuentaba también los círculos y los teatros y se entretenía muy agradablemente; asistía á las luchas de los gladiadores, se deleitaba oyendo tocar el laúd á los griegos, interrogaba lo futuro por medio de los adivinos de la Tracia, y se divertía viendo á las bailarinas de las islas del Archipiélago.

Había heredado de su madre, que provenía de la estirpe de Lúculo, un gusto exquisitísimo en lo que se refería á los manjares; y se hacía servir con espléndidez ostras de Nápoles, lirones de la Numidia, langostas confitadas con miel del Ponto, regado todo con los más delicados vinos de Grecia. Lo que existía de más delicioso en el mercado de Roma, se veía en la mesa de Cinna: desde los pescados del Mar rojo á los jamones de las riberas de Boristene.

Como noble patricio de gusto selectísimo y refinado quería probarlo todo, nada escaseaba á sus sentidos: entendía, ó por mejor decir, creía entender en cosas de arte y poder hablar de ellas, y complaciase en poseer restos extraídos de las ruinas de Corinto, en poder mostrar vasos etruscos, ó productos de la Sérica, (1) poseer mosaicos romanos, tejidos del Eufrates, perfumes venidos directamente de Arabia, y todo lo que en una palabra formaba la delicia de los patricios romanos.

Provisto de vastos conocimientos, discurría con frecuencia con los más distinguidos romanos, y con ellos y como ellos se enguinaldaba la cabeza con rosas durante las comidas, y después, para devol-

(1) Distrito del Asia, perteneciente hoy á China.

ver al aliento la frescura y el buen olor, se perfumaba la boca con flores de heliotropo.

Sabiendo apreciar la facundia de Ciceron, la forma bella de la poesía lírica de Horacio, la potencia del instinto y el genio de Ovidio, no desconocía las elegancias de la forma de la lengua griega, y repetía de memoria largos fragmentos de la *Iliada* de Homero. En los banquetes solía recitar con tanto énfasis las canciones de Anacreonte, que muchas veces quedaba sin aliento y borracho, á un mismo tiempo.

Por sus mismas y variadas relaciones, adquirió el conocimiento perfecto de las diversas escuelas filosóficas de su tiempo; y acerca de la arquitectura había llegado á tener tan profundas convicciones, que no tan solo era capaz de entender los edificios de la Hélade y de las colonias, pero igualmente las construcciones ya convertidas en ruinas.

Odiaba á los estoicos, porque eran contrarios á todo goce, y porque pertenecían á una secta política; pero invitaba con mucha frecuencia á los escépticos á sus convites, y en medio de los más espléndidos banquetes se complacía en proclamar, ante los cálices rebosantes de prelibado vino, que la voluptuosidad es sinónimo de vanidad; decía que la verdad es un sofisma irrazonable; y para el sabio creía que era el verdadero objeto de la vida, la inercia y la tranquilidad.

Si discusiones de tal género no disgustaban á Cinna tampoco le dejaban en el ánimo ninguna huella, porque carecía en absoluto de fe en los dioses.

Para él Catón era una figura tan grande como

necia: consideraba la vida como á una nave sin timón en medio de la tempestad. Segun él, un hombre era inteligente cuando sabía guiar por en medio de la marea la nave desmantelada de la existencia. Pero sobre todo, se hallaba satisfecho de poseer buenos pulmones, y estaba contentísimo de poder enseñar un par de hombros robustos y una cabeza de patricio romano, contraseñada con una nariz aguileña. Todas estas bellas cualidades las consideraba como las únicas capaces de asegurar la conquista de una existencia tranquila y feliz.

Y realmente, aunque no perteneciese á la escuela de los escepticos, en el fondo de su alma era, acaso por naturaleza, voluptuoso y esceptico en sumo grado. Ignorando la ciencia de Epicuro, tenía fijo en la mente ser un epicureo; y precisamente en virtud de ese escepticismo que profesaba sin advertirlo, consideraba las diversas escuelas filosóficas como otros tantos ejercicios de la imaginación propios para el desarrollo moral del hombre, del mismo modo que consideraba los juegos del circo propios para el desarrollo físico; de forma que cuando se cansaba de discutir con los retóricos, asistía con la mayor tranquilidad á las escenas sangrientas de la arena.

No creía en los dioses; no admitía ni virtud, ni felicidad, ni verdad; pero al mismo tiempo prestaba fe á los vaticimios y á los augurios, y era esclavo de semejantes supersticiones.

Las nuevas creencias que venían del Oriente despertaban en él una vivísima curiosidad, y á pesar de que muy á menudo, vencido por el capricho, se abandonaba á crueldades indignas de un hom-

bre, con los esclavos habitualmente era indulgente, y complaciase á veces en considerar la vida como una gran ánfora, el valor de la cual dependía de la calidad del vino que contenía, y de ese modo por su parte procuraba llenarla siempre del mejor.

Ultra esto, Cinna no sabía lo que fuese amor, por que ni amaba ni había amado á nadie; muchas cosas le gustaban, pero más que nada admiraba una cabeza bien torneada con la frente ancha y espaciosa, y también la elegante forma de un pie pequeño, que eran dos rasgos característicos de su noble persona.

Con frecuencia consiguió atraer hacia sí la admiración de sus conciudadanos, por las estrañas empresas que una vida tan despreocupada y alegre permitía realizar. Después se fatigó y aquella morbosa pasión se apagó por completo en él.

## II

Cinna pues disipó en breve tiempo casi todo su patrimonio, y á un cierto punto los acreedores llegaron á repartirse lo poco que le quedaba.

Entonces fué cuando fatigado, desilusionado, casi dominado por una invencible náusea, que era la

natural consecuencia de la saciedad experimentada, se vió invadido por un pertinaz y profundo disgusto; porque es sabido que quien ha disfrutado muchos goces llega á no gozar de nada.

Después de haber derramado dinero con largueza, después de haber libado obstinadamente el caliz de la voluptuosidad y del placer, después de haber gustado el aturdimiento de la gloria ganada en los campos de batalla desafiando adversidades y peligros, después de haber indagado profundamente por entre los intrincos del pensamiento el alma y el corazón humanos, después de haberse dedicado al arte y á las letras, Cinna creía de todo corazón haber obtenido de la vida todo lo que esta podía darle. Ahora por el contrario que tenía ante sí lo nuevo y lo desconocido, se preguntaba con insistencia, con el ánimo adolorido si en la vida existía algo más grande y más noble, que le faltase conocer aún.

En vano trataba de explicarse á sí mismo cual podía ser la nueva tortura que interiormente le destrozaba, y que se unía á sus dolores: en tal investigación su espíritu se utilizaba, y se abandonaba presa de un atroz desatiento.

A veces, rebelándose al pensamiento que cada vez se agigantaba más en su cerebro, inutilmente trataba de sofocar en el ánimo lo que de nuevo surgía; é inutilmente trataba así mismo de convencerse de que la vida era precisamente aquello que él había vivido; y entonces la duda, antes que disiparse, le dominaba más, hasta el punto que acabó por temer no tan sólo por él, si no también por la misma Roma.

Ahora que ya no era esceptico, envidiaba á los escepticos, y una voz que surgía rebelde del fondo de su alma gritaba á aquellos: «¡Que necios sois los que creéis llenar el vacío con nada!»

Dentro de sí sentía dos seres distintos: uno que se asombraba del propio terror, y otro que lo admitía como la lógica consecuencia de su pasado.

Una vez arruinado, gracias á la nobleza de su nacimiento, decidió marcharse á Brindisi, y de allí hizo vela á Alejandria, donde se estableció y encontró amigos y clientes, que le dieron la seguridad de recuperar en no mucho tiempo, honores y riquezas; pero la duda que le atormentaba el alma no le abandonó al salir de Roma, y le siguió en la nave y en el mar: la esperanza de sofocar el terrible tormento con la vida que había emprendido en la nueva ciudad, quedó desvanecida, porque transcurrieron lentamente las semanas y los meses, y como el trigo que en la fértil Delta egipcia crece más vigoroso que en Italia, así sombras más densas le invadieron en la nueva residencia el ánimo, ya de por sí tétrico y quebrantado.

Primeramente trató de aturdirse, y emprendió la clase de vida que había llevado en Roma. Alejandria, ciudad encantadora, estaba llena de mujeres griegas, de delicadezas elegantes, con los cabellos blondos como el oro, con la piel blanca como el marfil, de mirada vívida y luminosa, en el cual brillaban los rayos ardientes del sol oriental, y despertaban como un deseo intenso de perfumes agudos y exóticos.

En sus brazos Cinna buscaba la paz y el olvido; pero en vano, porque el terrible fantasma de la du-

da y de lo desconocido, vencía siempre las profundas sensaciones á las cuales se abandonaba. Y entonces pensó en la muerte.

Muchos de sus antiguos amigos habían buscado en ella lo que la vida les negaba. Un solo momento bastaba para morir ¡especialmente si el esclavo sabía clavar bien la espada!

Con lúgubre voluptuosidad acariciaba Cinna esta idea, y ya germinaba en su mente el pensamiento de realizarla, cuando se sintió dominado por un extraño sueño, que le distrajo del funesto propósito.

En la ribera opuesta de un río en el cual se hallaba, parecíale ver, personificada en un esclavo, la duda que desde tanto tiempo le agitaba el espíritu, el cual saliéndole al encuentro le dijo: «Te he precedido para acogerte.» Al oír tales palabras se horrorizó Cinna y comprendió que ni aún en la muerte hubiese encontrado la paz que en vano invocaba, porque la duda le habría seguido, implacable, hasta más allá de la tumba.

Y entonces como único camino de salvación, decidió entablar amistad con los sacerdotes de Serapis, los cuales esperaba que le explicasen el profundo misterio que le tenía inquieto; pero la ciencia de aquellos buenos hombres no encontró nada que pudiera satisfacerle.

Acogieron con reverencia entre ellos al joven romano, le colmaron de atenciones llamándole *tu museiú* (1) título que se solía dar de sólo á los romanos de estirpe noble y antigua.

Por lo primero Cinna experimenta una cierta sa-

(1) Que espera de las musas, poeta.

tisfacción, pero aquel apelativo le pareció una amarga ironía, por que no le servía de nada para indagar y vencer la duda atroz que le turturaba. Pero no se dió por vencido, esperó aún y se hizo la ilusión de que Serapis no había de tardar en iluminar la dolorosa obscuridad en que se hallaba sumergido.

El más estimado entre los sabios de Alejandría era en aquel tiempo el griego Timon ya de ciudadanía romana, el cual habitaba allí desde largos años para estudiar la ciencia egipcia. Todos hablaban muy bien de él, se contaba que había leído todos los pergaminos y consultado todos los papiros que existían en la biblioteca de Alejandría, compuesta de muchísimos volúmenes, y por eso se aseguraba que poseía toda la sabiduría humana.

Era Timon de carácter dulce, de alma buena é inclinado á la indulgencia. Cinna comenzó á tratarle, asiduamente; comprendió todo lo sabio que era y todo lo hombre de bien, así pues en poco tiempo con dulzura afectuosa se captó su amistad que se hizo profunda y se convirtió luego en una estrecha intimidad de afectos. El joven romano entusiasmado, admiraba la poderosa elocuencia de su amigo, la sutil dialéctica, los doctos argumentos, no menos que la cauta prudencia con la cual discutía respecto á la misión del hombre en la vida. Pero en el rostro de Timon, al reflejar la tristeza del alma, se notaba una intensa melancolía velada por un cierto pesar, que dejaba descubrir habitualmente cuando discutía. Cinna animado por la confianza adquirida con Timon se decidió á preguntarle la causa de la tris-

teza de que se sentía invadido y de ese modo le reveló enteramente todas los secretos de su alma.

### CAPITULO III

Desde una amplia terraza que dominaba el vasto horizonte del mar, Timón y Cinna contemplaban una tarde la lluvia de oro del lánguido crepúsculo y discutían sobre la trasmigración de las almas. Cinna dominado por la tristeza de la hora y por la palabra del anciano, con un rápido impulso de afecto le cogió una mano y empezó á contarle conmovido, sus dolores y tormentos; le habló de sus dudas y como había recurrido en vano á los sacerdotes de Serapis y acabó diciéndole:

—Soy muy feliz, ¡oh Timon! de tenerte por amigo, porque ninguno mejor que tu podrá comprenderme y sabrá revelarme el misterio que envuelve mi espíritu.

Timon contempló largamente el mar tranquilo en la inmensa y calma extensión de las ondas azules, sobre las cuales se reflejaba el crepúsculo, y dijo:

—¿Has visto nunca Cinna las bandadas de los pájaros que vienen aquí en el invierno de los países nebulosos del septentrión? ¿Los has visto? ¿Sabes tú lo que vienen á buscar esos pájaros en este país?

—Sí lo sé, luz y calor.

—Lo mismo el alma humana, que también busca ávidamente el calor, ese calor que es amor y luz, y viene de la fe. Los pájaros comprenden por instinto su bien, lo saben buscar, lo saben encontrar, pero nuestras almas por el contrario vagan extraviadas y se pierden en el dolor y en la tristeza.

—¿Cómo pues venerable Timon,—preguntó ansioso el romano,—como pues nuestras almas no saben encontrar el buen camino?

—Antes para guiarlas en la penosa investigación bastaba la fe en los dioses; pero hoy la fe se ha apagado como faro al que falta el aceite. Se dijo luego, y pareció una esperanza, que para el alma humana surgía la filosofía proclamada en Roma y en la academia de Atenas; pero ahora sobre las ruinas de la filosofía, pululan los excépticos los cuales presentándose como apóstoles de paz, siembran en nuestras almas la duda que degenera en confusión y en la más desoladora tristeza; puesto que las almas,—continuó melancólicamente Timón,—al renegar del mundo y la luz, caen en la terrible obscuridad de lo desconocido, nosotros tratamos de levantarlas tambaleando en las tinieblas que nos envuelven y nos espantan.

—¿No lo has logrado ni aún tú, Timon?

—En vano lo he intentado. Tú trataste de librarte abandonándote al placer, á la embriaguez de los sentidos, yo á las indagaciones y las luchas

del pensamiento, pero las tinieblas que nos envuelven no se disipan y como espesa niebla no dejan penetrar un rayo de sol. Consuélate querido amigo que no eres solo en afligirte por eso: lo mismo que tú, esta dolorida y llora el alma del mundo entero.

Timon calló, quedó un poco absorto y después preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace, Cinna, que no crees en los dioses?

—En Roma se sacrifica á los dioses en todas partes; en las plazas, delante de la plebe y todos los días llegan dioses nuevos de Asia y de Egipto, pero al presente nadie cree en ellos; únicamente los campesinos, los cuales viven lejos de la corrupción de la gran ciudad conservase la fe.

—Y mira... Esos únicamente están tranquilos y son felices,—añadió Timon.

—Lo mismo que los que adoran á los animales ó las cebollas,—opuso Cinna.

—Y como aquellos que semejantes á cansadas bestias anhelan el reposo y el sueño,—repusó el filósofo.

—¿Y entonces, que vale la vida?—preguntó el romano.

—¿Y que nos espera después de la muerte?

—No comprendo entonces ¡oh Timon! que diferencia existe entre los escépticos y tú.

—Los escépticos aceptan las tinieblas que envuelven sus almas y fingen hallarse satisfechos; yo en cambio, no me puedo persuadir, me entristezco, y no hago de ello un misterio.

—¿Y no ves un camino de salvación?

—Lo espero.

—¿De dónde?

—No lo sé.

Timon, al parecer fatigado, sentóse; apoyó la cabeza en la palma de la mano, y en el silencio de aquella hora quieta y tranquila, dijo en voz baja:

—Es una cosa estraña. Pienso á veces que el mundo no debía contener más que aquello que nosotros vemos, y que nosotros no debíamos aspirar á ninguna otra meta más elevada; así no nos asaltaría la duda, encontrándonos con lo desconocido, con ese desconocido mismo que yo investigo esperando hallarle una salida. La fe en la filosofía y en el Olimpo han acabado; pero yo sostengo que el Hado nos dará una nueva verdad, que aún no conozco ciertamente....

Al oír estas palabras, Cinna experimentó un consuelo viendo que otros sufrían como él: parecióle sentirse descargado del propio dolor, como aquel á quien se le quita un enorme peso, que se subdivide entre muchas personas.

IV

La amistad entre Timon y el joven romano se hizo más íntima desde aquella noche, y como se veían á menudo, entre ellos había un continuo y recíproco cambio de ideas. A pesar de los desen-

gaños sufridos y la triste experiencia de la vida, Cinna era joven todavía y el mundo le ofrecía nuevos encantos aún. Y un encanto nuevo é inesperado, que realmente no pudo entrever en el sueño que en otro tiempo tuviera, lo encontró en Antea, la única hija de Timon. La fama de esta no era menor que aquella de que gozaba su padre. Los huéspedes de Timon, nobles romanos, abrigaban hacia ella una verdadera adoración, como la adoraban los griegos, los filósofos de Serapis, y el pueblo.

Timon no la tenía encerrada en el gineceo, como se solía hacer en aquellos tiempos, pero la conservaba á su lado y la educaba en la sabia escuela de su ciencia. Cuando aún era niño, leía con su padre los libros griegos, romanos y hebreos, pues conocía bien las tres lenguas, cuya enseñanza estaba muy difundida en Alejandría. Poseía además una memoria nada común, y había recibido de su padre, con el cual le unía el pensamiento, profundas enseñanzas, hasta el punto de que tomaba parte en todas las discusiones, que en su casa entablaban durante los simposios. En los laberintos de la filosofía no se extraviaba nunca, si no que á veces como Arianna servía de guía á otros.

Timon la idolatraba y no solo sentía por ella el sentimiento de un amor vivo, si no que le rendía un culto ciego y sincero. Parecía que aletease á su alrededor un encanto misterioso y divino; y á veces, soñando, vaticinaba y revelaba cosas nuevas é invisibles á los ojos profanos.

El anciano sabio la amaba más que á sí mismo, y como el que ama teme, por eso temía perderla, porque ella le narraba á menudo que en el sueño

veía fantasmas envueltos en estrañas luces, y no sabía comprender si eran portadores de vida ó de muerte.

La hija de Timon era vista con buenos ojos también por los egipcios que amablemente le llamaban *Flor de loto*, acaso porque esa flor en las riberas del Nilo se tenía en gran aprecio, ó quizás por que quien la veía una vez ya no podía olvidarla, y se convencía de que su bellísima figura ofuscaba el mejor recuerdo de otra mujer.

Porque además de ser docta era hermosísima la hija del filosofo; el sol egipcio no le había bronceado el rostro delicado y blanquísimo, como madreperla iluminada por los rayos de la aurora.

En sus ojos profundos reflejaba el azul de las aguas del Nilo, y su dulcísima mirada parecía que se dirigiese hacia lo ignoto, como ignotas eran las fuentes del Nilo, río tan grande como misterioso.

Cuando Cinna la vió por primera vez, pensó elevarle un altar en el «Atrio» y sacrificarle una pareja de blancas palomas.

El jóven romano evocando su pasado, se acordaba de muchas mujeres conocidas ó vistas y admiradas, de niñas del lejano septentrion, de rubias cejas y trenzas de color de oro; de mujeres de Numidia del color de la lava; pero ahora la aparición de aquella muchacha fué para él una belleza nueva é imponente, tanto por la elegancia de las formas, que eran verdaderamente esculturales, como por las cualidades del alma, que era candidísima y grande. Cinna se complacía en verla á menudo y se éxtasiaba oyéndola hablar; y no creyendo en los dioses, se preguntaba á veces si Antea en lugar de

ser hija de Timon, no era el resultado de la unión de un Númen y de un ser sobrehumano é inmortal.

Cinna amó pronto á Antea con un amor poderoso, incomensurable, con un amor espontáneo que nacía como nueva y dulcísima fuente, inundándolo de un suave perfume de exquisita bondad, borrando de su recuerdo pasados y no sentidos amores.

Le aparecía esta, diversa en grado sumo de las otras mujeres, deseaba poseerla únicamente para adorarla y se hubiera considerado feliz y contento viviendo con ella solo y pobre. Como la tempestad arrastra violentamente todo lo que halla en su camino, así el nuevo objeto arrebatava á Cinna el alma y el corazón, la paz del día y el reposo de la noche, todo cuanto en suma constituye la vida.

Pero no tardó mucho en vencer el amor á Antea.

—¡Oh, feliz tu, Cinna!—le repetían los amigos.—  
¡Feliz tú que algún día podrás poseer ese tesoro!

Cuando sus almas se fundieron juntas, y los labios de la niña pronunciaron temblorosos la sacramental palabra:

—«Dónde estarás tu Cayo, estaré yo Caya, (1)—el joven romano creyó realmente en su felicidad, que le pareció inagotable como el agua de un mar sin límites.

---

(1) Fórmula del casamiento entre los romanos.

V

En el abandono del amor transcurrió un año rápidamente, en el cual la joven esposa gozó homenajes casi divinos. Para Cinna era la pupila de sus ojos: el amor, la ciencia, la luz. Y no obstante cuando comparó su felicidad á la inmensidad sin límites de las aguas del mar, no pensó que esas aguas corren siempre y estan sujetas al flujo y reflujo.

Antea contrajo una enfermedad nueva y misteriosa: los dulces sueños que antes la hacían profética, se transformaron en visiones horribles, que la oprimían y la agotaban.

En su rostro, apagados los rayos luminosos de la aurora, permanecía la rigida belleza de la madre-perla; las manos se le adelgazaban, se le hacían blancas, casi transparentes; y los ojos se le hundían, la *Flor de loto* color de rosa palidecía tristemente, se marchitaba.

Con frecuencia los buitres rondaban la casa de Cinna, lo cual era, según creencias egipcias, un mal presagio, presagio de muerte; y entre tanto las vi-

siones de Antea eran cada vez más horribles, más espantosas.

Durante el mediodía, cuando el sol ardiente de Egipto inundaba la campiña con su luz blanca con vetas de oro, y la ciudad estaba sumergida en el sueño, y todo era profundo silencio, Antea oía cerca de sí pasos apresurados de seres invisibles y á lo lejos le aparecía el fantasma de la muerte, mirándola fijo, audazmente, con los ojos negros y extraviados, que siguiéndola con tenacidad, parecía que la quisiese impulsar en las tinieblas, hacia el misterio y lo ignoto. Entonces la pobrecita, dominada por una violenta fiebre, se estremecía, palidecía intensamente y la frente se le regaba de sudor frío. Sabía inclinarse ante los sufrimientos, y de ese modo la sacerdotiza de casa de Timon se transformaba en una niña miedosa, tímida, que pedía refugio entre los brazos del esposo y le susurraba temblando y apoyando la cabeza sobre el pecho:

—¡Oh Cayo, defiéndeme!.... ¡defiéndeme!

Y Cayo hubiese querido entonces lanzarse contra los espectros que surgían de los abismos de Persefona á turbar la paz de la mujer amada, y en vano buscaba y miraba en el espacio.

En la hora vespertina, una inmensa soledad lo envolvía todo en torno. Cerca del crepúsculo la luz blanca del sol cubría toda la ciudad, las aguas del mar se reflejaban en el horizonte empurpurado y parecían de fuego, aquí y allá interrumpidas por extraordinarios resplandores blanquísimos: y á intervalos el silencio lo rompía el graznar de los buitres.

A cualquier parte que Antea fuese en busca de

refugio las visiones la seguían; se repetían con mayor frecuencia y no le daban paz. Cinna interrogó á cuantos sabios pudo, por consejo de los cuales hizo rodear á Antea de tañedores de *sambucos* egipcios, y de beduinos tocadores de flautas de arcilla; pero su música no era bastante para dominar el fracaso de los fantasmas, y á disipar sus espantosas imágenes, porque Antea sabía distinguir su murmullo en medio del sonar de los instrumentos. Y cuando el sol se hundía en el mar en una última gloria de rayos y de luz, y la sombra con infinitos resplandores descendía sobre las aguas, le parecía que el fantasma se trasmutase en un espectro que mirándola fijamente al rostro con sus ojos vidriosos, le dijese haciéndole señas con sus manos descarnadas:

—¡Ven conmigo!

A veces le parecía que el espectro agitase lentamente los labios, y por la boca le saliesen insectos negros y horrorosos en gran número, los cuales revoloteando por el aire, llegasen hasta ella; y así vivía Antea en continua ansiedad y terror indecible. Al solo pensamiento de las visiones que la turbaban día y noche, quedaba como aturdida, y fijando sus ojos extraviados en los de Cinna, le pedía que la matase con su espada ó le diese un veneno: ¡quería morir!

Al oír tales proposiciones el mísero esposo se rebelaba con todas las fuerzas de su alma. Se hubiese abierto á gusto las venas con tal de poder liberar á Antea.

Cuando bajo la impresión de su dolor se amodorraba, é imaginaba la hermosa cabeza de su esposa

abandonada y exánime, los ojos cerrados para siempre, el espíritu vencido por la calma mortal, y el blanquísimo pecho lacerado por la espada, experimentaba un dolor inmenso. ¡Oh, era preciso enloquecer, mejor desaparecer del mundo, antes que matarla!

Un médico griego, consultado por Cinna, le aseguró que el fantasma visto por Antea era el de Hécate, y los otros que á este seguían significaban que toda esperanza era vana, porque Antea estaba irremisiblemente perdida. Y entonces Cinna que antes se había burlado de todos los dioses, ofreció numerosos sacrificios á Hécate.

Pero también este remedio resultó inútil; al día siguiente los ojos vidriosos del terrible fantasma miraban con mayor instancia á la desdichada joven.

Hízole cubrir entonces los ojos con espesísimos velos, pero los fantasmas continuaban apareciendo aún á traves de los velos. Probó de encerrarla en una habitación angosta y obscura, y los fantasmas mirando por las paredes iluminaban con la propia luz las tinieblas, apareciendo cada vez más amenazadores.

Algunas noches los fantasmas concedían una ligera tregua á la desesperada Antea, y entonces se sentía dominada por un sueño duro, profundo como la muerte, tanto que Cinna temía que una ú otra vez no despertase ya á la vida.

Al llegar á este extremo Antea no podía sostenerse en pie. Cinna, al lado suyo, se dejaba vencer por la duda que desde hacía mucho tiempo le había

dominado el alma, y le parecía que el espantoso terror experimentado ahora por Antea fuese aquel mismo que él había sentido, vencido únicamente por el amor.

También Timón compartía esta idea con el joven romano; pero Cinna no se decidía á hacérselo confesar, por que le faltaba el valor.

Entre tanto la infeliz Antea se demacraba cada día más, languidecía como una hermosa flor en cuya corola hubiese anidado un venenoso insecto; y Cinna, aunque hubiese perdido toda esperanza, no dejaba de intentar todos los medios de salvarla. La llevó consigo al desierto, cerca de Memfis, y á pesar de la dulce permanencia á la sombra de las Pirámides, de nada le alivió: hasta allí la perseguían las horribles visiones.

Volvió a Alejandría, y consultó á augures y magos, á toda la gente osada y sin pudor, la cual engañaba á los ingénuos haciéndoles creer en la virtud milagrosa del fármaco que aseguraban poseer. ¡Para él toda tentativa de salvación era una nueva esperanza, y él quería y debía esperar!

En aquel tiempo llegó de Cesárea á Alejandría un famoso médico hebreo llamado José ben Khuzy. Cinna le consultó, le hizo visitar á la enferma y de nuevo abrió su alma á la esperanza de salvarla. José que no creía en absoluto en los dioses romanos, ni tampoco en los de Grecia, rechazó con desdén la hipótesis de que la enferma estuviese asediada por el espectro de Hécate, y por el contrario era de opinión que la joven se hallaba endemoniada, y aconsejó en consecuencia que se la alejara de Egipto. donde además podían serle nocivas las ema-

naciones mēfíticas del Delta, llevándola á Jerusalem, donde según el médico hebreo los demonios no tenían poder alguno, y se respiraba un aire puro y sano.

Cinna escuchó y siguió el consejo; primero por que no quería dejar nada por probar: después porque en Jerusalem estaba seguro de encontrar un amigo en la persona del proconsul romano, el cual pertenecía á una antigua familia patricia, y se hallaba unido á él por vínculos de un sincero afecto, porque los antepasados suyos habían sido clientes (1) de la casa Cinna.

Timón quedóse en Alejandria.

Y Poncio, que así se llamaba el procunsul, avisado de la llegada, fué á su encuentro, y ofreció larga y espléndida hospitalidad al amigo y á la esposa, la divina Antea, en una hermosa quinta de las cercanías de la ciudad.

Pero apenas llegados allí, toda esperanza de salvar á Antea se había desvanecido del ánimo de Cinna porque el espectro la había seguido también en el puente de la galera durante el viaje, y estaba segurísimo de volverlo á ver también en Jerusalem como en Alejandria, en las horas meridianas.

¡Así la pobrecita pasaba largos, tristes y angustiosos los días, y esperaba aquella hora con ansia mortal!

(1) Clientes llamaban los romanos á los que se hallaban bajo la protección de los nobles patricios.

VI

No obstante que bajo el átrio de aquella casa brotasen claras y frescas las aguas de una fuente de mármol, el calor se dejaba sentir fuertemente hasta en las horas de la mañana; un acebuche cargado de hojas, plantado al lado del átrio ocultaba una parte bajo su sombra, y en ella, donde aleteaba un ligero céfiro, Antea acompañada de su esposo, fué á sentarse. Cinna tomando entre las suyas una mano alabastrina, le preguntó;

—¿Te dá un momento de tregua, queridísima mia, tu dolor?

—No...—repuso Antea con una voz sutil, cerrando los ojos lentamente, como dominada por el sueño.

Y todo quedó en silencio: únicamente las ramas del acebuche, producían un leve susurro; y el sol que apenas penetraba por entre las hojas espesas del árbol, envolvía á la infeliz en una luz tenue, color de oro.

Pasado un instante Antea volvió á abrir los ojos y dijo:

—Cayo, ¿es verdad que en Jerusalem hay un filósofo que tiene poder para curar á toda clase de enfermos?

—Le llaman profeta,—repuso Cinna,—he oído hablar de él, y á decir verdad, quería llamártelo; pero otros, creen por el contrario que es un falso profeta. En el templo censuraba á los sacerdotes y le han acusado y el proconsul le ha condenado á muerte, así pues, hoy mismo será crucificado.

Antea inclinó sobre el pecho la cabeza, pensativa.

—Espero que curarás con el tiempo,—murmuró Cayo mirando melancólicamente á su amada,

—El tiempo sirve para la muerte y no para la vida,—replicó la joven.

Y callaron.

Los rayos del sol tenían alrededor resplandores de oro; se oía á lo lejos el canto monotonó de los grillos.

Cinna miraba con tristeza á Antea y por la millonésima vez le turbilloneaban en la mente tristes pensamientos. Al presente, lo veía con claridad, estaban agotados todos los medios por los cuales podía reconquistarse la salud de su mujer, toda esperanza estaba perdida; y Antea reducida á una sombra de su pasada belleza, no tardaría en quedar convertida en un puñado de cenizas. Al tenerla que transportar de aquel modo, de un punto á otro, llena de flores, pálida, abandonada, le parecía ver ya el cadáver.

—Yo la seguiré á la tumba...—pensaba con profunda amargura el adolorido consorte.

A lo lejos se oyeron entre tanto algunos pasos. Antea se estremeció, experimentó un temblor convulsivo en los labios y un penoso gemido le brotó del pecho, fijando en el vacío la extraviada mirada, como si viese aproximarse el horrendo fantasma.

—¿No sientes, no ves tú nada?—dijo.

Cinna entonces le cogió afectuosamente las manos entre las suyas y se apresuró á decirle para animarla:

—No temas, Antea, es Poncio que viene á buscartos.

A la revuelta de una calle apareció en efecto el proconsul romano seguido de dos esclavos. Era un hombre, ya no joven, en su rostro encarnado y moquetudo ostentaba una solemne gravedad, una cierta fatiga y una expresión melancólica.

—Salud á tí, noble Cinna, y á tí también, divina Antea,—dijo aproximándose.—A una noche fresca, sucede de sólitó, un día hermoso: que él os traiga la felicidad á entrambos; y que tu salud ¡oh Antea! pueda reflorece como florecen estos jacintos y estos romeros.

Así diciendo señaló las flores que adornaban el sitio donde la enferma se hallaba.

—Salud y paz á tí,—replicó Cinna.

El proconsul se apoyó en la pared y entornó los ojos.

Después dijo:

—La soledad hace tristes y adoloridos, solos tenemos y sufrimos: ¿queréis amigos míos, un con-

*Sigámosle*

sejo? Aquí no estamos ni en Antioquia ni en Cesarea, aquí no existen ni teatros ni circos y si los hubiera serían derruidos el mismo día en que se acabasen, por los fanáticos que abundan en este país. Aquí no existe más que una sola cosa. «La ley divina» y todo cuanto se encuentra de otras cosas se considera como exótico. Mirad... yo mejor que vivir en este rarísimo país, preferiría ir á Escizia.

—¿Qué estás diciendo Poncio?

—Pero no quiero hablaros de esto,—replicó el proconsul cortesmente,—perdonadme amigos y tolerad un desahogo á mis afanes. Os decía que la soledad hace tristes y doloridos, pues bien, en medio de la multitud, por el contrario, las ansiedades del espíritu se adormecen y parece que se desvanezcan. Hoy si gustáis podréis asistir á un espectáculo conmovedor; no es una gran cosa, pero esta ciudad no ofrece nada mejor. Podréis asistir á la crucifixión de tres hombres. En las proximidades de la Pascua, Jerusalem se ve invadida de gentes que llegan de todas partes, es un gentío vario, abigarrado y acaso os estrañará verle. Yo os haré reservar un sitio próximo para que podáis ver bien la crucifixión. Creo que los ajusticiados morirán valerosamente. Uno de ellos es un tipo original, dice y hace protestas de ser el Hijo de Dios; es inocente como una paloma, y no ha cometido ningún delito por el cual merezca ser condenado á muerte.

—¿Y le has condenado?

—No le quería condenar, he probado todos los medios para salvarle, pero esas avisvas del templo

le odian terriblemente. Cuando comprendieron que mi ánimo estaba inclinado á la indulgencia se alzaron todos contra mí y entonces le condené. ¡A la fuerza! Si no lo hubiese hecho los sacerdotes hubiesen presentado una querrela al Emperador en contra mía. Por lo demás,—añadió Poncio con frialdad,—ese hombre no es romano.

—Sin embargo,—suspiró Antea,—no amaré ni sufrirá menos de cuanto amen y sufran los romanos.

El proconsul calló; pero por las contracciones del rostro se descubría claramente la lucha violenta que sostenía dentro de sí, para justificar de cualquier manera la imprudencia cometida y devolver la paz á su alma conturbada. Después añadió:

—No escuso de ningún modo la exageración; el que me habla de ese hombre y de su sentencia me entristece el ánimo. Creo que nuestra guía en la vida debía ser la moderación porque ella es el fundamento del mundo. En todos los países, el hombre se somete á esa virtud, pero aquí no. Creedme, esta agitación continuada que turba mi espíritu me fatiga; esta inconstancia de los hombres y de la naturaleza me hastía. ¿No lo veis, amigos míos? Ahora, precisamente ahora, no es la primavera, y sin embargo las noches son aun frías, mientras durante el día el calor es sofocante y las calles arden bajo nuestros pies. Ahora sigue siendo mañana y es preciso pasar horas para que llegue medio día, y sin embargo ¿no parece que sea más tarde? Tan inconstante y extraña como la naturaleza son los hombres, pero no os quiero hablar de estos, preferible es callar. No obstante yo permanezco aquí, en

mi puesto, y cumplo con mi deber. Id, id hoy á la crucifixión, estoy seguro de que ese nazareno sabrá morir heroicamente. Esperando salvarle del snpicio le hice azotar, os parecerá acaso cruel, amigos míos, pero os juro que no lo soy. ¡Lo quería salvar! Mientras le flagelaban, él, el nazareno, se mostraba docil como un cordero y murmuraba palabras de compasión para sus verdugos; y la sangre le corría por el cuerpo, rogaba por ellos con la mirada dirigida al cielo. Indudablemente ese hombre es el más extraordinario que he visto nunca. Mi mujer no encuentra tranquilidad pensando en la sentencia y me dice: «¡No has debido permitir la muerte de un inocente!» y también el ánimo mío realmente se rebela, pero ¿qué queréis? subí por dos veces á la tribuna para arengar á aquella plebe desenfrenada, esperando convencerla de que el nazareno era inocente, pero la multitud se me ha impuesto agitándose furiosamente. ¡Crucifícale!

—¿Y tu cediste?—preguntó Cinna.

—Tuve que ceder. Si no lo hubiese hecho, hoy Jerusalem estaría en revolución. Mi deber era evitarla de cualquier modo, y he cumplido con él. Apesar de mi sufrimiento y sentirlo en lo más profundo de mi alma, he sacrificado un hombre al bien público, un hombre que en último caso es extranjero y nadie pensará en defenderle. ¿Quién tiene la culpa si no nació romano?

—¿Pero el sol brilla únicamente para los romanos?—preguntó Antea.

—El sol, divina Antea,—repuso el proconsul,—ilumina en todas partes al poder romano que podrían debilitar los tumultos y las discordias. No me

pidas, te lo ruego, el indulto de ese nazareno. No podría concedértelo. Únicamente César podría darte; á mí, aún persuadiéndome tú, y eso no te costaría gran trabajo, me sería imposible concedértelo. Cinna lo sabe.

Antea entre tanto escuchaba y pensaba, sentía profunda angustia y en aquel momento murmuró:

—Es preciso saber sufrir y morir sin culpa...

—Nadie está sin culpa,—respondió Poncio;—pero el nazareno, no es ciertamente culpable de esos delitos que le han sido imputados, y yo, como proconsul me lavo las manos, pero como ciudadano de Roma condeno sus enseñanzas. He hablado largamente con él, me he detenido á observarle, examinarle y escrutarle el alma y la mente, pues bien, afirmó cosas que son incomprensibles. Por ejemplo, sostiene que la vida debe tener un objeto que nazca de la razón. Nadie puede desconocer la virtud y yo no pertenezco al número de los que se oponen á ella. Los estoicos enseñan á sufrir con resignación y con fe, pero no pretenden que el hombre renuncie completamente á cuanto de bello le ofrece la naturaleza, como las riquezas y el alimento cotidiano. ¿Qué diríais vosotros de mí, caros amigos, si mañana diese mucha parte de mis bienes á esa gente sin lecho ni pan, que se calientan al sol, hambrientos é inertes, junto á la puerta de Job, decidme, qué opinaríais de mí? Estas son precisamente las ideas que ese hombre predica. Pretende que los hombres sean todos buenos, tan inmensamente buenos, que se amen unos á otros con igual afecto, sean hebreos, romanos, egipcios, africanos; en una palabra, dice que todos somos iguales ante Dios;

que el rico debe ayudar al pobre, que la páz y el perdón son las virtudes más bellas y más santas. Eso predica y eso mismo practica: enseña y ora. Y sin embargo,—murmuró Poncio á guisa de comentario;—quien no sabe refrenar los propios sentimientos y las propias ideas, no puede considerarse como un hombre sano de mente.

Después continuó:

—Se proclama Hijo [de Dios, pero no sabe que procediendo así derriba los principios fundamentales de la fe, y en consecuencia, en vez de hacer un bien hace un mal á la humanidad. Piense como quiera, pero que no se eleve á maestro de las propias ideas y no trate de destruir las otras. Yo, como hombre, protesto de sus doctrinas. Si he deciros la verdad desnuda, no tengo fe alguna en los dioses que adoramos; pero comprendo la utilidad de la religión, y por eso profeso públicamente una, porque lo estimo indispensable como un freno para todos los hombres. Ese Nazareno, por lo demás, no teme á la muerte, porque dice que resucitará.

Cinna y Antea se miraron asombrados.

—¿Y resucitará?—preguntaron á un tiempo.

—Lo asegura,—contestó Poncio;—añadiendo que ocurrirá á los tres días de su muerte, y con él lo repiten sus secuaces. Sobre eso no he querido interrogarle siquiera, porque la muerte dispensa toda promesa. Pero en todo caso, si no resucita, estará en mayor acuerdo con su doctrina, la cual enseña que la verdadera felicidad de los hombres empieza después de la muerte con la vida eterna. ¡Y pensar que afirma todo eso con la más íntima convicción! Según él, en su reino que no es de este mundo, exis-

te una luz mayor que la que ilumina todo lo creado; cuanto más un hombre sufre en la tierra, tanto más gozará de la dicha en su reino; los hombres, en la vida tienen un solo deber: el de amar, amar, amar...

—¡Qué extraña doctrina!—murmuró Antea.

—Y sin embargo, todos gritan: ¡Crucifale!—exclamó Cinna.

—No hay que asombrarse,—repuso el procónsul. —Entre la plebe nace y vive el odio; el odio únicamente puede pedir la cruz á cambio del amor.

Antea se tocó la frente con un dedo como para fijar una idea.

—¿Cree que la felicidad en vez de gozarse en la vida se goza en la muerte?

—¡Qué sublime es esa fe, oh, Cinna, si fuese verdad!

Después de un breve silencio, preguntó nuevamente Antea:

—¿Pero ese Nazareno, cómo puede saberlo?

—Lo afirma, porque dice que lo sabe por el Padre de todas las gentes, que es el Dios de los hebreos, como Júpiter es nuestro Dios; pero añade el Nazareno, que su Dios es único y misericordioso.

—¡Si fuese verdad, Cayo!—repitió la joven.

Pareció que Cinna quisiese decir algo, pero siguió en silencio.

Poncio pensaba, siguiendo con su imaginación cuanto acababa de decir sobre las doctrinas del Nazareno, y levantaba los hombros, sacudiendo la cabeza, como asintiendo á sí mismo. Después dispúsose á marchar.

Antea púsose de pie y dijo de repente:

—Yo quisiera ver á ese Nazareno, Cayo...

—Daos prisa,—dijo Poncio;—ya se está organizando el cortejo que ha de conducirle á la cruz.

## VII

El sol que por la mañana resplandecía fúlgido, al mediodía se obscureció. De las nubes oscuras y rojizas subían corriendo impetuosamente auras de tempestad; lejos, muy lejos, al occidente, algunas franjas de cielo azul resplandecían aun, bajo la luz de oro del sol; pero las nubes, ascendiendo siempre, habían después cubierto el cielo enteramente como de un negrísimo manto; sobre la ciudad el cielo estaba aun limpio y terso, no se sentía el más mínimo sople de aire.

Algunos grupos de curiosos, los cuales habían precedido al cortejo que estaba ya en movimiento á las puertas de la ciudad, le esperaban en el Gólgota. El sol iluminaba la árida y pedregosa llanura, y las masas y los montones aparecían más tétricos. Más adelante se dibujaban vagamente los collados medio ocultos por la niebla. A bajo, entre el Gólgota

y los muros de la ciudad, se extendía como un campo desierto é inculto, sembrado de rocas y piedras, entre las cuales crecía alguna esmirriada higuera. Más adelante, pasados los muros, los techos de las casas planos y uniformes, semejaban nidos de golondrinas, y más adelante aún, veíase el cementerio con los sepulcros blanqueados.

A la proximidad de las fiestas pascuales, la afluencia de forasteros era grandísima; para que todos pudiesen tener albergue, se construían tiendas en gran número que ocupaban una gran extensión. Estas barracas puestas en fila una al lado de la otra ofrecían el aspecto de un gran campamento de gentes y de bestias. El sol enviaba sus ardientes rayos, y en la hora precisamente en que las personas obligadas á habitar aquellos alojamientos buscaban en las grutas un poco de fresco, á pesar de la extraordinaria animación, la vasta extensión de tiendas se hallaba envuelta en una profunda tristeza; los rayos de aquel sol, mientras iluminaban el verde de la llanura, producía sinietros resplandores sobre las masas grises de las rocas.

Un lejano murmullo de voces oscuras y sordas subía del interior de la ciudad, semejante al susurro de las olas, que en vez de romper con violencia contra los escollos, pasaban mansamente.

Los grupos de curiosos que ya habían llegado al Gólgota, mientras esperaban, dirigían la mirada hacia la ciudad, al lado donde el cortejo había de comenzar. Otras personas subían, y entre ellas notábase la silla de manos de Antea, en la cual iba ella cómodamente tendida, seguida y precedida por

una centuria, á quien Poncio había dado el encargo de proteger en caso de necesidad á sus amigos de la muchedumbre, la cual sentía hacia los forasteros un profundo desprecio. Cinna seguía á la litera en compañía del centurión Ruffillo.

Antea al mediodía se encontraba más tranquila que de sólito, y no sentía aquel insano terror al solo pensamiento de los fantasmas, que tan amarga le hacían la vida. Continuaba pensando en lo que les había contado el procónsul del Nazareno, y se sentía como arrebatada en un dulcísimo éxtasis, hasta el extremo de que la nueva idea vencía en ella los horribles pensamientos que la atormentaban. Notaba que en su interior ocurría algo nuevo, y se alegraba, aunque no pudiera explicarse la causa.

En aquel tiempo no era difícil ver personas que llegasen serenamente á la muerte, como la luz que se apaga por carecer de aceite. La serenidad del héroe dependía tan solo del valor, ó de la razón por la cual se sometía á la suprema necesidad de morir, pasando de la luz á las tinieblas, de la vida real á un porvenir obscuro é ignoto; pero ninguno hasta entonces, había tenido la valentía de bendecir la muerte, y de morir sonriendo á la fe de una nueva existencia en un mundo venidero, donde había de alcanzar la dicha eterna.

El Nazareno, por el contrario, lo proclamaba esto como misterio, lo proclamaba como fe, como verdad absoluta, indiscutible.

Antea se sentía conmovida profundamente por esta nueva doctrina, de la cual sacaba la propia convicción llena de fe y esperanza. Sabía que debía morir, y al solo pensamiento de una verdad como

ésta, sufría inmensamente, porque para ella morir significaba abandonar á Cinna, y á su pobre padre, á los cuales amaba con toda su alma; significaba separarse del amor, del mundo, de todas las cosas. Ante sí percibía el vacío, el frío, la obscuridad, la nada, y las pasadas alegrías de una vida feliz la herían el alma lacerada. Si la muerte al menos la hubiese concedido llevar consigo los recuerdos del amor y de la dicha, tal vez le hubiese parecido menos terrible; pero nada!

En oposición á la creencia de la nada después de la muerte, la revelación del Nazareno, la aproximaba á un sueño, á una esperanza. ¿Pero quién era el que proclamaba un tan halagador misterio? Un hombre raro, un maestro, un profeta, el cual después de haber enseñado á los hombres el amor, la más sublime, la mejor de las virtudes, bendecía á los que le azotaban, á los que preparaban la cruz en que habían de supliciarle. ¿Y si enseñaba el amor, la piedad, la humildad, cómo podría su fe, nacida de tan puras fuentes, engañar á nadie?

—Si dice la verdad,—pensaba Antea;—venga en hora buena su muerte, y bendita sea si significa el fin de las miserias humanas, si significa el cambio feliz de una vida de tristezas, si ha de transformar las tinieblas en luz, y nos ha de dar una eterna dicha.

Y seguía pensando:

—¿Y por qué, á quien enseña el amor y ama, se le quiere crucificar? El hombre desea el poder y él lo desprecia; el hombre ama las riquezas y él quiere permanecer pobre, todos arden en deseos de poseer dinero, palacios, carros de marfil incrustados

de madreperla, y él por el contrario, en la modestia de la vida, vive como un sencillo pastor.

La pobre enferma, arrebatada por un sentimiento tan nuevo, recordaba á su padre, al anciano Timon, el cual desde hacía mucho tiempo decía que tan solo una nueva verdad pudiera salvar al alma humana del tormento de las tinieblas, y la nueva verdad surgía al fin. Bienvenida la que venciendo á la muerte era portadora de la salvación.

Antea se abandonaba con intensa pasión á tales pensamientos, en tanto que Cinna durante aquel día y al llegar la tarde, no vió que el rostro de su esposa se obscureciese por el sólito dolor.

Mientras tanto el fúnebre cortejo que precedía el Nazareno destinado al suplicio de la cruz, se dirigía hacia los muros.

Antea podía seguirlo desde lo alto del Gólgota, en toda su extensión á lo largo de las calles que recorría.

La multitud se hallaba apiñada en Jerusalén, pero después, cuando al salir de la ciudad se extendió por la ancha llanura al pie del montecillo, parecía que poco á poco disminuyese. Pero por las puertas de Jerusalén, continuaba saliendo la gente que aumentaba el número de la inmensa turba, ya reunida bajo los muros, la cual, dirigiéndose luego hacia el monte, se extendía por todas partes, como un río que se desborda.

El cortejo era vario y abigarrado. Antea distinguía claramente desde la altura, los mantos blancos de los caballeros, y los uniformes azules y rojos. A los rayos del sol brillaban las corazas y las lanzas de los soldados romanos. Así como la gente

se aproximaba al Gólgota, el murmullo de las voces antes lejano, se dejaba oír más cada vez. La muchedumbre había casi llegado á la pendiente en que debían levantarse las cruces, y todos se apresuraban para procurarse el mejor sitio, desde donde poder asistir al martirio.

La centuria que escoltaba á los condenados, era empujada de tal modo por la multitud, que apenas si podía avanzar un paso. Los primeros en llegar al lugar del suplicio fueron los muchacos reunidos en bandas alegres y bulliciosas. La mayoría iban medio desnudos, llevando tan solo un pedazo de tela que apenas les cubría: la cabeza rapada en el centro, y por los lados les crecía un mechón que iba á caerles sobre las mejillas morenas. Los ojos eran negros. Chillando y vociferando, echaban sobre los condenados piedras y lo que á mano les venía. En un momento la vertiente del monte se pobló de una muchedumbre variada, versicolora, agitada por un ansia de deseo y de alegría, anhelante del espectáculo que había de presenciar, al mismo tiempo que le infundía pavor el suplicio que iba á ejecutarse.

En vano se hubiera pedido á todas aquellas personas una palabra de piedad ó de conmiseración; se oían voces estridentes, conversaciones animadas, coloquios vivos, gritos, chillidos, altercados.

Antea, aun cuando se hallaba acostumbrada á la animación de Alejandría, y á la griega lijereza, miraba atónita aquel mar de cabezas, y estaba estupefacta.

El centurión Ruffilo, que se había puesto precisamente al lado de la litera en la cual se hallaba Antea, con acento tranquilo y sosegado le explica-

ba todo lo que iba ocurriendo, mientras que de la ciudad, continuaba saliendo, como un río, inmensa afluencia, entre la cual se distinguía á los notables envueltos en mantos espléndidos, que sostenían á la plebe á respetuosa distancia.

Los campesinos habían acudido á Jerusalém en número considerable para celebrar la Pascua, y con ellos los labradores, pastores y demás gentes que habitualmente viven alejados de la ciudad. Entre los hombres no faltaban muchas mujeres vestidas con los pintorescos trajes del país en aquella época,

Llegaron por último los *Sanhedrin*, entre los cuales estaba Hanaan, un viejo de rostro pálido y con los ojos inyectados de sangre, le seguía Caifás tocado con un bonete de dos puntas, y en el pecho multitud de monedas de oro. Detrás iban muchos fariseos, cuya grave y fría seriedad contrastaba bastante con la multitud bulliciosa é insolente de la que estaban rodeados.

Cinna lo observaba todo conservando aquella calma y fría indiferencia propias de las personas que su juzgan superiores. Antea á su vez, era presa del estupor y del temor unidos. Esta veía pasar por delante de ella muchos judíos que habitaban en Alejandría, griegos por mitad y se le representaban tal y como el procónsul los había descrito.

La multitud, cercana á ella, prestaba vivísima atención á la enferma, sobre cuyo pálido rostro parecía que la muerte había impreso ya su triste estigma; todos la observaban con curiosa mirada, deteniendo el paso, á pesar de la severa vigilancia de la centuria, y en cada mirada entreveía la piedad

y la compasión; pero después, el odio de la multitud hacia el condenado se sobreponía á todo, y en aquellas miradas brillaba casi un relámpago de júbilo al pensamiento de que la muerte no podría á lo largo abandonar su víctima.

Antea comprendía entonces por qué la plebe había pedido la cruz para el profeta, para el maestro del amor; y la figura del Nazareno se le aparecía más bella y más simpática.

El debía morir y ella también moriría. Y así Antea, poco á poco conocía qué dulces lazos de fraternidad y de amor unen en el dolor y en la muerte. El Nazareno iba al encuentro de la muerte, sonriendo y guiado por la fe en el porvenir; á ella le faltaba esta fe y había ido para encenderla en la del Nazareno, asistiendo á su muerte.

Del Gólgota salía un estruendo de aullidos, de silbidos, de protestas: después sucedió un silencio profundo; se oía el rumor de las armas y los pasos graves de los legionarios. La gente se dividía silenciosamente en dos alas, para que pasase el cortejo.

El que precedía á los condenados, desfiló próximo á la litera de Antea. A los lados y detrás seguían los legionarios á pasos lentos y cadenciosos. En el centro descollaban las cruces, las cuales parecían caminar por sí solas, pues los portadores estaban casi encorvados y desaparecían bajo el doloroso peso. El Nazareno no llevaba la suya. Los dos ladrones tenían el rostro muy encarnado y provocativo. Un pobre campesino, viejo y canoso, llevaba, por orden del centurión, la cruz del Nazareno, el cual le seguía rodeado por la centuria. Caminaba

tranquilo y sereno, aquel inocente, vestido con un manto de púrpura; llevaba en la cabeza una corona de espinas, que penetrando en la carne, le habían hecho muchas heridas grandes y profundas; la sangre le corría lentamente, gota á gota, sobre las mejillas, semejantes á los frutos del espino blanco. Estaba pálido, débil; andaba con paso inseguro. La turba que le rodeaba le escarneaba, se burlaba de él, y él seguía con noble calma, casi arrebatado en un éxtasis de un pensamiento no terreno. Con el espíritu muy por encima de las humanas bajezas, indiferente al clamoreo de la plebe, aparecía supremamente piadoso y bueno, indulgente hasta el extremo, y como presa del misterio del infinito. Tanta piedad y tanta indulgencia le colocaban sobre toda terrena cosa, porque estaba sumiso, dulce, triste, inmensamente triste; pero por aquella tristeza profunda que el mundo le acumulaba delante.

—¡Tú eres la verdad!...—exclamó Antea con los labios trémulos.

El cortejo se detuvo en cierto momento, porque la centuria, por la irrupción de la plebe, no podía proseguir; y así Antea pudo mirar de cerca al Nazareno. El viento le agitaba los cabellos; la luz rosada del sol que doraba las nubes, reflejábale sobre aquel palidísimo rostro, casi transparente en su profunda palidez. Su cuerpo cubierto con el manto parecía encendido en una llama. La plebe le rodeó curiosamente; los soldados tuvieron que apelar á las lanzas para proteger al Nazareno hasta la cruz. No se oían los gritos y aullidos; veíanse agitarse confusamente brazos elevados y puños apretados;

de los ojos del populacho salían llamas de fuego; las mandíbulas se abrían como para morder, y el Nazareno, mirando en torno suyo, parecía decir: «¡Qué mal os he hecho!» y levantaba, orando, los ojos al cielo.

—¡Antea!... ¡Antea!...—exclamó Cinna.

Pero Antea parecía no oírlo, porque miraba la faz del Nazareno, y por sus mejillas corrían abundantes lágrimas. Se sentía como renacida en el alma y el cuerpo; y efectivamente, cuando vencida por la muerte, condenada tantos y tantos días á la litera, se creía postrada, levantóse derecha y hermosa en toda su pureza, temblando de angustia, de piedad y de desdén, y desafiando el aullido salvaje de la plebe, empezó á echar flores de almendro y de jacinto á los pies del Nazareno, vencida por la nueva dulzura que invadía todo su sér.

La multitud quedó atónita, y calló al ver la noble dama que rendía homenaje al condenado.

El Nazareno volvió hacia ella la mirada y movió los labios como para bendecirla; y Antea, recostada ahora sobre los cogines de la litera, presa de una dulzura tan nueva y tan grande, sentíase como sumergida en un ancho mar de luz, de bondad, de esperanza, de alegría, y murmuraba con convicción:

—¡Tú eres la verdad!...

Y así diciendo las lágrimas le mojaban de nuevo el rostro.

Los soldados empujaron delante de ellos al Nazareno, apartándolo de la litera, yendo hacia el punto donde se preparaba el suplicio. La multitud circun-

dante le tapaba; pero Antea podía verlo y mirar su rostro pálido y demacrado, coronado de espinas.

Empezó el suplicio. Primero fueron suspendidos á las cruces laterales los dos ladrones. En la sumidad de la tercera, que se habia de colocar en medio, se veía un pedazo de pergamino blanco, que el viento con su violencia parecía querer desprender. Los soldados se acercaron al Nazareno y empezaron á desnudarle, en tanto que la plebe gritaba:

—¡Aquí tenemos al rey!... ¡Vedle!. . ¡Oh, qué humildad!... ¿Dónde están tus legiones y tus ejércitos? ¡Defiéndete si puedes!...

Y los gritos eran tan ensordecedores, que nadie podía entenderse.

En tanto que el Nazareno acababa de ser tendido en la cruz, un hombre, que permanecía al lado de la litera de Antea, vestido con una túnica blanca, cayó en el suelo de rodillas, escondiendo la cabeza en el polvo y empezó á gritar con las manos tendidas hacia el sitio donde crucificaban al Nazareno:

—¡Yo estaba leproso y él me curó! ¿Por qué lo crucificais ahora?

Antea palideció y dijo:

—¿Has oído, Cayo? ¡El lo curó!

—¿Vámonos?—preguntó Cinna.

—No; prefiero quedarme—repuso Antea.

Vencido por una nueva agitación, que igual que una tempestad, se agitaba en él, Cinna en aquel momento se reprochaba el no haber llamado al Nazareno para que curase á Antea.

En este punto, los soldados, despues de haber extendido el cuerpo de la víctima sobre la cruz, le

clavaban los clavos en las manos, despiadadamente, golpeando con gruesos martillos. Al sonido de los golpes del hierro contra el hierro, se unió bien pronto la exclamación delirante de la multitud, la cual estaba en el paroxismo de su júbilo, al ver los clavos que traspasaban las manos del crucificado y penetraban en la madera de la cruz. Después se hizo un gran silencio, pues la plebe cruel quería también gozar de la morbosa voluptuosidad de oír los gemidos que la tortura arrancaría al mártir; pero éste, tranquilo y grave, en tanto que sufría aquellas atroces torturas, oraba perdonando, y, en el silencio, resonaban solamente los martillazos.

Finalmente la cruz fué levantada entre las otras dos. El centurión que dirigía el suplicio, ordenó que fuesen clavados los pies del Nazareno. De repente, las nubes se condensaron y obscurecieron al sol. Todo, alrededor de los montes y los valles, poco antes rientes, bajo una luz medrosa, se tornó oscuro y tétrico. Una oscuridad amenazadora invadió al monte y rápidamente las nubes se acumulaban y hacían cada vez más negras. Las sombras de lo sumo caían espantosas y rojizas, como si hubiesen sido proyectadas siniestramente por una mano invisible. Por momentos repercutía en el espacio el zumbido sordo del viento; después reinó un silencio de muerte; el aire se hizo sofocante, y los últimos tenues rayos del sol se dissiparon. De las negrísimas nubes, siniestros relámpagos surgían como en una tempestad, envolviendo la ciudad y el monte.

—¿Nos vamos?—preguntó Cinna de nuevo.

—No... ¡deseo ver al Nazareno otra vez!—suplicó Antea.

Por orden de Cinna la litera fué transportada un poco más hacia adelante, para que Antea, aun en las tinieblas, pudiese verle bien el rostro. Sobre la madera de la cruz se diseñaba el cuerpo del crucificado, el cual se destacaba súbitamente entre la tétrica obscuridad; la respiración afanosa le levantaba el pecho; la cabeza y los ojos teníanlos vueltos al cielo.

Detrás de las nubes se oía un ruido lejano, apenas distante; helo aquí; resuena de improviso con fuerza el fragor del trueno que se aproxima; corre, se agiganta, recorre el espacio de levante á poniente con terrible eco; después se aleja, desciende á las profundidades infinitas é ignotas, dividiéndose lentamente en mil rumores indistintos. El rayo fulmina; la tierra tiembla; un inmenso relámpago incendia las nubes, ilumina la tierra, el cielo, y sobre el Gólgota, alumbraba la cruz, las corazas relucientes de los soldados, la plebe que se amontona y se apiña como un rebaño de ovejas, medrosa, estupefacta; después la obscuridad se hace más densa.

Cerca de la litera de Antea se oían sollozos desgarradores: eran mujeres que se dirigían á la cruz del Nazareno; y sus sollozos y lamentos tenían un eco tristísimo en aquel profundo silencio. Después la multitud comenzó á discurrir de una parte á otra; unos llamaban al amigo, al pariente; de otra parte respondían.

A veces se gritaba lamentosamente:

—¡O jah! ¡Oi lann! (1) ¡Han crucificado al justo!

—¡El justo que predicaba la verdad! ¡O jah!

(1) ¡Ay de nosotros!

—¡El que resucitaba los muertos! ¡O jah!

Una voz grita:

—¡Tiembla la tierra!

La multitud repetía espantada:

—¡Tiembla la tierra!

Los unos huyeron; otros, vencidos por el terror, no podían moverse, incapaces, como estaban, de darse exacta cuenta de lo que pasaba.

Después, de pronto, las nubes empujadas por un viento impetuoso empezaron á fragmentarse rápidamente, esparciéndose por el cielo. Un segundo relámpago iluminó siniestramente las nubes gigantes, y pareció que descendían sobre la tierra sombras flameantes.

Sobre el Gólgota reinaba un silencio de muerte; y cuando volvieron á resonar los espantosos aullidos, quedaron cubiertos por el bufar del viento impetuoso que arrebatava la ropa á la gente. Del cielo surgieron de improviso algunos resplandores de luz blanquecina, que iluminaron siniestramente la altura del Gólgota, las cruces y los lívidos rostros de los crucificados. Entonces se vió que el Nazareno había inclinado la cabeza sobre el pecho con triste abandono; tenía el rostro blanco como la cera, los párpados cerrados, los labios lívidos.

—¡Ha muerto!—murmuró Antea.

—¡Sí... ha muerto!—repitió Cinna.

El centurión asestó una lanzada en un costado del Nazareno, y la plebe, reanimada por la vuelta de la luz, se arremolinaba al pie de la cruz, y gritaba al Nazareno ya muerto, á modo de burla:

—¡Baja de la cruz, baja ahora si puedes, Hijo de Dios!

Antea, mientras fijaba una mirada dolorosa en la hermosa cabeza del Nazareno, reclinada con el abandono de la muerte, se preguntaba:

—¿Resucitará?...

Miraba atentamente los ojos semi cerrados del mártir; sus labios lívidos, el cuerpo abandonado sobre la cruz, los miembros que se iban tornando rígidos, y una voz le resonaba en el corazón, como una duda desesperada è invencible.

Cinna no estaba menos turbado que Antea; él no creía, en verdad, que resucitase; pero también sentía dentro de sí, que si el Nazareno hubiese estado vivo, El hubiese curado á Antea.

La gente, embriagada, continuaba rugiendo en torno de la cruz, y decía:

—¡Baja de la cruz... baja si puedes!

—¡Oh!... ¡Baja de veras—exclamó Cinna en un arranque salido del corazón—baja y salva á Antea, y toma luego mi alma!

Entretanto, el cielo se iba aclarando gradualmente; un velo de nieblas envolvía aún los collados y ocultaba el horizonte lejano; pero una luz purísima iluminaba ahora al Gólgota y Jerusalen. La Torre Antonia se diseñaba sobre el puro azul del cielo, entre una gloria del sol; soplabá una brisa fresquísima y pura, y bandadas de golondrinas atravesaban el espacio, piando alegremente.

Cinna ordenó el regreso á casa. El espectáculo había terminado y Antea, durante el trayecto, dijo:

—Hécate no ha venido hoy á turbarme...

Y Cinna también, en aquel momento, pensaba en la misma cosa.

VIII

Tampoco al siguiente día compareció el espectro á turbar el espíritu de Antea. Timon, que estaba en pena por la vida de su hija, sobresaltado por las tristes noticias que corrían acerca de su salud, fué á Jerusalen, porque antes de morir quería ver á los suyos.

Cinna, ahora, abría su corazón á nuevas esperanzas, pero sin ilusionarse demasiado; los buenos síntomas habían sido falaces más de una vez, y los fantasmas, dando tregua por un día, volvían después más encarnizados. El desventurado esposo, explicaba aquella mejoría por la presencia de Timon y por el cambio de afectos entre padre é hija, que se amaban entrañablemente. Antea contaba á su padre la doctrina y el suplicio del Nazareno, y el prudente viejo la escuchaba sin oponer duda alguna, interrogando y reflexionando acerca de la nueva fe, predicada por aquel hombre que había muerto crucificado; pero Antea no podía ni sabía des-

cribir más que lo que el procónsul le había contado.

Entretanto se sentía más fuerte, y le parecía que estaba curada: pasó el mediodía, y en sus ojos brillaba un rayo de felicidad verdadera y pura.

Después de tantas fatigas, llegaba finalmente para ella un día afortunado, y quiso que Cinna fijase la fecha en los anales de sus amores. El tiempo no era bueno; había llovido toda la noche, y ahora la lluvia caía lenta, menuda, penetrante, las nubes eran pesadas; pero hacia la noche se aclaró el horizonte, y el sol, rompiendo el velo melancólico que le rodeaba, tintó de colores rosados su ocaso, y bañó de oro las rocas lejanas y las marmoreas columnatas de las quintas que ceñían á Jerusalem.

La mañana era espléndida y perfumada por la tibieza del aire; el cielo era sereno y sin una mancha y el sol envolvía á la tierra como una lluvia luminosa de céfiros. Antea manifestó el deseo de gozar de aquel bellissimo día bajo la sombra del olivo favorito, y Cinna, que junto con Timon no la abandonaba un momento, se lo concedió en seguida. Padre y marido estaban siempre pendientes de sus menores deseos, y escrutaban siempre ansiosamente su rostro, sobre el que descendía vagamente la sombra dolorosa del pasado, pero no tenía aquella contracción de espanto al acercarse el mediodía. Los ojos brillaban con luz clara y viva y sus mejillas estaban ligeramente coloreadas.

En el ánimo de Cinna seguía penetrando la esperanza, y tenía la certeza de que con el tiempo curaría su amada esposa; en aquel momento le acometía la locura de postrarse en el suelo, y llorando de

alegría daba las gracias á los númenes que la habían salvado. Pero nuevamente le asaltaba la duda. Quizás la mejoría de Antea era como el último destello de la luz próxima á apagarse.

Al alejarse esta última y dulce esperanza indagaba la mirada del viejo Timon, pero éste, que participaba de las mismas dudas y de las mismas esperanzas, evitaba que sus miradas se encontrasen. Mientras se acercaba el mediodía, la hora tremenda de la prueba, los dos hombres que estaban cerca de la joven no osaban hablar ni interrogarse; el tiempo transcurría lento y Cinna seguía atentamente la sucesión de los minutos. Una nueva melancolía agitaba su ánimo, como también el de Timon. Antea parecía la menos turbada de todos; tendida muellemente sobre el musgo y la cabeza apoyada suavemente en sus manos, aspiraba con voluptuosidad el aire fresco y embalsamado que traía un ligero céfiro de poniente.

Al acercarse el mediodía el viento cesó y el aire se hizo cálido. Al calor del sol los nardos y los espliegos despedían un perfume embriagador, y alrededor del césped de los anémones revoloteaban mariposas blancas. Saliendo tímidamente de las hendiduras de las rocas, algunos lagartos se arrastraban por el suelo; parecía que en aquel momento el mundo reposaba y gozaba en el silencio de aquella hora en medio de la alegre serenidad de la luz del cielo.

Cinna y Timon, rendidos por el calor, estaban á punto de dormirse; la enferma cerraba los ojos como presa del sueño, mientras su seno se levantaba con una respiración lenta y regular. Cinna observó

su propia sombra que se alejaba poco á poco; era mediodía.

De repente Antea abrió los ojos, y rompiendo el silencio que se había hecho más profundo por la ansiedad, dijo con insólito acento:

—¡Cinna, dame la mano!

Este se levantó sintiendo la sangre correr casi fría por sus venas, porque había llegado la hora de las terribles alucinaciones de Antea. Pero los ojos de ella brillaban siempre con una mirada pura y dulce.

—¿La ves tú—dijo—aquella luz que avanza brillando hacia mí?

—¡Antea, no mires!—exclamó Cinna.

Ninguna sombra se veía en el rostro de la joven; una inmensa alegría, como si fuese la aureola del sol, la envolvía toda.

—¡La luz avanza—continuó con voz suavísima—y se dirige hacia nosotros. Lo veo... lo veo... es el... el Nazareno que me sonríe! ¡Ah, cuán dulce, cuán piadoso y bueno!... Me tiende las manos... ¡Me llama con El!

Cinna se volvió blanco como la cera y dijo:

—¡Sigámosle! Sigámosle por todas partes á donde El te llame!

Apareció Poncio en la puerta y apenas cerca de ellos contó una noticia á la cual decía no conceder ningún crédito, pues debía ser, añadía, alguna invención de la multitud ignorante y ebria.

—¡Imaginaos,—exclamó Poncio, limpiándose el sudor que le corría por la frente—imaginaos lo que se dice: Se dice nada menos que el *Nazareno ha resucitado*.

---

## La misma dicha

---

Ayer aún era estudiante, y en mi diploma de doctor en filosofía, la tinta está húmeda todavía: es verdad. No poseo bienes de fortuna, ni me he conquistado aún una posición social; también esto es verdad. Una humilde casita, un jardincito, una renta modesta de algunos centenares de rublos: hé aquí todo mi patrimonio. Comprendo porqué me han negado la mano de Tolka... ¡Pero llenarme de injurias! ¡Pero humillarme tanto!

¿Por qué? ¿Qué he hecho de malo? Les he hablado con el corazón en la mano, con mi corazón de muchacho honrado. Les he dicho:

—Dádmela y seré para vosotros como un hijo, y os guardaré gratitud hasta la muerte. Dádmela y la amaré muchísimo, la llevaré en mis brazos, velaré siempre á su lado... Es verdad, he dicho estas palabras como un necio; la voz que las profería no parecía la mía; la respiración se me detenía en la

garganta. Pero vosotros veáis, sin embargo, la emoción que embargaba mi ánimo, vosotros veáis que de mis labios brotaba un sentimiento que es muy raro hallarle en el mundo. ¿Si habíais decidido negarme la mano de Tolka, por qué no darme una respuesta sencilla, como hacen las almas buenas y que conservan aún un átomo de compasión? ¿Para qué añadir la burla y las injurias?

Vosotros que os dáis el nombre de cristianos, vosotros que os reputáis cultivadores de la idealidad, ¿habéis reflexionado alguna vez en las consecuencias de vuestra acción, de una negativa semejante?... ¿Quién os asegura que yo no me destrozaré el cráneo, porque sin ella no puedo vivir, porque mi mente no puede soportar toda esa falsedad, no puede avenirse á la idea de semejante contraste entre lo que está admitido como norma imprescindible de vida, y la vida misma? ¿Por qué no tenéis compasión de mí, ni siquiera por un momento?...

Y no obstante, tengo el derecho á no ser pisoteado sin un motivo; también tengo el derecho á ser tratado con indulgencia. Soy joven aún, soy casi todavía un estudiante, no tengo medios, carezco de posición, todo esto es verdad; pero el porvenir es mío, ¿y con qué razón os habéis creído con derecho para despreciarme?... ¡Oh, aquellas caras frías como el mármol, aquél desdén despreciativo!

Hace dos días, que la sola idea de que esa gente pudiera comportarse así, me habría parecido enorme. «Os habíamos tenido por un joven honrado y serio, y habéis abusado de nuestra confianza!»

¡Hé aquí las palabras que me han echado al rostro, como otras tantas bofetadas! Un minuto antes,

aún se congratulaban de mi diploma, con la cordialidad más afectuosa, como si fuese un hijo suyo; pero cuando pálido, tembloroso por la emoción, confesé cual era el aguijón más eficaz que me había estimulado para el estudio, los rostros se cambiaron, yo sentí que un escalofrío recorría mi cuerpo; y entonces fué cuando me censuraron el «haber abusado de su confianza.» ¡Y se han burlado de mí, me han ofendido, humillado, tan acerbamente, que por un instante hasta á mí me ha parecido haber cometido algún acto vergonzoso, vil, haberles traicionado! ¿Pero cómo? ¿Cuál es la traición de que soy culpable? ¿Quién es el traidor y quién el traicionado?... ¿Existe algo de malo en el hecho de amar á otra persona con un amor sin límites, hasta dar la sangre y el alma por ella?... No, á menos que no me haya vuelto loco. Si vuestro desdén era sincero, ¿de quién es el error, de quién la culpa?

¡Y hasta con respecto á tí, me he equivocado, angel mío, hasta con respecto á tí, en quien tanto confiaba yo! Me han dicho: «Estamos seguros de que nuestra hija no ha autorizado semejante paso.»

No me correspondía afirmar lo contrario. Pero vino luego «nuestra hija» y con toda la infinita sumisión de una señorita bien educada, balbuceó bajando los ojos que realmente no podía comprender como tal idea había pasado por mi imaginación.

¡Ah! ¿tú no puedes comprenderlo? Oyeme, pues, señorita Tolka. ¿No puedes comprenderlo? Sí, es verdad, no me has dicho nunca que me amas, no poseo documento escrito de tu mano, con tu firma, y aunque lo poseyera, puedes estar segura de que no lo hubiese enseñado... Pero te quiero recordar tan

solo una cosa... Debe existir una justicia, un tribunal supremo, sobre las nubes densas ó en la íntima conciencia de los hombres, poco importa donde, un tribunal en suma, ante el cual te verías obligada á confesar tu culpa: «he engañado á un hombre con lisonjas, le he hecho relampaguear el rayo de mi amor, y después le he abandonado al vituperio, al dolor.» Tal vez te ha faltado valor, acaso no has sabido tener fuerza, lo sé; y me has engañado cruelmente...

Y no obstante, no quiero decir mal de tí, porque te amo aún; pero mira, cuando se tiene en las manos la suerte de un hombre, cuando se trata de salvarle ó de perderle, es necesario tener valor: la justicia y el amor deben vencer al miedo.

¿No has pensado nunca en el estado de ánimo de aquel albañil que ha llegado casi al fin de un inmenso edificio que le ha costado esfuerzos enormes y lo ve luego derrumbarse á sus pies?

Tal es el estado de mi ánimo. Para mí, el porvenir reposaba todo, en la fe ciega en tu amor; pero un soplo de viento lo ha dispersado sobre la arena, porque te ha faltado valor, porque entre mi ruina y el reproche pasajero de tus padres, has preferido mi ruina.

¡Oh! Si en medio del derrumbe de mis ilusiones hubieses permanecido tal como mi amor te había forjado, sentiría menos agudo el dolor, podría conservar aún el bálsamo de la esperanza. ¿Ignoras que en los últimos tiempos lo hacía todo por tí, por tí sola, con tu imagen ante mis ojos? Por tí me fatigaba estudiando los días enteros y no dormía las noches, por tí conquistaba diplomas y medallas;

respiraba y vivía por tí, y tú eras mi único pensamiento. Ahora, por el contrario, si echo una mirada al porvenir, veo un desierto inmenso, donde mi dolor aulla como un perro viejo enfermo. ¡Nada me ha quedado! ¡Quién sabe si alguna vez pensarás en todo el daño que me has hecho! Pero sin duda tu padre y tu madre, personas muy razonables, te explicarán que yo soy un estudiante, y que esto mío es una exaltación pasajera.

Y que lo sea. Pero yo puedo decir como Shyloch según Shakespeare:—«¿No somos hombres como vosotros? ¿Si nos herís no brota sangre de nuestra herida, si nos ofendéis no caen también lágrimas de nuestros ojos?

No es nunca lícito ofender á un hombre sea quien sea. Infundada ó no mi exaltación, no da á nadie el derecho para burlarme é insultarme. Es verdad, pues, que este nuestro mundo, enorme edificio sin alma, repleto de hipocresía y de mentira, vacila y ya está á punto de desmoronarse, y habitarlo se hace imposible.

Tengo mucho tiempo por delante. El diablo me ha decidido á doctorarme en filosofía, y ahora como filósofo me detengo con placer á considerar la naturaleza en las relaciones varias que ligan recíprocamente á los hombres, tanto más, cuanto que tales relaciones han ejercido en mi suerte una influencia bien decidida.

Vosotros, séres llenos de buen criterio, vosotros, personas razonables, os conformáis con hallar una palabra vacía de sentido, empleándola para denotar la manifestación de un hecho. ¡Que este hecho sea de tal naturaleza que pueda perturbar ó destro-

zar una vida humana, eso no os importa un ardite! ¡Exaltación! ¿Pero qué consuelo puede ofrecer á un hombre ese vocablo, cuando el hecho significado por él, es el que se le desgarrá el corazón? ¿Acaso pensáis suavizar su afán con vuestro vocabulario? No basta. Os empeñáis en negar la existencia de todas aquellas sensaciones, que á vuestros nervios degenerados no llegan; no creéis que exista el dolor de muelas, porque de vuestras derruidas mandíbulas han caído las muelas; según vosotros tan solo el reumatismo tiene alguna gravedad, el reumatismo tan sólo puede ofrecer algún dolor. Pero el amor: ¡una simple exaltación mental, y nada más!

Cuando estos pensamientos se concentran en mi mente, me parece encontrar dos hombres diferentes en mí: uno, el estudiante ingenioso y confiado de ayer, que en nombre de las buenas ideas se lanza osado contra los prejuicios del mundo antiguo; otro, el hombre á quien sangra una ofensa profunda, que siente la necesidad de imprecicar y de llorar... ¡Ah, no, la vida así, se hace imposible! Es muy fuerte, un tal desacuerdo entre el idealismo de vuestras palabras y la vulgaridad de vuestros actos.

Al presente se aproxima el día en que os veréis obligados á hacer los actos iguales á vuestras pomposas palabras, ó á tener la franqueza de profesar á cara descubierta vuestras cínicas opiniones, como cínico es vuestro modo de proceder... Tan sólo Dios sabe cuántas veces he oído á los padres de Tolka declamar que la riqueza no basta para constituir la felicidad, que mucho más que la riqueza

vale el carácter, y que la paz de la conciencia es el mayor tesoro del mundo.

¿Es realmente verdad todo esto? Pues bien, yo tengo un carácter, sé trabajar, poseo la tranquilidad de conciencia, la juventud y el amor; ¿por qué, pues, me habéis rechazado, por qué desdeñosamente me habéis puesto en la puerta?...

Si por el contrario hoy, hubiese ganado medio millón en una lotería, me habrías dado con gusto la mano de Tolka, hubiera venido su padre á buscarme hasta mi casa, y me habría estrechado entre los brazos como hijo predilecto... ¿No es acaso verdad.

Quien quiere comerciar debe saber contar, pero vosotros, personas razonables, no sabéis ni siquiera calcular; vuestra razón os impulsa á cometer despropósitos. ¿Comprendéis? No sabéis calcular y os lo demostraré con calma.

El amor existe, es indiscutible, es preciso, pues, concederle su justo valor. Pero para haceros comprender todo su inestimable precio, sería necesario que un insigne matemático, lo transformase en dinero á vuestros ojos. El amor es un elemento de vida positivo, real, indispensable, ni más ni menos que el dinero. Y no es difícil probarlo.

La vida tiene tanto mayor valor, cuanto la felicidad es más: y el amor es una mina de felicidad inagotable: el amor iguala á la juventud y á la salud reunidas... ¡Y vosotros, en vuestras reducidas mentes, no sabéis concebir una verdad tan sencilla! No, no, sigo repitiéndolo, no sabéis calcular. El millón vale el millón y ni un céntimo más; vosotros

por el contrario, además de un valor intrínseco le atribuí el valor de todos los otros bienes posibles. Error, señores míos, error gravísimo, en virtud del cual camináis á tientas por un mundo ficticio, os deslumbráis al juzgar las cosas, y establecéis mal la valoración. Sois románticos, pero vuestro romanticismo es vulgar, de comerciante; y perjudicial porque troncha las alas á la esperanza, porque despedaza la vida no tan sólo de las personas que os son extrañas, si no también de vuestros propios hijos.

Tolka hubiera sido feliz á mi lado. ¿Y qué pedis más? ¡No me digáis que ella me hubiera rehusado! Si con vuestra triste educación no hubieséis enardecido en ella toda fuerza de voluntad, todo sentimiento de franqueza y de valor, creedlo, no lloraría en este momento yo solo, destrozado de dolor. Nadie la hubiese amado con un amor tan vehemente como el mío: nadie mejor que yo sabe lo que hubiera sido Tolka si vosotros no le hubieseis destilado el veneno en el corazón.

Y la he perdido para siempre, y con ella he perdido una infinidad de cosas que son necesarias á la vida como el pan, sin el cual se muere. ¡Oh, vosotros á quienes había esperado llamar con el dulce nombre de padres! ¡oh, tú; que debías ser mi esposa! A veces pienso que vosotros mismos no podéis comprender toda la inmensidad del mal que me habéis hecho. Debistéis llamarme si lo hubieséis comprendido... ¡porque no es posible no sentir piedad de mi dolor!

.....  
¿Pero qué objeto tienen todos estos lamentos, to-

dos estos reproches? La justicia está de mi parte. Lo que escribo es una verdad sacrosanta, pero no basta para devolverme á Tolka. ¡Es espantoso! ¿Luego de nada sirven la verdad y la justicia?... Es una enormidad, ante la cual se rebela mi pensamiento. ¡Y no obstante de nada me han servido, de nada en absoluto! No es posible que todo el mundo fuera, como quiere concebirlo la mente humana ¿pero de dónde nace tal desacuerdo?... Las ideas se me confunden, no puedo escribir más.

.....  
Vuelvo á tomar la pluma después de un largo silencio.

La misma realidad de los hechos es ya una explicación, y me limitaré á exponer como sucedieron las cosas. Por lo demás todo se aclara después de un largo sucederse de acontecimientos, que día por día he anotado, antes aún de llegar á descubrir completamente la causa.

El día después de la humillación imprevista, vino á mi casa el padre de Tolka. Al verle se me heló la sangre en las venas, y por un momento sentí en mi cabeza un espantoso vacío: algo semejante debe experimentar el hombre cuando llega el último instante de su vida. Pero mi visitante tenía un rostro alegre y sereno, y tendiéndome la mano desde el umbral, exclamó:

—¿Ha pasado usted una mala noche, eh? Lo apuesto. Se comprende bien. ¡También he sido joven yo!

No contesté una palabra; no comprendía nada; no podía creer á mis ojos, no podía persuadirme de

que el que tenía delante de mí, era realmente el padre de Tolka.

Este, entretanto, me había cogido por la mano y hecho sentar, y sentándose á su vez, continuó diciendo:

—¡Vamos! Un poco de calma y hablemos como buenos amigos. ¿Cree usted acaso que ha sido el único que no ha dormido? Tampoco hemos cerrado los ojos en toda la noche. Pasado el primer ímpetu, al irse usted, nos dominó un malestar que no nos permitía un instante de tranquilidad. Crea usted, querido, que cuando á un hombre sucede algo imprevisto y extraordinario, se confunde y pierde la cabeza, y con la cabeza todo sentimiento de medida... Nos sentíamos realmente mal, y, quiero ser sincero, estábamos avergonzados... Casi en seguida, Tolka se retiró á su habitación, y nosotros nos quedamos echándonos la culpa uno á otro.—«Tú la tienes.»—«No, la tienes tú.»—Es inútil, el hombre es así por naturaleza. Pero después la razón y la piedad comenzaron á dejar oír sus voces; es un buen chico, estudioso, activo, inteligente, y parece que la quiere de veras... ¿cómo se nos ha ocurrido la idea de rechazarle? Oiga usted, querido, no le puedo dar una explicación; también usted si fuese padre comprendería nuestro proceder: cuando se trata de nuestros hijos, parece que el valor y la virtud no sean nunca bastantes. Luego hemos acabado por comprender que lo que nos parecía poco á nosotros, tal vez á Tolka le parecería suficiente, y hemos decidido interrogarla sobre este punto: una cabeza piensa bien, dos mejor, pero tres todavía mejor. Cuando la pobre ha caído á nuestros pies

abrazándonos las rodillas é implorándonos con lágrimas ardientes... entonces... ya lo sabe usted... el corazón paterno...

Al decir estas palabras parecía muy conmovido. Así permanecimos sentados mucho tiempo, el uno al lado del otro, en silencio. No podía creerme á mi mismo; aquello era un sueño, una ilusión de los sentidos, y lentamente mi temor se transformaba en una vaga esperanza.

Continuó hablando el padre de Tolka.

—¿Quién sabe lo que habrá usted pensado de nosotros? Somos algo impetuosos, es verdad, pero no malos. Y para demostrárselo voy á decirle tan sólo una cosa: si Tolka te es más querida, que dolorosa ha sido la herida, venga un abrazo...

No dijo nada más; pero abriendo los brazos los extendió hacia mí, y yo me dejé caer en ellos pálido, gozoso, casi loco de alegría. Un nudo me apretaba la garganta y á duras penas podía sofocar los sollozos. Hubiese querido decir muchas cosas, pero no pude decir ninguna.

Mi alma vibraba en un himno de alegría, de estupor, de gratitud, y tanto era el tumulto de mis pensamientos y de los afectos, que experimentaba una visión física dolorosa.

El padre de Tolka separó suavemente mis manos de sus hombros, y después me besó en la frente.

—Eso está bien, eso está bien; lo esperaba de tí, estaba persuadido. Sé que la quieres mucho. Olvida, pues, lo sucedido y vuelve á tu tranquilidad de antes.

Pero como vió que la emoción era más fuerte que yo, empezó á reprocharme duramente.

—Vamos. ¡Sé hombre! Tiembles como una hoja. ¡Es preciso confesar que tienes bien arraigado en el corazón ese amor!

—¡Sí, profundamente!—me esforcé yo en contestar.

Una sonrisa se dibujó en los labios del viejo.

—¡Para que se fie uno de las apariencias! Un sér que al verlo parece todo calma, todo tranquilidad....

Evidentemente el amor que me había inspirado Tolka lisonjeaba su orgullo de padre. Continuada sonriendo y repetía:

—¡Oh, cómo le ha transformado!

De pronto comprendí que si permanecía un cuarto de hora más en aquella habitación, hubiese estado algo en mi cerebro. En condiciones normales sé dominarme muy bien; pero esta vez la sacudida había sido muy fuerte, demasiado repentina. Experimentaba una necesidad irresistible de respirar el aire libre, en una atmósfera más fresca, de ver el torbellino de vida de la calle, y más que todo, de ver á Tolka, de adquirir la certidumbre material de que existía todavía, que llegaría realmente á ser mi esposa, que no era un sueño todo aquello. Y rogué al viejo que me acompañara á su casa.

Accedió de buen grado.

—Tenía la idea de proponértelo. Sin duda ya alguien en mi casa se ha aplastado la nariz contra los cristales, á fuerza de mirar por la ventana. En cuanto á los negocios ya hablaremos luego; ahora no comprenderías nada.

Pocos momentos después estaba en la calle. Al principio miraba á las personas, á los edificios, á

los objetos, con la mirada de quien sale de casa por primera vez después de una larga enfermedad, y me parecía que todo bailaba á mi alrededor. Pero el aire fresco y el movimiento continuado me hicieron poco á poco volver en mí. Las ideas se me amontonaron en la cabeza en una extraña batahola; únicamente persistía clara: «Tolka me ama, y la veré pronto.»

La sangre me palpitaba violentamente en las sienes; ¡habían de ser muy sólidos los aros que sujetaban á mi cabeza, para resistir tanta vehemencia! Una hora antes pensaba que no iba á ver á Tolka, ó que la vería esposa de otro; y ahora iba á su casa, á prometerle hacerla mía para siempre, é iba porque ella misma me había llamado. La víspera la había acusado, la había llamado estúpida muñeca de madera; mientras ella, en aquel mismo momento, postrada á los pies de sus padres, hablaba en favor de nuestra causa... Y sentía que una emoción profunda me iba invadiendo el corazón, un pesar infinito, un convencimiento de que Tolka era muy superior á mis méritos, que yo no era digno de ella. Y jurábame á mí mismo recompensar sus lágrimas del día anterior con un amor ardiente y una devoción ilimitada.

Había sido injusto con respecto á Tolka, injusto con sus padres. Si realmente hubiesen sido como yo me figuraba, no se hubieran dejado convencer por su hija, no hubiesen sido tan bondadosos, como había demostrado el padre al venir á decirme: «¡Hemos cometido un error! ¡Tómala, te la damos!» Las conveniencias sociales y el amor propio les habrían contenido para demostrar su arrepentimiento.

Y volvía á pensar en sus palabras de un momento antes: «¿Quién sabe lo que has pensado de nosotros? Somos un poco impetuosos, es verdad, pero no malos.» Y ni una palabra más, tan sólo una benévola sonrisa.

Y aquella sencillez, aquella afabilidad que se revelaba en todo, me hacía aun más penoso el pensamiento de que el día antes les había acusado tan cruelmente.

De repente, incapaz de contenerme ya, cogí la mano del viejo y me la llevé á los labios. En su semblante apareció de nuevo la sonrisa bondadosa y tranquila.

Exclamó:

—Hemos convenido mi mujer y yo, que nuestro futuro yerno debe amarnos.

Su deseo se realizaba, porque, antes aún de ser su yerno, ya les quería como un hijo.

Porque caminaba apresuradamente, el padre comenzó á bromear conmigo: fingía hallarse fatigado, y por lo tanto retardaba el paso, respirando con trabajo, y se lamentaba por el calor excesivo. Y verdaderamente, el invierno tocaba ya á su fin: una brisa tibia y suave encrespaba el agua en los lagos del parque, y en el aire se estremecía vagamente una fuerza de primavera, como una primera señal del despertar de la naturaleza.

Llegamos por último á casa. Una sombra se apartó de los cristales y se ocultó en el vano de la ventana: no pude reconocer si era Tolka. Y en seguida el corazón comenzó á latir con vehemencia: tenía miedo de la madre.

Pero pasado el comedor y llegado al salón, ví á

la anciana señora, y la besé con veneración y con gratitud las manos que me había tendido.

—¡Oh, gracias!—exclamé,—¡gracias mil veces!

—¡Perdónenos usted!—fué la contestación.—Ayer le dimos una negativa, pero no creo que nuestra Tolka pudiese encontrar un afecto semejante al de usted, aunque lo buscase por todo el mundo.

—¡Es verdad!—dije yo gravemente.

—La cosa más importante para nosotros es la felicidad de nuestra hija... Estamos, pues, muy contentos de dársela... y que Dios os haga felices.

Abrazóme, y después llamó:

—¡Tolka!

Y en seguida compareció mi adorada. Estaba pálida, con los ojos enrojecidos, los cabellos sueltos sobre la frente, conmovida y confusa. No sé de qué modo, tan emocionado como me hallaba no se me escapó ninguna de las particularidades de su rostro y de sus movimientos; y recuerdo más que nada, que ví sus hermosos ojos inundados de lágrimas, y sus labios temblorosos. Y á través de las lágrimas delizábase la alegría, y á través del temblor la sonrisa.

Permaneció un momento con las manos abandonadas á lo largo del cuerpo, que le caía en pliegues amplios, y el padre, al advertirlo, volvióse hacia ella burlonamente: era indudable, aquel hombre estaba dotado de un inagotable buen humor.

—¿Di, pues, que sea tan difícil? ¡Quisieras esconderte tras el manzano, ó temes que el vestido se te arrugue!

Tolka me miró un momento; después echó los brazos al cuello del padre.

—No es verdad, papá, no es verdad.

Si hubiese seguido el primer impulso, me hubiera echado yo también á sus pies. Pero me faltó valor; mi cabeza se extraviaba; únicamente me quedaba fuerza para repetirme: «¡No hagas el necio, no llores!» Fué esta vez el buen señor el que vino también en nuestra ayuda, y librándose con dulzura de los brazos de Tolka, fingió enfadarse.

—¡Ah, no me crees! Pregúntaselo á él si no es verdad.

Y diciendo esto la empujó hacia mí. Sucedióme como si ante mis ojos se abriera el paraíso; cogí las manos de Tolka, las llevé á mis labios, y las retuve largo rato, incapaz de separarlas.

Mi amor era como un tierno arbolillo crecido en un lugar triste y privado de luz, al sacarlo al aire libre, su virtud, y los rayos del sol, le infundían nueva fuerza de vida; y en aquel reconocimiento rebo-saba el cáliz de mi felicidad. Saciaba mi sed en una fuente perenne de goce.

Una cosa es el amor y otra amar y ser amado. Y de este sentimiento yo no tenía ni una pálida idea, ni podía tenerla. Los dos viejos nos bendijeron, y se fueron ó otra habitación para dejarnos solos.

Pero en los primeros instantes, como en éxtasis, no sabía apartar mis ojos de su cara, que bajo mi mirada se transformaba rápidamente.

Bañadas las mejillas de rubor, con los ojos medio velados por los párpados, llena de timidez y de vergüenza, parecía esperar una palabra mía, y en los labios le temblaba una sonrisa refrenada con fatiga.

Permanecimos sentados así por algun tiempo, estrechando entre las mías sus manos.

Más que persona viviente, Tolka había sido siempre para mí un sér incorpóreo, una querida visión que endulzaba mis sueños, pero ahora que sentía estremecer su hombro junto al mío, y de su rostro irradiar el calor, no conseguía desprenderme de un sentimiento de estupor al comprobar que existía realmente. Esto no se experimenta hasta que no se está al lado de la mujer amada. Contemplaba entonces como una especie de maravilla el rostro, los labios, los ojos, los cabellos, como si no los hubiese visto nunca hasta entonces. Admiraba extasiado su belleza. Jamás rostro de mujer se había aproximado tanto á mi ideal de belleza femenina, jamás había sentido ejercitarse en mí, una tal fuerza invencible de momento... Y al pensar que todos aquellos tesoros serían míos para siempre, que ya me pertenecían, me parecía que á mi alrededor todo vacilase.

Al fin pude hablar. Y apresurándome febrilmente, comencé á contarle cuanto la había querido desde el primer día que la ví, cuando año y medio antes, allá en Vielitshka, en el fondo de la mina, entre una multitud de personas desconocidas, había corrido en busca de agua para ella que se sentía mal. Y le conté la visita que hice á su padre el día después, de la cual había salido completamente enamorado.

Ella sin duda sabía ya todas estas cosas, y no obstante me escuchaba resplandeciente de placer, interrumpiéndome tan sólo de vez en cuando para dirigirme una pregunta.

Y yo hablé durante largo tiempo, y ménos tontamente de lo que hubiera creído. Le susurré que ella era el único objeto de mi vida, el único punto hacia el cual convergían mis esperanzas, y le dije todo lo que había sufrido la víspera, al parecerme que lo perdía todo, hasta la fe en su amor.

—¡También yo fui infeliz!—me contestó Tolka.—No había sabido decir una palabra... después he tratado de repararlo.

Siguió un instante de silencio. En mi espíritu la timidez habitual luchaba con la tentación de echarme á sus pies... Y al fin, con una voz blanducha de idiota, preguntéle si me quería, aunque fuese un poco.

Procuró contestarme, pero no pudo y se marchó corriendo... Cuando después de un momento volvió, traía consigo un álbum. Sentóse á mi lado, abrió el libro y me enseñó mi retrato.

—Lo he dibujado de memoria.

—¿Usted?

—Sí; y aún hay algo más.

Y señalóme la hoja en la cual se hallaba el retrato. Entonces descubrí que en el margen inferior habían escrito en caracteres pequeños tres letras: *j. v. a.*

—Es necesario leer en francés.

Pero, con mi infinita ingenuidad infantil, no supe adivinar.

—¿En francés?

—*Je vous...*—comenzó Tolka: después, ocultando el rostro entre las manos, inclinó la cabecita, y yo descubrí su cuello blanco que algunos ricillos som-

breaban. Había adivinado y palpitándome el corazón violentamente, exclamé:

—*Je vous aime.* ¡Está permitido, ahora está permitido!

Tolka alzó el rostro, en el que resplandecía su más bella sonrisa.

—¡Y así debe ser!—añadió con firmeza, como dándome á mí mismo una orden, de la cual no podría apartarme en lo porvenir.

En aquel momento alguien nos llamó para el almuerzo, y mientras duró, creí que hubiese podido tragarme el cuchillo ó el tenedor sin advertirlo.

No hay nada á que el hombre se habitúe con tanta rapidez como á la propia felicidad.

Después de dos días el pasado me pareció un sueño. Y por el contrario encontré naturalísimo que Tolka fuese mi prometida. Debía ser así. ¿No la amaba yo más que cualquier otro?

\* \* \*

La noticia de nuestro noviazgo, recorrió la ciudad en un relámpago, y recibí un sinnúmero de felicitaciones de todos los amigos. Al día siguiente salí de paseo con Tolka y sus padres, hacia las afueras de la ciudad, y muchos conocidos nos vieron juntos. Con su sombrerito, con su pelerina de un color de bronce oscuro que hacía resaltar espléndidamente la frescura de su rostro, parecía

Tolka una visión angélica. Al pasar, se volvían todos para admirarla.

Al salir de la ciudad, nos dirigimos por los campos bañados por la lluvia reciente, en la que se reflejaban los últimos rayos del sol. La arboleda aún no tenía flores, pero se sentía ya el aproximarse de la primavera. Comenzaba el crepúsculo, la hora del reposo y de la paz, y una quietud solemne invadía lentamente á nuestro espíritu.

Después de las borrascas de los días precedentes, sentía mi corazón como suelto; veía la adorable carita de mi Tolka, sonrosada por la brisa que soplabá fuerte, grave, y al mismo tiempo sereno por el silencio de la tarde. Ni uno ni otro hablábamos, pero de momento en momento, nos dirigíamos una mirada rápida. Y por primera vez comprendí lo que era la verdadera felicidad...

Era aún muy joven, había vivido poco, y en mi conciencia no pesaban verdaderas culpas; pero, como todo hombre, también yo tenía mi montoncito de errores y desilusiones. Y sin embargo, en aquel instante, no sentía su peso; toda amargura, todo sentimiento de odio hacia los otros hombres, había desaparecido; experimentaba la necesidad de perdonarles á todos, de ayudarles, de amarles; en una palabra como si el amor se hubiese apoderado de mi alma, substituyéndola por otra de ángel... ¡Y decir que todo eso me sucedía porque me habían concedido el permiso de amar á aquella cara criatura sentada junto á mí! ¡Y decir que aquellas sencillas palabras eran bastantes para hacer de las cuatro personas que el carruaje transportaba á través de

los campos, cuatro seres felices y mejores que no habían sido nunca!

Vanas ambiciones, ridículos prejuicios, puntillos de amor propio, en suma todas las naderías de esta vida, todo lo que la envilece y la hace vulgar y mentirosa, lo habíamos arrojado, junto con la amargura y los sufrimientos. Y yo me preguntaba con estupor, por qué tan á menudo los hombres rechazan de sí el amor, que es, sin embargo, el máximo y único bien de la vida; por qué más á menudo aún lo consumen y agotan en pequeñeces. Y reflexionaba: «Sé que algunas máximas, las cuales han circulado en la vida como monedas falsas, pretenden que el amor se deshoja pronto, envejece y se hace obscuro, y que luego el hombre y la mujer quedan unidos por un solo vínculo: el hábito. Yo puedo demostrar por el contrario, que así sólo piensan los necios y los tontos. No son raras las almas elegidas que saben evitar esa suerte, yo mismo las he conocido, y quiero pertenecer á ese grupo. Y con efecto, si esta llama me hace hoy tan feliz, no tan solo el deber, sino el propio egoísmo más espontáneo y más justo, me aconseja no dejarla, no ya que se apague, pero ni siquiera que se debilite. Con esa llama poderosa desafío al porvenir: éste tiene su propia fuerza fatal; yo, mi amor mismo, y mi firme voluntad, ¿Vivir junto á Tolka y dejar un solo día de amarla? ¡Ah, no; es imposible!»

Y de pronto sentí un deseo irresistible de comenzar cuanto antes la vida común con ella. Sabía que las leyes de la conveniencia social exigen que el período de relaciones de novios dure al menos un cierto número de semanas ó de meses; pero también

sabía que se trataba de gente que se apartaba de lo vulgar. Y además, estaba persuadido de que Tolka me ayudaría á abreviar ese plazo, por lo que me decidí á hablarle en seguida.

Vueltos á casa, cuando apenas nos quedamos solos, manifesté á Tolka mi deseo, y con alegría me confesó, que el sólo pensamiento del buen suceso de aquella confabulación, la llenaba de inefable gozo. Su rostro expresaba el contento ingenuo de un niño, al que se promete una diversión extraordinaria, y no pudiendo contenerse, empezó á bailar por la estancia.

Por la noche no hicimos ninguna tentativa sobre el particular; pero mientras tomábamos el té, hablé largamente de mi porvenir, de los caminos que se abrían delante de mí, y de mis esperanzas. Los dos viejos se hallaban pendientes de mis lábios, y me miraban radiantes, como si aquellas esperanzas hubiesen pasado ya á realidades.

Tal era la confianza que leía yo en sus rostros, que me sentí conmovido y pensé: «No os haré arrepentir de mí, os lo juro, aunque me hubiese de costar el sacrificio de la vida.»

En el momento de salir, Tolka vino corriendo al recibidor por decirme una vez más:

—Bien, bien. Pero no es preciso esperar más tiempo... me aburren las esperas... ¡Buenas noches!... Tengo miedo de que la mamá se oponga... se preocupa mucho de mi ajuar.

¡Ajuar! Hé aquí una cosa que me costaba trabajo comprender. ¿Qué necesidad había del ajuar, tanto más cuando una joven como Tolka, debía poseer sobrada ropa blanca y de vestir? Pero entretanto,

aquellas palabras, me atestiguaba que lo mío no era un sueño y que iba realmente á casarme con Tolka. Y abandoné su casa infinitamente feliz. Caminando por la calle iba repitiéndome: «¡ajuar! ¡ajuar!» No podía dar con el género de obstáculos que pudiera suscitar esta cosa; con los ojos de la mente veía un número interminable de trajes de todas formas, de todos colores, de todas dimensiones, uno más elegante que el otro.

Más tarde reflexioné que también yo debía preparar una casa para recibir á Tolka, y esta fué, para mí, una nueva fuente de felicidad.

No tenía un céntimo, pero, no obstante, decidí poner en seguida manos á la obra.

Por la noche no pegué los ojos: trajes, ropa blanca, mesitas, sillas y enseres de casa, bailaban en mi cerebro una danza endiablada... Antes no podía dormir por la pena, ahora por la felicidad...

\* \* \*

Por la mañana temprano fuíme á casa del tapicero. Comprendió, éste, al momento mi deseo, y se apresuró á enseñarme muebles de varios géneros; después me aconsejó que barnizase las paredes de la habitación porque pasaría mucho tiempo para

*Sigámosle*

secarse la pintura, y se ofreció hacerlo él mismo por un precio módico.

Cuando salí de su casa, fuíme á la de dos amigos para rogarles que fuesen mis testigos en mi próximo casamiento, porque no tenía parientes. Mis amigos aceptaron gustosos, colmándome de felicitaciones, lo cual, unido á las otras emociones del día, acabó por producirme una perturbación extraña.

\*  
\* \*

Al llegar á casa de Tolka, encontré á la niña en el salón. Tuve apenas tiempo de besar sus lindas manitas, cuando me dijo levantándose sobre la punta de los pies para llegar á mi oído: ]

—Han consentido.

Este anuncio hizo desvanecer la última nubecilla que obscurecía aún el horizonte de mi felicidad.

Tolka también estaba radiante.

Comenzámos á pasearnos por la estancia cogidos por el brazo y susurrándonos mil palabras. Contóme cómo había podido obtener el consentimiento de sus padres.

—Al principio mamá se opuso resueltamente. «Es imposible,—dijo,—¿no comprendes que para una señorita es poco decoroso apresurar la boda?—Le repliqué que no era yo sola, sino los dos. La mamá elevó los ojos al cielo, se encogió de hombros, y

exhaló un suspiro: el papá, por el contrario, soltó una carcajada sonora, me abrazó estrechamente contra su corazón, y me besó en la frente: La mamá, entonces, le censuró. «Sí, siempre has sido débil con tu hija. Al cabo, el mundo tiene sus exigencias.» «Exigencias,—replicó el papá,—exigencias. ¡Se preocupa tanto el mundo de su felicidad! ¡Nos hemos separado ya de tantas reglas impuestas por el mundo, que nada tiene de particular que nos separemos una vez más... Ahora estamos en cuarentena... pues bien se casarán después de las fiestas... en cuanto al ajuar quedará luego tiempo para terminarlo.» Mamá ha cedido como siempre ocurre, porque el papá hace siempre su voluntad, (creo que usted también la hará) y en tanto le he dado un abrazo tan fuerte, que no ha podido decir ni una palabra más. Después ha exclamado: «Son locuras inútiles.» Pero entretanto, todo se ha arreglado como yo quería. ¿Está usted contento ya?

Fuese por timidez, ó porque estaba demasiado enamorado... nunca me había atrevido á abrazarla; pero en aquel momento mi felicidad era tan grande que quise intentarlo; pero ella me rechazó diciendo:

—No, no, caminemos del brazo como dos buenos niños.

Y comenzamos á pasearnos de un extremo á otro de la habitación. Le conté que había mandado arreglar nuestro nido futuro, y hecho barnizar las paredes con una pintura que no era muy cara y se secaba pronto.

Tolka repitió:

—Se seca pronto...

Y soltamos los dos la carcajada, sin fundamento, porque la alegría y la felicidad inundaban nuestras almas... Resolvimos barnizar el salón de un hermoso color rosa; es verdad que es un color vulgar, pero se destacarán también los objetos sobre ese fondo! El comedor sería de un verde pálido... Sobre las otras habitaciones no nos fué posible tratar, porque de improviso se desató el lazo que ataba los zapatos de Tolka, y tuvo que marcharse á su alcoba á arreglárselo.

Cuando volví, después de un momento, estaba yo con el padre, el cual, me reprochó el que fuera impaciente y despreocupado; pero prometió que la boda se celebraría el martes de pascua.

En los primeros tiempos, nuestro amor había sido una sucesión de temores y de agitaciones: ahora, por el prontrario, se había abierto completamente como una espléndida flor de primavera, y nosotros jugábamos todo el día.

\*  
\* \*

La Pascua caía á mediados de Abril, así, pues, nos hallábamos en plena primavera. Los días que precedieron á la semana santa, fui con Tolka á hacer algunas visitas. Por todas partes me observaban con tan insistente curiosidad que á veces me sentía embarazado: las señoras viejas, sobre todo, se fijaban en mí sin perderme de ojo. Pero no ha-

bía remedio, era preciso sujetarse; por otra parte Tolka, siempre avispada y alegre como un pajarillo, me recompensaba con largueza de todas aquellas pequeñas contrariedades.

\*  
\* \*

Yo mismo cuidaba del pintado de las habitaciones. El tiempo era magnífico, y el barniz se secaba rápidamente. Para la alcoba nupcial había escogido un tinte rosa...

\*  
\* \*

Mi amor por Tolka, aumentaba de día en día. Al presente comprendía que aunque se hubiese hecho feísima, habría pensado: «¡Me ha tocado la desventura!» pero no por eso hubiera cesado de amarla. En tal estado de ánimo el hombre cede á su amada todo su sér, y no puede distinguir donde acaba la propia personalidad y comienza la de ella...

\*  
\* \*

A menudo hacíamos locuras de niños. Pero mi amor por Tolka se había transformado en una ver-

dadera y real adoración; su presencia, era para mí una cosa indispensable, y pasaba largas horas con ella, hablando de mil cosas. A veces tratábamos también de cosas serias, especialmente de nuestro porvenir; pero evitaba con cuidado que la conversación recayese sobre el vínculo matrimonial. ¿Con qué, objeto, pensaba entonces, esterilizar con fórmulas áridas lo que por sí mismo debe nacer del amor? Las flores no tienen necesidad de teorías sobre el modo de florecer.

El viernes pasó en medio de una tristeza tranquila. Lloviznaba y estaba nublado. En compañía de Tolka y de sus padres fui al templo, y al salir, depositamos en la bandeja de la limosna para los pobres lo que nos permitieron nuestras fuerzas. En el recogimiento tranquilo y sereno de la plegaria, Tolka, vestida de negro, me pareció más bella que nunca.

Vuelta á casa, experimentó un ligero resfriado, y yo recorrí afanoso toda la ciudad en busca de una botella de Málaga viejo, que le habían aconsejado que bebiera.

\* \* \*

Por las fiestas de Pascua estuve invitado en su casa; y como no tengo parientes, en esta ocasión comprendí por primera vez lo que significaba ser amado de alguien, y tener en torno á sí personas amadas.

El lunes empezó el dominio incontrastable de la primavera. En nuestra nueva habitación todo estaba preparado, desde antes de las fiestas. En el jardín completamente verde de césped y de hojas, aquí y allá brotaban tímidamente las primeras flores.

Antes de fiestas también fué publicada mi tesis de grado, sobre los filósofos neoplatónicos. Tolka la leyó ¡Pobrecita! Inclínaba la cabeza, arrugaba la frente, hacía mil muecas, pero continuaba leyendo por un sentimiento de deber.

\* \* \*

Y ahora mi cabeza se extravía en un mar de recuerdos, y de escenas de nuestro matrimonio; escenas desordenadas, rebosantes de personas y de hechos; recuerdos indistintos que se asemejan á las imágenes del delirio.

Veo un montón de flores, en la casa, en las escaleras, á lo largo de nuestro paso, por todas partes: veo una sucesión de caras desconocidas ó conocidas apenas; en el salón, Tolka, vestida de blanco, con el velo albo en la cabeza, grave, tranquila, diferente en todo de las otras, encantadora como una aparición de hada. Experimentaba una vaga agitación, como una perturbación mezclada con una irresistible manía de acabar pronto. Lo que siguió á nuestra partida de la casa se me presenta envuelto en la niebla: la iglesia, el altar, los cirios

encendidos, los vestidos blancos de las señoras, las miradas curiosas, un murmullo de voces sin fin. Nos arrodillamos Tolka y yo, nos cogimos de la mano, y después resonaron nuestras voces:—¡es extraño!—y una y otra me parecieron desconocidas, «Sí, consiento!...» Oigo todavía los trémulos del órgano que entonaba el *Veni Creator*... Luego salimos de la iglesia y no me acuerdo de nada más después de la bendición de los padres y la cena. Tolka estaba sentada á mi lado, y de vez en cuando se pasaba las manitas por las mejillas encendidas... Alguien brindó á nuestra salud... oí el chocar de las copas. Hacia media noche conduje á mi mujer á nuestra casa.

En el carruaje, lo recuerdo aún, apoyó ella su cabecita sobre mi hombro. Su velo tenía un suave perfume de violeta.

\*  
\*\*

Por la mañana la esperé largo tiempo en el comedor para tomar el té; pero en vez de venir, pasando por otra puerta salió al jardín. Desde la ventana ví su linda figura destacarse sobre el fondo verde, y súbito fui hacia ella; pero echó á correr; yendo á ampararse detrás de un viejo árbol. Pensé que quería jugar, y me detuve delante de su escondite.

—Buenos días,—dije.—¿Quién es esa señora que huye al aproximarse su marido y se oculta? ¿Qué hace aquí?

Se sonrojaba y advertí que realmente trataba de substraerse á mi mirada.

—¿Qué te pasa, Tolka?—pregunté.

Quedó más confusa aun.

—Miro,—balbuceó con una voz sutilísima,—como hace caer el viento las flores del jazmín.

—Que caigan las flores,—repliqué;—con tal que tu permanezcas á mi lado.

Aproximé su rostro al mío. Ella cerró los ojos y murmuró:

—¡No me mires, vete lejos!

Pero sus labios se unieron á los míos en un largo beso apasionado.

Sobre nuestras cabezas, el viento hacía caer una lluvia de flores blancas.

.....  
Cuando desperté ví alrededor de las paredes desnudas de mi alcoba. Había tenido un fuerte ataque de tifus, que durante dos semanas me privó de sentido. Pero también el tifus es á veces una prueba de la misericordia divina.

Al volver en mí, supe que Tolka, con sus padres, había partido para Venecia. Y yo, sólo como antes, concluiré con una confesión que parecerá extraña. He empezado á escribir para conservar ese aroma, ese consuelo en la vida que se llama... Ironía; pero en mis fantasías febriles, he sido tan feliz, que termino estas páginas de recuerdos, sin pesar. Escribiendo me he convencido que de todas las suertes

de felicidad, la más pura es la que se crea durante la fiebre.

¡Una vida que no haya sido embellecida por el amor, al menos en sueño, no es digna de ser vivida!

FIN DE «LA MISMA DICHA»

---

## La cordura de los locos

---

El día en que María Graellewski, me dijo que nuestros amores habían de cesar, creí que era el último de mi vida.

Hay que advertir que me lo dijo llorando y confesándome que hasta aquel momento ella no había sabido todo cuanto me amaba. Tal manifestación y en tal forma, produjo en mi ánimo la perturbación natural, teniendo en cuenta, que ni mi edad me permite el brutal y consolador egoísmo de los veinte años, ni la pasión que yo sentía por la desventurada niña, podía confundirse ni remotamente con ese estado especial que los hombres llamamos amor, para dotar de un atractivo más á nuestro capricho: Yo amaba realmente á María.

No podía suceder de otra manera.

Tengo treinta y tres años, y he vivido casi todos los días de esos años; se lo que es el hambre sin

pan y el frío sin fuego, y lo contrario; en materia de amor he conseguido opinar que cuando no se siente real, hay que crearle ilusorio, porque la única alegría á que el hombre puede aspirar en la tierra es á tener siempre ocupados el corazón y el pensamiento en la mujer; con tales antecedentes, ya no joven, ya no guapo, ya no rico, sentirse amado, como yo me sentí y en la forma y por quién yo lo era, son motivos suficientes para que un temperamento á la vez erótico y sentimental como el mío, sufriera graves trastornos, y así fué: enloquecí.

¡Cosa rara!...

No observé en ella la indignación que yo supuse que había de producirle el descudrimiento del engaño en que la tuve, porque algo por coquetería y mucho por temor, yo no la confesé al empezar nuestras relaciones mi estado, dejándola creer que era soltero, cuando en realidad soy viudo.

Contra su indignación venía yo preparándome, y estaba seguro de calmarla; pero su dolor, aquel dolor cuya profundidad se me hizo en seguida manifiesta, me cogió desapercibido, y por la misma inmensidad de su pena, se me antojó perdida en aquel momento para mí, sin que fuerzas humanas pudieran evitarlo.

Muchas veces he pensado que en aquel instante debí decir todo cuanto se me ocurría, y continué preguntándome porque no lo hice. Recuerdo que del fondo de mi alma ascendieron á mis labios palabras, cuya fuerza de sinceridad era tan grande, que hubieran producido el efecto lógico, porque á las claras se hubiese visto que las inspiraba el más

desinteresado afecto, y que yo prescindía de mí, para ocuparme de ella solamente. Pero no las dije; un estado preconsciente, me hizo ver la inutilidad de aquel impulso, y en el mismo instante me di cuenta de que perdida la espontaneidad, lo que yo dijese carecería de su principal valor, quedando reducido á *palabras, palabras, palabras...*

Acaso no fuera solo el estado de preconscencia, si no que también vinieran á influir un cierto cansancio, que es producto de la vida, y que ya me hace rehuir la lucha, y además el respeto que me infunde el sino, al cual acato y en todas partes veo.

Ello es, que pensándolo no le dije:

«María, causas tu pérdida y la mía, esas lágrimas yo te las enjugaré con mis besos, ¿con que derecho y á quien sacrificas tu felicidad? ¿si crees en mi amor, de que dudas?»

Y pensándolo, no la atraje contra mi corazón y la estreché en mis brazos; y ni en mi actitud, ni en mis palabras, pude manifestar, muy á pesar mío, otra cosa que una mezcla de resignación y despecho.

\*  
\*  
\*

Una de las mayores tristezas á que el hombre está sujeto, es el reconocimiento de su impotencia y de la esterilidad de sus rebeliones. En los días que han pasado desde aquel en que mis relaciones con

María terminaron, he asistido constantemente al doloroso espectáculo del derrumbamiento de mis ilusiones, que como bloques mal sentados de un muro cuyo cimiento es falso, han venido al suelo una tras otra. ¡Que no he hecho para oponerme!

Después de un día de lucha contra lo inevitable mis horas de descanso eran las que seguían al llanto amargo que me arrancaba la dolorosa confesión de que ni nadie ni yo mismo podíamos hacer nada por mi felicidad.

Retrocedía en mi vida y examinando mis actos, no con arreglo á mi conciencia, ante la cual todos tienen su justificación, si no con arreglo á la conciencia general, comprendía lo justo del temor que yo pudiera inspirar á la que me amaba, y nuevamente me sobrecojía esa desesperación que he señalado antes porque ¿cómo, y con que palabras probarle á ella, que no obstante todo, yo no soy malo? Y por primera vez en mi vida me dí cuenta de la verdad que encierra aquel mandato evangélico, de que no tan sólo hay que ser bueno si no tambien que parecerlo.

Como todos los hombres, cuando se hallan agobiados por el peso horrible del infortunio, pensé yo en recomenzar mi vida, con un acto de contrición al que había de seguir una ejemplar existencia, que borrara todos mis errores pasados.

¿Pero esto me devolvería el bien que había yo perdido? Y si no ¿para quién y por quién había de hacerlo? Ella, ella unicamente me ligaba á la humanidad; perdida ella, de nuevo los lazos quedaban disueltos, y yo volvía á mi aislamiento, á hallarme sólo en mi sólo cabo.

Por otra parte, tal como soy me satisfago á mi mismo, y solamente dejé de estarlo cuando comprendí que para ella, lo que son en mi particularidades, habían de chocar con las preocupaciones de su educación.

Si mi redención, y mi regreso á la vulgaridad, no habían de servirme de nada en lo que me proponía, ¿para que intentarlo?

Deduje de aquí otra gran verdad: antes de proclamarse independiente un hombre, necesita convencerse de que ningún lazo le une á la sociedad, y que es capaz de sacrificar así sus afectos como sus intereses, pues de otro modo, un día llega en que el más amargo dolor atormentará su vida.

¿Ha sido este mi caso? Lo aseguraría si por un resto de orgullo no creyese yo, que cualesquiera que haya sido mi equivocación con respecto á la vida, merecía la indulgencia de quien en mi pasión no podía ver más que desinterés y sacrificio: de cualquier manera, yo daba más de lo que pedía.

Y de este modo, en aquellos días de perturbación un nuevo pensamiento destruía al anterior, y cuando más curado me creía, mayores locuras realizaba, siendo lo horrible de mi caso el que así como iba notando que la distancia que nos separaba era cada vez mayor, mayores eran mis anhelos y mis ansias; y más crecía mi pasión, cuanto más tiempo transcurría.

Mis noches de insomnio, aquellas crueles horas en que cien y cien veces repasaba la breve historia de nuestro idilio, deteniéndome en una frase, en una mirada, en un gesto suyo, que antes me abrazara el pecho y penetraba ahora en mi corazón

como un frío y punzante acero; los días de soledad, en que recluso en mi mismo me daba á imaginar las más desatentadas maquinaciones, y perdía la conciencia exacta de ella y de mí, y para justificar su proceder y resignarme á mi tormento, se me ocurría figurarme la viudez como un crimen espantoso del cual no hay agua que pueda lavar al hombre que en tal cae, fueron espantosos.

¿Y es posible que esto dure siempre?—me preguntaba yo, lleno de desesperación.

Tal era la intensidad de aquel sentimiento y tan arraigado dentro de mí se hallaba, que la convicción de que conmigo moriría, se iba apoderando de mí cada día más.

Acaso, las últimas palabras que la oí pronunciar contribuyeran á conservar incólume mi amor.

Habíame dicho, contestando á una pregunta mía:

—Sí, sí, le amo á usted. ¿Sufriría como sufro si no le amase?

Y como la verdad de aquella confesión yo la comprobaba en cuantas ocasiones nos encontrábamos, y nos encontrábamos muchas, porque ni ella ni yo tratábamos de evitarlas, y hasta aún parecía que las buscásemos, de ahí que muy lejos de amornar, lo que pasaba es que iba en aumento mi amor, y con mi amor mi desdicha.

Después de todo, me dije un día, ¿porque he de querer que esto acabe? Mi sufrimiento por ella equivale á un goce; yo tengo todo cuanto su alma libre me puede dar, y solo me niega lo que las preocupaciones propias y ajenas, han embargado á su conciencia. ¿Para ser del todo mía que falta? Que un hecho, que una reflexión, que una casuali-

dad la haga ver que perteneciéndome su corazón, no debe rehusarme la posesión de lo que yo he conquistado con la fuerza de mi sentimiento, cuya magnitud ella no podía imaginar.

Y desde ese momento, esperé, triste es verdad, pero confiado en que la casualidad, la reflexión ó el hecho, viniesen en mi ayuda.

\*  
\* \*

Dió principio á una nueva etapa, y á una nueva forma de sufrir. Como los días pasaban y en nada variaba nuestra situación; fiando en señales inequívocas, quise ponerla término, porque es bastante más fácil formar un propósito que realizarlo.

Una, dos y más veces con esa perspicacia del enamorado á la cual no se ocultan ni aún los menores indicios reveladores del estado de alma de la persona amada, una, dos y más veces había comprendido yo, que de una palabra mía dependía tan sólo el que nuestro mútuo tormento acabase, y traté de decirla, y la dije en efecto; pero el alma de la pobre criatura, todavía no formada, dudosa aún de sus mismas impresiones, atribuyendo acaso sus naturales impulsos, á efectos de su juvenil fantasía, quiso oír la voz de lo que ella creía la razón, y sus palabras desmintieron lo que delataban sus gestos, sus ademanes y sus acciones.

¿Fué la soberbia, fué el cansancio, fué la certi-

*Sigámosle*

dumbre de que nada haría variar las cosas de la situación en que se hallaban, lo que me hizo desistir? ¿He desistido en realidad? He aquí interrogaciones que no puedo contestar.

Tal vez acepto los hechos consumados y considerando que el sino es ineludible, trato de resignarme; tal vez, á su recuerdo, siento que se sublevar en mí, mi corazón y mis sentidos y caigo en esas crisis atormentadoras en que todo se me aparece vano y vacío, sin objeto, ni finalidad; y siempre y á todas horas, cuando una vez y otra la encuentro en mi camino, al ver hoy tan alejada á la que ayer supuse tan próxima, y al pensar en lo poco que ha bastado para que mi ilusión se desvanezca, no puedo menos de decirme, que realmente la dicha en la vida sobre ser apenas accesible, es luego tan frágil, que acaso fuera más cuerdo no buscarla, y si aún así se la hallaba, procurar no darse cuenta de poseerla.

¿Pero acaso no es esto una blasfemia? Una gran desdicha presupone una gran felicidad anterior. ¿No es equitativo pagar con lágrimas lo que se ha gozado con risas?

.....  
Por lo demás, ¿quien me asegura que todas mis torturas presentes, no son una de esas pesadillas que á veces asemejan la existencia al sueño? ¿quien me dice, que no ha de venir un despertar, en el que se disipe toda mi desventura, volviendo á reanudar la felicidad gozada?

Creo en esto tan firmemente y con tal seguridad, que ya he ante visto la carita infantil de la que

amo tanto, mirándome con sus ojos llenos de sorpresa, cuando yo la diga:

—«Ves María, como se ha realizado lo que un día te anuncié; ves, como tu no podías ser de nadie si no mía.»

Y mi convicción crece, cuando pienso en lo que sería de ella sin mí, y de mí sin ella. ¡Porque razón habíamos de ser dos desgraciados! Breves días han bastado para que nuestros destinos se unieran, formando uno de otro el complemento. Así como para mí sin ella, solo el vacío reina alrededor, no se porque estoy cierto que igual le ocurre á ella sin mí.

En su carita, antes tan alegre yo no se que gravedad y que sombra de melancolía noto ahora. En ocasiones la he visto reír, pero su risa no tiene semejanza alguna con la de otros tiempos.

Y todo esto me anima, y todo esto me infunde esperanzas y á mi desesperación sucede ahora una calma confiada, que acaso sea un engaño que yo mismo trato de hacerme, manteniendo una ilusión, que así como todas son en todos la locura de los cuerdos, sea estas por el contrario, para mí, la cordura de los locos.

FIN DE «LA CORDURA DE LOS LOCOS.»

---

## Recuerdos de un preceptor

---

Aquella noche la débil luz de la lámpara me despertó más de una vez: Miguel trabajaba aún.

Su cara pálida estaba todavía inclinada sobre los libros, y con la voz dormida y fatigada repetía maquinalmente las conjugaciones de los verbos latinos y griegos, con una entonación monotoná como las letanías. Cuando yo le ordenaba que se metiese en cama, me decía con voz suplicante.

—Pero señor, si aun no se la lección.

Sin embargo trabajaba yo con él todas las noches de las nueve á las doce para hacerle menos fatigosa su tarea, y no me iba á la cama hasta que no supiese las lecciones señaladas, pero eran demasiado numerosas y demasiado largas. Apenas el pobre niño sabía la última, repetía en seguida las primeras; todas aquellas conjugaciones latinas

griegas y alemanas formaban una confusión en su cabecita, que no le permitía dormir.

Bajaba entonces poco á poco de la cama, volvía á encender la luz, y se ponía de nuevo á estudiar.

Cuando despertado con sobresalto por la luz de la lámpara, le ordenaba que volviese á la cama, me suplicaba que le permitiese estar aún levantado por algunos minutos, y me había acostumbrado de tal manera á aquel susurro de conjugaciones, á aquella luz en medio de la noche, que no conseguía dormirme cuando no los sentía.

Acaso no debí consentir al niño que se agobiase de aquel modo ¿pero cómo hacer?

Había de saber sus lecciones diarias, de otro modo lo echaban de la escuela, y Dios sabe qué tortura hubiera sido para su madre, que habiéndose quedado viuda con dos hijos, en Miguel tenía fundadas todas sus esperanzas.

La condición del niño era peligrosa, veía bien que los esfuerzos intelectuales excesivos á que se entregaba, arruinaban su salud, y hasta podían hacer temer por su vida; necesitaba aire, movimiento, ejercicios físicos, habría debido hacer mucha gimnasia, montar á caballo, ¿pero como podía arreglarselas para tener tiempo?

El pobre muchacho había de aprender tantas cosas de memoria, escribir tantas, que de ningún modo podía dedicarse á los otros ejercicios, tan necesarios para él; los momentos que hubiese debido dedicar al descanso, á las recreaciones que exigen la salud y el bienestar moral de la juventud, eran devorados por el latín, por el griego, y por el alemán.

Por la mañana, cuando le colocaba al hombro la bolsa de los libros, veía sus espaldas doblarse bajo el peso de los textos y el corazón se me oprimía á menudo: les suplicaba á los profesores que fuesen indulgentes con él, que tuviesen consideración á su delicada salud, pero me contestaban que yo lo acostumbraba mal, que estimulaba su pigracia, que no estudiaba tanto y que lloraba por la menor cosa.

De carácter irascible y susceptible, á causa de la tisis, ¡cuántos reproches inmerecidos é injustos me han amargado la vida! Yo, únicamente, podía afirmar si Miguel trabajaba: sus facultades intelectuales eran mediocres, pero poseía una tal perseverancia, que en toda mi vida no he visto nunca á un muchacho dotado de tanta fuerza de voluntad.

El pobre Miguel, amaba ciega, apasionadamente á su madre. Cuando tenía una nota mala, lloraba hasta causar lástima, pero á nadie se le ocurría pensar cual fuese la verdadera causa de aquel llanto, ninguno imaginaba la terrible responsabilidad que aquel niño creía que pesaba sobre él.

¿Cómo no despertar el más profundo interés?

Yo no le acariciaba demasiado, ni lo acostumbraba mal, pero lo comprendía mejor que los otros. En vez de reñirle trataba de consolarle lo mejor que podía; he experimentado en la vida todas las amarguras posibles: he padecido hambre, he vivido en la miseria, jamás he sido feliz, no lo seré nunca y vivo con esta convicción ¡y el diablo me lleve si creo que la existencia merece ser sufrida! Tal vez por esta razón me apiado de toda miseria humana.

A la edad de Miguel yo corría por la calle detrás

de los pichones y jugaba al *pliski* (1) en los pórticos de la casa municipal: ¡al menos entonces fué para mí un periodo de salud y de alegría! Aun no tosía, la tisis no me amenazaba, y era dueño de mí mismo; si me daban un bofetón, lloraba, pero era libre como los pájaros y no me preocupaba de nada. ¡Miguel no había experimentado ciertamente esas alegrías! Parecía que la vida le hubiese enclavado contra un yunque, y se recrease martirizando aquel cuerpecito. El estudio no estaba alternado, como debía haber sucedido, con las distracciones necesarias á los niños. Le veía siempre al pobrecito dirigirse á escuela triste, con la cabeza baja y volver agotado, inclinado, con los ojos hundidos. Se hubiera dicho que un sollozo continuo agitaba su corazón: era pues preciso que me apiadase de él y tratase de consolarle.

En mi cualidad de preceptor, no sé bien lo que haría, si la fe en el estudio y las ventajas que proporciona me taltasen; pero tengo la convicción de que el trabajo intelectual no debe ser una triste tragedia para los muchachos, que el latín no puede substituir ni á la salud ni al aire libre, y que el porvenir, la vida misma de esos pequeños seres, no puede ciertamente depender de una buena ó de una mala pronunciación.

Creo firmemente que la pedagogía consigue su objeto únicamente cuando guía al niño, poco á poco, por el camino del bien, y no cuando le destroza el pecho con su mano de hierro y cuando quiere

(1) Juego de azar.

deshacer todo lo que le han enseñado á honrar y amar.

Así pienso, así juzgo y mi juicio no cambiará nunca; y en esa opinión me confirmo cuando pienso en el estéril y doloroso martirio de Miguel á quien tanto amaba.

Durante seis años enteros no lo había dejado ni un minuto; primero fui su preceptor, al ingresar en el colegio fui su repasador: había tenido, pues, tiempo bastante para tomarle afecto. Y además ¿por qué he de ocultarlo? Lo quería mucho porque era hijo de una persona que he querido sobre todo... aunque no lo haya sabido ni lo sepa nunca.

Yo no olvido que soy un modestísimo maestro y un hombre enfermo, mientras que ella pertenece á una casa noble y rica, á una casa de hidalgos: nunca me atreveré á levantar los ojos hasta ella! ¿Pero mi corazón en lucha en el gran mar de la vida, no había de aferrarse á algo, como el despojo impulsado por la ola, se ampara en un escollo? ¿Cómo es posible atacar ese sentimiento? ¿A quién perjudica? Durante seis años he vivido bajo el mismo techo, he presenciado la muerte de su marido, la he visto siempre sola, siempre triste y desgraciada, pero siempre buena como un ángel, atenta solamente al amor de sus hijos, casi santa en su viudez... ¡era natural que yo la amase!

Además, el sentimiento que yo abrigaba no era amor sino un culto sincero y devoto.

Miguel me recordaba mucho á su madre; muchas veces cuando levantaba sus ojos para mirarme me parecía tenerla delante: eran las mismas líneas delicadas, la misma frente sombreada de rizos blon-

dos, el mismo arco de las cejas, casi la misma voz. Poseían ambos una igual tendencia á exaltar sus sentimientos y sus opiniones, los dos pertenecían á esa especie de personas nerviosas, impresionables, generosas y amantes, que se sacrifican por entero á una idea, pero que en la vida verdadera y real no disfrutan nunca una completa felicidad, porque dan más de lo que reciben. Esa categoría de personas, está á punto de desaparecer; un naturalista moderno podría decir que están condenadas porque han nacido con un defecto de conformación en el corazón: aman demasiado.

La familia de Miguel había sido rica y poderosa en otra época; pero, como verdaderos polacos, debo decir que sus individuos se habían interesado con exceso en la política y ésta había dispersado toda su fortuna. Lo que les quedaba, si no era la miseria, si no era la pobreza, constituía bien poca cosa con relación á los tiempos pasados. Miguel era el menor, por eso su madre no le amaba tan sólo por ser el más pequeño, sino porque en él habían de realizarse todas las esperanzas concebidas para lo porvenir. Desgraciadamente, con ese amor ciego, peculiar á todas las madres, creía que en su hijo concurrían facultades superiores.

Sin ser un idiota formaba parte Miguel del número de esos muchachos, que al principio de escasas facultades, van estas ampliándose así que se desarrollan las fuerzas físicas y la salud. En otras condiciones hubiese podido acabar honrosamente los estudios en la escuela y después en la Universidad, llegando á ser un hombre útil; pero en las condiciones en que se hallaba, no conseguía más que

atormentarse y agotarse inutilmente, queriendo confirmar y merecer la alta opinión que su madre tenía de él.

He visto tantas cosas inverosímiles, que muy pocas veces me asombro; pero nunca hubiese podido suponer que existiese un tal caos de contradicciones, y que tanto trabajo, tanta asiduidad, tanta fuerza de carácter hubieran de resultar inútiles.

Hay en eso algo de anormal y si algunas palabras pudiesen consolarme del dolor y de la amargura experimentada, acabaría como Hamlet diciendo que en la tierra existen cosas en las cuales los filósofos nunca han soñado...

Trabajaba con Miguel y con tanto ardor, como si mi porvenir hubiera dependido de las notas que él obtenía en la escuela. Hay necesidad de advertir que mi amiguito y yo teníamos un único objeto: el de no afligir á doña María; enseñarle buenos certificados para que asomase á sus labios una sonrisa de felicidad.

Cuando Miguel obtenía una buena nota, volvía á su casa feliz, alegre, y entonces me parecía que hubiese crecido de repente; los ojos tristes y serios se transformaban en espléndidos y gozosos, y tenían al mirar esa frescura propia de los chicos: se les hubiera tomado por dos carbunclos.

Golpeando la bolsa llena de libros, aun en el umbral, gritaba:

—Señor Wawryzinkiewicz, la mamá estará contenta. ¿Adivine usted cuantos puntos me han dado en geografía? ¿Adivine!

Si fingía no poderlo acertar, corría hacia mí con

aire de triunfo y me susurraba al oído, y en voz alta, echándome los brazos al cuello:

—Cinco, cinco precisamente. (1)

¡Ah, qué momentos aquellos para nosotros! La noche de esos días, Miguel hacía castillos en el aire: ¡si todas sus notas fueran buenas!... Y en voz baja murmuraba, volviéndose á mí, pero diciéndolo casi todo á sí mismo:

—Por Navidad iremos á Zalesima. Habrá mucha nieve y haremos el viaje en *islita*. Llegaremos de noche... ¡Oh, la mamita me esperará, me estrechará contra su pecho, me besará y después me pedirá el certificado. Entonces haré una mueca muy triste, y ella comenzará á leer: «Aleman, cinco; catecismo, cinco; latin, cinco; matemáticas, cinco.» ¡Todas las notas serán excelentes! ¿Qué dice usted, señor Wawryzinkiewicz?

Las lágrimas le corrían por las mejillas, y yo en vez de interrumpirlo dejaba que su imaginación volase, que con la fantasía corriese hasta la casa de Zalesima, donde con tanto gusto iba también yo á llegar hasta aquella señora buena y noble que la habitaba, dichosa también ella, por el triunfo obtenido por el pequeño estudiante.

Yo aprovechaba aquellas ocasiones para repetirle que á su madre no era lo único que le importaba el buen resultado de sus estudios, sino también su salud, y que no debía llorar cuando le llevaba á paseo, que debía acostarse cuando se lo decía, y que no debía velar hasta horas tan avanzadas.

Conmovido hasta las lágrimas, el pobre niño me abrazaba diciendo:

(1) Que debe ser el número mayor.

—¡Oh, mi querido señor! Seré bueno, no lo dude. Mamá y Lolita no me reconocerán.

Recibía á menudo cartas de la madre en que ésta me rogaba que velase por su hijo, que cuidase su salud, por que se veía obligada á reconocer que era imposible que el estudio asiduo, no perjudicase el desarrollo del niño. Si las materias que se enseñaban en el segundo curso del colegio, hubieran sido más difíciles, no hubiese tenido reparo alguno en hacerle pasar á la clase inferior; pero comprendía perfectamente todo cuanto aprendía, aun cuando las lecciones fuesen aridísimas. Si no conseguía ser un buen estudiante era porque no tenía bastante tiempo para consagrarse al estudio y porque aquella desgraciada lengua alemana, que conocía imperfectamente, le embrollaba á cada paso. Sobre esto yo nada podía hacer, y mi única esperanza era que el reposo del campo reparara su fatiga.

Si hubiese sido indiferente á sus fracasos, nada de grave hubiese sucedido; pero el menor contratiempo le despedazaba el corazón. ¡Los momentos de loca alegría, en los cuales hablaba de obtener las mejores notas, eran muy raros desgraciadamente!

Me había acostumbrado también á leer en aquella cara, que al verle sabía en seguida la nota que traía.

—¿Has tenido mala nota?—le preguntaba.

—Sí.

—¿No has sabido la lección?

—La sabía,—decía,—pero no he podido decirla.

Un compañero suyo llamado Owicki, el primero de la segunda clase, venía alguna vez á vernos,

porque yo hacía lo posible para que Miguel pudiese estudiar con él: un día, me dijo aquel, que mi educando tenía malas notas, porque no sabía expresarse en alemán.

Cuando más quebrantado moralmente se sentía el niño, peores eran las notas y mas frecuentes: en aquel período de tiempo yo había observado que estudiaba con ardor y permanecía inmóvil horas enteras, y en su actitud había algo de angustioso, de desesperado.

Muchas veces le veía sentado en un rincón con la cabeza entre las manos, mudo y triste; el pobre niño, en su exaltación, creía cavar él mismo la tumba de su madre y experimentaba un dolor al cual no quería ni podía substraerse.

Las noches enteras pasadas en vela por aquel niño de once años, se hacían más frecuentes; y como temía que yo le impidiese trabajar, se levantaba muy despacio, se iba á la antecámara, volvía á encender la luz, y estudiaba, estudiaba.

Durante algún tiempo no advertí nada; no había otro medio para tranquilizarle que tomarle la lección, á mitad de la noche volver al trabajo. Le amenazaba diciendole que si me desobedecía acabaría por padecer un enfriamiento que no le dejaría seguir estudiando; pero no obstante, era preciso hacerle repetir todas las lecciones, y todo en su cabeza se confundía, lo que había aprendido y lo que aun le quedaba por aprender. Sus fuerzas disminuían, enflaquecía á ojos vistas, y de día en día aparecía mas triste y desanimado, y á mí me era fatigoso creer que el excesivo trabajo tuviese una acción tan desastrosa en el pobre niño.

Una noche mientras le contaba un hecho de la historia polaca, porque tal era el deseo de su madre, fijó Miguel en mí una mirada tan severa y tan estraña, que realmente me asusté.

—¿Señor Wawryzinkiewicz, es verdad eso que usted dice? ¡Oh, sí! No es una fábula como...

—¿Como?...—repetí asombrado.

En vez de contestarme apretó los dientes y se echó á llorar dolorosamente.

El día después pregunté á Owicki la causa de aquellas lágrimas imprevistas, y aun cuando el muchacho no supo ó no quiso decírmela, adiviné lo que era.

—¡Ay, sí! ¡Es natural que un niño polaco oiga resonar en una escuela alemana palabras que ofenden sus más íntimos sentimientos!

Los falsos juicios se insinuaban en los otros niños y no despertaban en ellos más que un sumo desprecio por los profesores alemanes y toda su charlatanería; pero un muchacho tan honrado como Miguel, había de sufrir sin poder desahogarse. Dos potencias, dos autoridades opuestas atraían á Miguel: lo que una decía que era hermoso, respetable, decente, la otra lo declaraba oprobioso, ilícito; lo que una le enseñaba á amar, la otra quería que lo odiase; no debe pues asombrar si las simpatías del niño iban á la autoridad que el más amaba. Pero había algo de infernal, de horrible, en esa vida de ficción continua. ¡Qué triste condición!... ¡Y decir que se trataba de un niño!

La suerte de Miguel era en efecto muy estraña: ordinariamente las pruebas de la vida no empiezan hasta la madurez de los años, y lo mismo todo eso

que constituye la verdadera infelicidad, es decir la opresión moral, el dolor íntimo, los esfuerzos estériles, la lucha desesperada con dificultades insuperables, la pérdida lenta y penosa de cada una de las esperanzas; todo eso, todo reunido lo había ya experimentado Miguel. A los once años había bebido el cáliz de la amargura, y sus fuerzas eran demasiado débiles para sostener una lucha tan acerba!

Los días, las semanas transcurrían; los esfuerzos del niño aumentaban, y el resultado de aquel trabajo asiduo era cada vez más deplorable. Las cartas de su madre aun cuando tiernas é indulgentes agravaban aquel peso enorme.

«Dios sea alabado,—escribía,—siendo como eres inteligente, las esperanzas que he puesto confío que no las harás desvanecer, y que al fin serás mi consuelo.»

Cuando Miguel leyó aquella carta, me cogió las manos con movimiento nervioso y rompiendo en sollozos exclamó:

—¿Cómo lo haré, señor Wawrzynkiewicz? ¿Cómo lo haré?

¿Qué podía hacer en efecto? ¿Era culpa suya si no había venido al mundo con una gran facilidad para las lenguas, y si siendo polaco, no podía expresarse en alemán?

Así se llegó á las vacaciones de Todos Santos. El certificado trimestral de Miguel, no era realmente bueno, las notas obtenidas en las tres principales materias de estudio eran mediocres, y tanto me suplicó que decidí no enviárselo á su madre.

—Querido señor Wawrzynkiewicz,—me decía

juntando las manos,—mamá no sabe que en Todos Santos dan certificado. De aquí á Navidad Dios tendrá, seguramente, compasión de mí.

El pobre niño se mecía en la esperanza de obtener notas mejores, y á decir verdad, también yo lo esperaba. Suponía asimismo, que se acostumbraría á la vida de la escuela, que iría perdiendo el desgraciado acento polaco, y que emplearía menos tiempo en preparar sus lecciones: si esto no sucedía, me hallaba resuelto á advertir á su madre del estado de las cosas.

Pero estas esperanzas no habían de realizarse: en seguida después de Todos Santos, obtuvo Miguel tres notas excelentes, una de las cuales, en lengua latina. El, únicamente había sabido en toda la clase que el pretérito de *gaudeo*, era *gavisus sum*: y el día en que obtuvo dos *cinco*s, me preguntó cómo se decía en latín: «estoy contento.»

Por un instante creí que iba á enloquecer de alegría, y pocos minutos después escribía á su madre una carta que empezaba así:

«Queridísima mamá: ¿Sabe acaso mi adorada mamá, el pasado de *gaudeo*? Estoy seguro que ni tú ni Lolita lo sabéis, porque de toda la clase yo he sido el único que he contestado bien.»

De tanto en tanto con la intención de obtener *cinco*s me preguntaba sobre el *perfecto* y sobre el *participio*: obtener buenas notas era el único objeto de su vida, su sueño, su idea fija.

Pero aquel rayo de felicidad no hizo más que atravesar su pobre existencia: el acento polaco le

era fatal, y eso deshizo en un momento, lo que la asiduidad del muchacho había creado con tantas dificultades. Las materias eran demasiado numerosas, para que pudiese dedicar á cada una tanto tiempo como habría necesitado, y su memoria, ya embrollada, exigía.

A aumentar sus desgracias contribuyó un deplorable incidente: un día Owicki y Miguel se olvidaron de hablarme de una obligación que habían de cumplir, y no lo hicieron. Como Owicki era el primero de la clase, ni siquiera se lo preguntaron, mientras que á Miguel le hicieron una pública reprimenda, y la amenaza de ser expulsado de la escuela.

Probablemente creyeron que lo hubiese hecho de propósito, pero Miguel era incapaz del menor engaño, y tampoco supo defenderse. Hubiera podido acusar á Owicki, pero el honor, como lo entienden los estudiantes, no se lo permitía. A mis justificaciones, contestaron los profesores con reproches, y me acusaron de fomentar su pigracia. Todo eso fué origen de muchos enojos para mí, pero lo que me oprimió el corazón fué cuando ví que Miguel sujetándose la cabeza con las manos, empezó á decir como si yo no le oyera:

—¡Cómo sufrirá mi madre! ¡Cómo sufrirá, cómo sufrirá!

Y la carta de ella en la cual le felicitaba por las buenas notas obtenidas, fué una puñalada para el muchaco.

—¡Oh, sí! Tiene motivos para estar contenta la mamá!—dijo amargamente el niño ocultando la cara entre las manos.

Al día siguiente mientras le colocaba la cartera en los hombros, se tambaleó y hubiese caído, si no estoy allí para sostenerlo; aquella mañana no le hubiera dejado ir al colegio, pero él me aseguró que no era nada: lo único que quería era que le acompañase porque le daba vueltas la cabeza.

A mediodía volvió con nota mediana; se sabía perfectamente las lecciones, pero como me confirmó Owicki, no pudo pronunciar una palabra.

La opinión que los profesores tenían de él, era que se trataba de un muchacho perezoso, de inteligencia tarda: en una palabra, pigre y cretino.

Sin embargo, había luchado contra esos reproches, con toda la energía de un náufrago que se defiende contra la ola, desesperadamente, pero en vano.

Desde aquel momento perdió toda fe en sí mismo, toda esperanza en sus propias fuerzas y se convenció de que sus fuerzas y su estudio eran inútiles, que en balde se mataba, que jamás conseguiría lo que deseaba, y mientras tanto pensaba en la pena que su madre experimentaría al saber todo eso. Seguramente, su salud hubiese acabado por arruinarse por completo.

El cura de Zalézima, hombre de cierta inteligencia, pero desconsiderado, escribía de tanto en tanto á Miguel y sus cartas acababan siempre así:

«Acuérdate, que no sólo la alegría, si no la salud misma de tu madre dependen de tus progresos y de tu buena conducta.

¡Oh, se acordaba, señor cura! se acordaba hasta demasiado, porque aún durmiendo repetía con voz

suplicante y llena de angustia: «Mamá, mamá» como implorando su perdón.

Llegaron las vacaciones de Navidad; no había que hacerse ilusiones de obtener un buen certificado. Entonces pensé en advertir á doña María, y le expliqué con franqueza que el niño se hallaba muy débil y que á pesar de todos sus esfuerzos, no conseguía triunfar. Era, pues, preciso, llevarlo al campo, al aire libre, hacerle dejar el colegio, y tratar de restablecer su salud delicada.

Por la contestación noté que el amor propio de aquella madre había sufrido un poco con mi franqueza; pero sin embargo me escribió como mujer de buen sentido y madre amorosa.

No dije á Miguel que doña María había dispuesto que abandonase el colegio. Toda emoción podía ser fatal para él. Le dije que su madre había sabido que estudiaba asiduamente, y escusaba con indulgencia sus fracasos. Estas palabras le animaron un poco, y lloró largamente, lo cual, no le ocurría desde hacía mucho tiempo. Y no obstante, entre sollozos repetía:

—¡He dado un disgusto á la mamá!

Pero el pensamiento de volver pronto á su casa, de volver á ver á su madre, á la pequeña Lola, Zalezima y al señor cura, le hizo sonreír en medio de las lágrimas.

También yo tenía un gran deseo de volver á Zalezima, porque no podía soportar la vista de aquel niño siempre enfermizo y siempre calenturiento. Allá bajo, en el campo todo hubiese contribuido á devolverle la salud: el corazón materno, la tranquilidad de la aldea, todo tendría su influencia benéfi-

ca sobre aquel pobre cuerpecito. El estudio, en la cálida y pura atmósfera de la familia, no sería árido, confuso, como en el colegio, y su pobre pecho respiraría mejor.

Estaba, pues, esperando las fiestas de Navidad como una liberación; contaba hasta los momentos que nos separaban de la partida, y á pesar de toda la alegría que yo experimentaba, Miguel no estaba menos triste.

Parecía que todo se conjurase contra él; en la escuela tuvo otra reprensión pública, como culpable de corromper á los compañeros, y como el hecho ocurrió precisamente, antes de las fiestas, adquirió una mayor importancia, por tenerse á los pocos días, que expedir los certificados.

Yo no puedo describir el golpe que recibió aquel niño impresionable; todo se destrozaba en su alma infantil; lejos de ver ante sí un horizonte límpido y sereno, se sentía en medio de una profunda obscuridad, fría, espantosa, mientras mil ideas tristes y mil pensamientos horribles se agitaban en aquella pobre cabecita.

Su cara de niño de once años, había tomado una expresión trágica; parecía que un sollozo continuo, desgarrador, le sofocase siempre, y que un peso enorme le oprimiese el pecho; el cuerpecito grácil se doblaba como una espiga á impulsos de la tempestad; su mirada era la de un pájaro martirizado; sus movimientos casi inconscientes, la voz se había hecho lenta, y casi adormecida.

Obedecía maquinalmente: cuando le invitaba á salir conmigo á paseo, tomaba silenciosamente el sombrero, y me seguía sin decir una palabra.

Me hubiera disgustado mucho que todo aquello implicase despreocupación; pero aquella apariencia amodorrada ocultaba una resignación exaltada, vecina á un estado enfermizo; estudiaba sus lecciones como antes, pero sólo por hábito, por movimiento reflejo, y cuando repetía maquinalmente los verbos, pensaba en otra cosa, ó acaso no pensaba en nada.

Una vez que le pregunté si todas las lecciones las tenía estudiadas, me contestó con la voz lenta y como fatigada:

—Sí; pero eso no sirve para nada.

Temía, por último, hasta hablarle de su madre, por no reavivarle un dolor demasiado agudo.

Su salud continuaba inquietándome, enflaquecía á vista de ojos, acabando por parecer diáfano; la red de las venas de las sienes, visible únicamente cuando estaba conmovido, se notaban ahora constantemente.

Tan fino y delicado como era, semejava una imagen: yo sufría mirándole: su cabeza infantil casi angélica se marchitaba como una flor cortada y sin que lo advirtiese, se inclinaba visiblemente. No tenía ni siquiera ya la fuerza para llevar todos los libros en la cartera y eso que únicamente le ponía pocos, los otros los llevaba yo, que ahora, le acompañaba siempre al ir y al volver del colegio.

Llegó el último día de clase, estábamos en las fiestas de Navidad; la señora doña María había mandado el carruaje por nosotros y una carta en que decía que todos nos esperaban con impaciencia y que terminaba de este modo: «He sentido mucho que Miguel no haya tenido fortuna, por eso no exi-

jo que el certificado sea bueno, sólo deseo que los profesores piensen como yo, es decir, que ha hecho todo lo que ha podido y que se ha esforzado para contrarrestar con la buena conducta las malas notas obtenidas en los estudios.»

Pero los profesores del colegio tenían ideas diametralmente opuestas á las de la buena señora respecto á éste, y el certificado defraudó tal expectativa porque la última corrección hecha á Miguel se refería precisamente á la conducta de que doña María tenía una idea tan elevada.

Un alumno, según los profesores, no observaba buena conducta, sino, cuando reía los chistes de mal gusto que ellos hacían á propósito de la lengua polaca y de las tradiciones de Polonia. En vista de estas especiales consideraciones, Miguel, que no ofrecía garantía alguna de aprovechar la instrucción recibida, ocupaba inútilmente un puesto, que otros muchachos se hubieron tenido por muy afortunados disfrutando: por eso fué expulsado de la escuela.

Cuando llegó el oficio del director que anunciaba semejante decisión, la nieve caía á grandes copos y en la obscuridad de la habitación no se podía distinguir la cara del niño: le ví solamente acercarse á la ventana y mirar los copos de nieve que danzaban por el aire. Demasiado había comprendido ya los pensamientos que agitaban aquella mente, girando en terrible danza igual á la de la nieve que caía sin cesar.

Transcurrió un cuarto de hora en el más glacial silencio; había llegado la noche: yo me ocupaba en preparar las maletas y arreglarlo todo para el via-

je; al ver á Miguel que continuaba en pie próximo á la ventana, le dije:

—¿Qué haces, Miguel?

—¿No es verdad que la mamá y Lolita,—dijo con voz temblorosa el muchacho,—están ahora en el salón verde junto á la chimenea pensando en mí?

—Puede ser, pero, ¿por qué te tiembla la voz? ¿Te sientes mal?

—No, señor. Lo que tengo es únicamente mucho frío.

Le desnudé; le metí en la cama, y mientras contemplaba aquellos pobres miembros delicados y gráciles, le hice tomar el té y le arropé lo mejor que pude.

—¿Tienes calor ahora?

—Sí, me duele la cabeza.

¡Pobre cabeza de niño! ¡Tenía derecho para estar enferma!

El pobre, fatigado se durmió pronto, pero la respiración era sibilante. Acabé de arreglar toda nuestra ropa, y después como no me sentía nada bien, me fui á la cama y una vez apagada la luz, no tardé en dormirme.

Hacia las tres de la mañana me despertó una luz insólita y un murmullo muy conocido que llegaba confusamente hasta mi oído. Abrí los ojos y sentí que mi corazón latía violento. La vela ardía sobre la mesa á la cual se hallaba sentado Miguel, en camisa, con el rostro convulso, mirando fijamente el libro acaso para mejor grabar en la memoria la parte que leía.

Con la cabeza ligeramente inclinada repetía monotonamente:

—*Conjuntibus: Amen, Ames Amet Amenus, Ametes...*

—¡Miguel!

—*Conjuntibus Ames Amet...*

Lo cogí por las manos.

—¡Miguel!

Entonces se despertó y me miró con aire extraño como si no me hubiese reconocido.

—¿Qué haces?... ¿Qué tienes, pequeño mío?

—Señor,—me dijo sonriendo,—¿lo repito todo desde el principio? porque quiero obtener una buena nota.

Le tomé en brazos y le volví á la cama. El cuerpo le ardía de fiebre. Afortunadamente cerca de nuestra casa vivía un médico al que llamé en seguida. Le tomó el pulso, le puso la mano sobre la frente. Miguel tenía una inflamación cerebral.

¡Cuántas cosas en aquel cerebro! La enfermedad tomó rápidamente mal cariz, por lo cual envié un despacho á doña María y al día siguiente la campanilla sacudida con violencia me anunciaba su llegada.

Cuando abrí la puerta noté su palidez bajo el velo de crespón negro: su mano cayó fatigada sobre la mía y toda su alma me aparecía en sus ojos. Con ansia indescriptible me preguntó:

—¿Vive?

—Sí; el doctor me ha dicho que está mejor.

Se echó atrás el velo y corrió hacia la alcoba donde estaba el niño.

Había mentido. Miguel vivía, pero no estaba mejor: No reconoció ni siquiera á su madre que se sentó á su lado cogiéndole la mano.

Cuando le pusieron hielo sobre la frente agitó los labios y miró atentamente aquel rostro inclinado sobre el suyo; se esforzaba por reconocerlo luchando desesperadamente con el delirio. De repente se estremecieron sus labios, sonrió una ó dos veces y después murmuró débil, muy débilmente:

—¡Mamá!

Cogióle la pobre madre las manos y por algunas horas permaneció en la misma posición, sin ni siquiera quitarse el vestido de viage; y cuando le hice notar eso contestóme:

—Es verdad, me he olvidado de quitarme el sombrero.

Y se lo quitó...

Mi corazón se oprimió amargamente; en la espesa cabellera blanca que como una aureola ceñía su hermosa cabeza se veían brillar algunos cabellos blancos; tres días antes no los tenía.

Desde entonces se ocupó de su hijo, sin abandonarle un momento y administrándole las medicinas ordenadas.

Miguel levantaba sus hermosos ojos hacia ella, algunas veces la tocaba, pero ya no la reconoció. Por la noche volvió el delirio; declamaba las elegías de Niemssewite (1) habló un poco en alemán y balbuceó algunas palabras latinas.

Salí de la alcoba, aquel espectáculo era demasiado desgarrador para mí.

Cuando estaba bueno había aprendido oculta-mente algunas oraciones que quería decir á su madre cuando estuviésemos en el campo, que la hu-

(1) Patriota y poeta polaco que murió en París en 1841.

bieran consolado del fracaso de su hijo. Sentí que recorría todo mi cuerpo un escalofrío al oír de labios de aquel niño de once años con una voz triste y profunda:

—*Deus meus, Deus meus, quare me repuliste et quare tristes incedo dum affligit me inimicus?*

¡Me es imposible espresar la dolorosa impresión que experimenté al oír en sus labios tales palabras.

Era la víspera de Navidad; de la calle ascendía un rumor indecible de algazara, y los carruajes hacían resonar el tintineo de los cascabeles. Toda la ciudad tenía aspecto de fiesta. Por la noche en todas las casas veíase el ciprés resplandeciente de luces, adornado con mil preseas de oro y de plata; niños y niñas, en gran número, se agolpaban delante del árbol tradicional, agitándose como locos, y chillando para demostrar su alegría.

Las ventanas estaban iluminadas espléndidamente, y de todas salían gritos de júbilo:

Únicamente nuestro pobre niño, repetía con voz casi apagada:

—*Deus meus, Deus meus quare me repulisti?*

Bajo el portal algunos muchachos cantaban

*Esta noche es noche buena...*

La noche de Navidad fuente de alegría para todos había llegado, y nosotros temblábamos ante el temor de que fuese una noche de dolor y de muerte.

Por un momento pareció que Miguel recobrase los sentidos y la lucidez mental, porque empezó á

llamar á la pequeña Lola; pero duró poco. La respiración corta y afanosa cesaba á veces por completo: no había nada que esperar: ¡aquella alma ya casi no estaba entre nosotros! Su pensamiento había volado ya, y él mismo iba ya á partir de este valle de lágrimas; no sentía ni veía nada, ni siquiera á su pobre madre desesperada, tendida á sus pies.

Era indiferente á todo, y no dirigía la mirada hacia nosotros; cada minuto que transcurría se alejaba más de la tierra, trasladándose hacia la obscuridad ignota. Poco á poco la enfermedad fué apagando en él toda chispa de vida: las manos extendidas sobre la cubierta tenían la inercia de las cosas muertas; la nariz estaba afilada, el rostro se cubría de una solemne y fría austeridad. La respiración se aceleraba cada vez más, semejaba á un susurro, al *tic-tac* de un reloj: un instante más, un suspiro todavía y aquella pobre vida se hubiese apagado.

Hacia media noche comenzó la agonía: se oyó un ronquido y un gemido como de un hombre sofocado por el agua, y luego calló de improviso: el espejo que el doctor le colocó delante de la boca indicó que respiraba aún.

Una hora más tarde la fiebre cesó de repente y lo creímos salvado; el mismo médico tuvo esperanza; la madre recobró su valor.

Durante dos horas continuó mejorando: cuando amaneció fui á la antecámara; hacía cuatro días que no pegaba los ojos y la tos me atormentaba más que de costumbre, echéme sobre un diván y no tardé en dormirme.

La voz de doña María llamándome, me despertó: en el silencio de la casa oí balbucear:

—¡Miguel, Miguel!

Los pelos se me pusieron de punta al oír pronunciar aquel nombre con acento tan desgarrador, y antes que tuviese tiempo para levantarme, la ví llegar casi loca á donde yo me hallaba, y balbuceó temblorosa:

—¡Miguel... ha muerto!

Corrí á la cama del niño y me convencí de la verdad; la cabeza caída sobre la almohada, los labios entornados, los ojos muy abiertos, fijos en un punto invisible, la rigidez de las líneas, no me dejaron duda alguna. ¡Miguel había muerto!

Le cubrí hasta la cabeza, le cerré los ojos, y fui apresuradamente á consolar á su madre.

¡El primer día de fiesta fué muy triste para mí! Hube de ocuparme de los preparativos del entierro; ¡preparativos tremendos!

La pobre madre no quería abandonar el cadáver y á cada momento le faltaban las fuerzas; cuando vinieron á tomar medidas para la caja, perdió el conocimiento y lo mismo ocurrió al vestir al cuerpo y al arreglar el catafalco.

Su desesperación contrastaba singularmente con la indiferencia de los hombres acostumbrados á semejantes espectáculos; quiso ella mismo colocar en el ataúd los almohadones forrados de raso, creyendo en su delirio que el niño hubiese de reposar con la cabeza alta. En aquel momento Miguel estaba tendido, vestido de nuevo, con guantes blancos, solemne é indiferente. Por último fué colocado en la

caja y puesto sobre el catafalco alrededor del cual se encendieron los cirios.

La estancia donde el pobre niño se había atormentado el cerebro con los versos latinos, y escrito tantas lecciones, había sido transformada en capilla ardiente, en la cual, las ventanas cerradas herméticamente no dejaban penetrar la luz del día. La claridad temblorosa de los cirios daban á la estancia una solemne apariencia de iglesia.

Jamás había visto yo el rostro de Miguel tan tranquilo como en aquel momento, acaso únicamente cuando obtenía buenas notas. Su delicado perfil, vuelto hacia el techo, parecía que sonriese como si se complaciese en la reacción ocurrida de la muerte sobre la vida, y se sintiese feliz. El tremolar de los cirios daba á su rostro una expresión de aletargamiento.

Poco á poco empezaron á desfilas por delante del catafalco los compañeros y amigos de la escuela, que no habían ido á pasar las vacaciones en sus casas; sus miradas tenían un no sé qué de asombro al contemplar la luzes, el catafalco, la caja... ¡tal vez el vestido nuevo del amigo despertaba el respeto y la consideración de sus compañeros!

Algunos días antes se encontraba entre ellos, bajo la disciplina y el peso de grandes libros alemanes; como ellos era censurado, como ellos recibía públicas correcciones; cada uno de ellos podía haberle cogido por el pelo ó por la oreja... Ahora estaba sobre ellos, grave y serio, rodeado de luzes. Todos los niños experimentaban por él un cierto respeto, y un cierto temor; hasta Owicki, el pri-

mero de la clase, se sintió pequeño ante aquel cadaver.

Los más pequeños charlaban dándose codazos y decían que ahora á él nadie podía molestarle, que aunque viniese el señor inspector, no se levantaría, no sentiría miedo, y quizás seguiría sonriendo como lo estaba haciendo...

Podía hacer lo que le viniese en gusto, proceder como quisiera, susurrar y hacer rumor con los ángeles que tienen alitas de oro, y no están sujetos á profesores alemanes.

Así murmuraban aquellos niños, y cuando se aproximaron á los cirios encendidos dijeron por último:

— ¡Descansa en paz Miguel!

El día después, la caja con la tapa clavada, fué conducida al cementerio; ¡y recubierta de tierra y nieve se ocultó á mi mirada... para siempre!

Ahora al escribir, ha pasado un año desde la muerte de mi amiguito, pero me acordaré siempre y experimentaré siempre el mismo sentimiento de piedad por mi querido y pobre Miguel.

Yo no sé donde te hallas, ni si oyes mi voz; pero sé que tu antiguo maestro, tose cada vez más, que la vida se le hace cada vez más difícil, que sería muy feliz si pudiese ponerme yo también el último vestido... ¡aquel que hace un año te pusiste tú, mi querido y santo amigo!

FIN DE «RECUERDOS DE UN PRECEPTOR»

---

## Oso

—

Los últimos días del otoño son en la pequeña ciudad de Anaheim, en la California meridional, días de alegría y de fiestas especiales: la recolección de la uva ha terminado, y la ciudad llena de operarios presenta un aspecto tan variado, que difícilmente podría reproducirlo ni aun un pintor. Mejicanos é indios de la raza Cahuilla, bajan de las montañas de San Bernardo, situadas en medio de aquella región, para ganarse un poco de pan. Tanto los unos como los otros se establecen en las plazas, donde viven pasando las noches bajo las tiendas ó bajo el riente cielo de California.

Anahein es una graciosa ciudad, toda rodeada de eucaliptus, ricinos y árboles de pimienta; y cuando las fiestas de la feria la animan llenándola de rumores alegres, forma un contraste extraño con la calma tranquila y triste del desierto, que empieza casi al lado, en seguida después de las viñas, para perderse lejano en el espacio infinito.

*Sigámosle*

Por la noche, cuando la luna lanza haces de luces sobre las hondas del mar y sobre el cielo rojizo, empieza el vuelo de los ánares y de los pelicanos silvestres, y mientras las cigüeñas á bandadas vienen de las montañas, se encienden fuegos y empieza la algazara.

Los negros cantan acompañándose con los *güiros*; al lado de cada fuego se oye el redoblar del tambor y de *bandscia*; los mejicanos bailan el bolero sobre alfombras estendidas, mientras los indios, con los *miotés* entre dientes (canutos blancos) tratan de imitar los movimientos, acompañándolos con sonidos y gritos.

Las hogueras que se van alimentando con leña roja, envían al aire, con alegres crepitaciones, haces de chispas, que iluminan con reflejos rosados las figuras, que con insistencia reclaman su puesto; todos los colonos se sientan á su alrededor con sus mujeres é hijos, esperando los fuegos y el baile.

Pero el día en que el último grano de uva es aplastado por el pie del indio, la fiesta adquiere su mayor grado de intensidad; llega el circo del señor Hirsch de los Angeles, alemán de nacimiento, propietario de un gran patrimonio de monos, jaguares, leones, y dueño de un elefante y algunos papagayos que se caen de viejos, (The greatest Attraction of The World).

Los habitantes de Cahuilla no son avaros y gastan sin gran esfuerzo «la última peseta» (1) que aun no hayan ahogado en bebida, no por admirar aquellos animales que pueden ver en libertad en sus de-

(1) En español en el original.

siertos, si no por aplaudir á los artistas, un atleta y los clowns, y todas las otras maravillas del circo, que están consideradas por los indios como prodigios de magia, obtenidos por los espíritus y seres sobrenaturales.

La llegada del circo hace acudir, no tan sólo á los habitantes de las colonias y haciendas vecinas, como Westminster, Orange y los Nietos, que aprovechan la ocasión para ir á Anaheim.

En aquellos momentos, la calle *Pomerance* es toda un ir y venir de carruajes grandes y pequeños, hasta hacer imposible el caminar á pie: todo el mundo y todas las castas se ven reunidas. Las jóvenes y graciosas *mises* pasan en sus coches riendo y charlando, á carrera desenfrenada. Las *señoritas* españolas de los Nietos, dirigen miradas apasionadas por debajo del velo, mientras las señoras de los pueblos más vecinos se posan orgullosas del brazo de sus maridos, bronceados por el sol, cuyo único adorno consiste en los sombreros consumidos por el tiempo y en ciertas camisetas de lana, que en defecto de corbata se cierran con ganchitos.

Toda esa gente al pasar se saluda con frases amables, y se mira de reojo si son *veri fashionable*, criticándose recíprocamente.

Entre los coches de los señores, adornados con flores, pasan cabalgando los jóvenes, que sobre las altas sillas mejicanas, echan por debajo de los sombreros miradas á las muchachas. Los caballos medio cerriles aún, avanzan entre aquel insólito fracaso, y bufando con las narices dilatadas intentan saltar hacia adelante, mientras la mano vigorosa,

del ginete con una simple presión lo contiene, re-frenando su impaciencia.

Todos hablan de la «Greatest atracción» y del gran programa de la función, que ha de sobrepajar en lujo y variedad á todas las representaciones pasadas; innumerables carteles anuncian verdaderas maravillas. «El director Hirsch en persona, armado únicamente con la fusta se defenderá de los ataques del más feroz león del Sahara; pero esa fusta en manos del gran maestro, es cortante como una espada, lanza chispas como un relámpago, y zumba como el trueno, doma á la fiera enfurecida, que se someterá dócil á la voluntad del dueño».

No era eso todo.

«Un muchacho de diez y seis años, llamado Oso, el *Hércules americano*, hijo de un blanco y de una india, llevará seis hombres, tres en cada brazo, y la dirección ofrece un premio de cien dollars, á quien logre vencerle en la lucha, sea blanco ó negro.»

Se dice que de los montes de San Bernardo ha llegado expresamente un tal Grysli Killer, célebre matador de osos, para medir sus fuerzas con las del luchador; se le pinta como hombre de valor extraordinario, y se cuenta que con solo un cuchillo, afrontó y mató al oso gris de California. Se confía en su victoria, y se sueñan glorias y honores para el país.

Otro número del programa despierta la curiosidad y calienta no poco las cabecitas caprichosas de la población femenina de Anahein. Oso, el incomparable luchador, llevará sobre un palo de treinta pies de largo á la pequeña Jenny. El programa la

llama, la muchacha más bella que ha existido desde la venida de Cristo, «una maravilla del mundo». A pesar de sus trece años, es la más linda de todas, y se fija un premio de cien dollars á cualquier otra, sea de la raza que quiera, que pueda rivalizar con ella.

Las pequeñas y las grandes, las viejas y las jóvenes *misis* de Anahein y los alrededores al leerlo, arrugan despreciativamente las narices; no les lisonjea bastante la idea, y creen que no sería muy «ladylike» (noble), tomar parte en el concurso. Pero á una representación como aquella no se puede faltar: la muchacha portento sería vencida, porque ninguna de las señoras que pasean por las calles de Anahein, cree en tal belleza, que de todos modos no había de poder confrotarse con la de las hermanas Bimpa.

Estas entre tanto, Refugio la mayor y Mercedes la menor, sentadas en su «buggy,» leen con despreocupación el programa, y parecen no advertir que todas las miradas de Anahein se hallan en aquella ocasión fijadas en ambas, para que consigan salvar con el prestigio de su belleza, el honor amenazado de la California.

¡Y son lindas de verdad! ¡No en balde corre por sus venas la pura sangre de Castilla! Flexibles y elegantes, sus movimientos revelan gracias que dan impresión de deseos extraños.

Bellas como hadas, las líneas de sus rostros son purísimas; la piel es transparente y bañada de un color de rosa, que recuerda las transparencias de la aurora. Las cejas son largas y negras como los

ojos á los cuales coronan, y la mirada infantil es pura y llena de ternura.

Vestidas con sus batas perfumadas, se hallan sentadas en su «buggy» adornado de flores, sin notar que todo Anahein las mira con admiración.

¿Cómo será esa Jenny para poderlas superar? Es verdad que el *Saturday Weekly Review*, ha dicho: «Cuando la pequeña Jenny está opoyada en la punta del palo que Oso sostiene, y con peligro de su vida estiende los brazos imitando á una mariposa, en el circo se hace un silencio profundo, y no sólo todos los ojos de los espectadores están fijos en ella, sinó también los corazones que siguen con una atención llena de ansiedad todos los movimientos de aquella niña maravillosa. El que la ve una sola vez en el aire ó corriendo á caballo, no la olvida ya, porque ni siquiera Mister Harwey de San Francisco, el primer pintor del mundo que ha decorado el Palace Hotel, podría pintar tan admirable criatura».

La juventud de Anahein poco crédula y enamorada de las perfecciones de las hermanas Bimpa, aseguraba que todo aquello eran baladronadas, pero de todos modos se esperaba la función de la noche para hacer comparaciones.

Alrededor del circo iba aumentando cada vez más la multitud; del interior llegan los rugidos de los leones y de las otras fieras; chillan los papagayos, mientras los monos sujetándose con los rabos se tambalean haciendo las delicias del público, apenas contenido á una cierta distancia, por una cuerda que rodea la barraca.

Por último sale por la puerta principal un gran

cortejo destinado á excitar más la curiosidad del público. Ha de quedar la gente petrificada por el asombro, lo ha dicho y lo quiere el señor Hirsch.

Un carruaje de extraordinario grandor, tirado por seis caballos empenachados con plumas de aves-truz, abre la marcha; los cocheros van vestidos como los postillones franceses. Van en el carruaje las jaulas de los leones, y al lado de cada una está sentada una lady con un ramo de olivo en la mano. Detrás seguía el elefante, que llevaba sobre sus hombros una magestuosa torre llena de puntas. Se oyen sonidos de trompa, redobles de tambor, chasquidos de fusta, y juntamente y sobre todo, los rugidos de las fieras; en suma, es todo el cortejo que con el mayor fracaso avanza.

Pero el director no se halla aun satisfecho y lo hace seguir de una enorme máquina que lleva un gran tubo, que pone en movimiento un instrumento musical, el cual entre los bufidos del vapor lanza nuevos y extraños sonidos. Es una música infernal, y el himno nacional «Yankee Doodle» resuena entre el entusiasmo de la muchedumbre, en medio de gritos y algazara ensordecedores. Los americanos gritan: ¡hurra!, los alemanes «hoch», los mejicanos «viva» y los indígenas chillan y aullan, como bestias salvajes, mordidas por insectos.

La multitud sigue el cortejo, y la plaza junto al circo queda despoblada y tranquila; los papagayos ya no chillan y los monos no se mueven.

«The greatest Attraction» no forma parte del cortejo, ni el domador sin rival con su fusta, ni Jenny, la «Diosa del aire», ni Oso el luchador famoso, se han hecho visibles todavía; esos se han de presen-

tar únicamente por la noche. El director entre tanto lo vigila todo, enfadándose y jurando por narcerías.

Oso y Jenny ensayan en el circo. Bajo el gran techo reina una obscuridad profunda; allá bajo, en el fondo del edificio, precisamente donde las gradas llegan al techo, las tinieblas son completas: la parte mas clara es la pista, por el lado en que la abertura del telón deja penetrar la luz. En la penumbra al lado de un trapecio había un caballo: cerca de él nadie. La bestia de anchos lomos, parece aburrirse, y se sacude letamente las moscas con la cola, mientras mueve la cabeza de arriba á bajo tanto como se lo permite la largura de la brida.

Tan pronto como la vista se ha acostumbrado á aquella obscuridad distingue otros objetos: el palo de Jenny echado en el suelo, y aquí y allá algunos aros forrados de papel de colores para los saltos, todo en gran desorden, hasta el punto que el local entero se parece á una casa abandonada desde largo tiempo por sus habitantes, y en la cual las ventanas estuviesen cerradas. Los bancos medio alumbrados por aquella luz débil y puestos unos sobre otros, semejan montones de ruínas; y á tal soledad no consigue dar vida ni siquiera el caballo que ahora está con la cabeza baja.

El sol, pasando á través de un intersticio del telón, ilumina un grupo: Oso y Jenny.

El, sentado en un banco más alto, y la bellísima niña con su cabecita apoyada en el hombro del atleta, y mientras con el brazo le rodea el cuello, con la mirada parece querer beberle: le escucha con

atención intensa, mientras Oso lentamente inclinandose, le habla.

Al verlos tan juntos, podían dar la impresión de enamorados, si la piernecita de ella que no llega á tierra, no se moviese de un modo demasiado infantil, y la carita con los ojos fijos en Oso, no revelasen, en lugar de amor, atención profunda.

Jenny es aun una niña pero tan bella que ni aun el señor Hervey de San Francisco soñó nunca una igual, en sus fantasías de artista y de pintor. La carita es la de un angelito, y los ojos azules miran dulce, intensamente, llenos de fe; las cejas dibujan un arco perfecto en aquella frente blanca y purísima, sobre la cual la onda mal retenida y descompuesta de cabellos rubios baja á formarle marco.

Recuerda la muchachita á la Gretchen y á la Cenicienta; hay en ella algo, que espresa timidez, miedo, inconsciente necesidad de una fuerza que la proteja. Es una visión, una figulina del Greuze en un circo de titiriteros.

Una faldilla corta sembrada de estrellas de plata, tan corta que deja ver las rodillas, y un corpiño de seda roja, son todo su vestido.

El sol le ha llegado, y en aquel momento besada por sus rayos de oro, pequeñita y gentil, hace sentir todavía mas el contraste con las formas desarrolladas y robustas de Oso.

El joven lleva mallas de color carne, hasta el punto que de lejos parece desnudo. El sol que ilumina á la niña, ilumina también los hombros de él: son anchos y desproporcionados, el pecho muy fuerte, y las piernas demasiado cortas con relación al busto. Los miembros vigorosos carecen de gra-

cia: Oso tiene todas las cualidades de un atleta de circo, y es en él todo tan excesivo, que mejor parece una caricatura.

Es feo. Cuando levanta la cabeza las líneas de la cara quizás demasiado regulares, son duras como señaladas sobre el hielo. La frente es baja; los cabellos negros como el ébano, hispídos, acaso una herencia de la madre, cayendo hasta la nariz, dan á todo el semblante, una expresión cerrada, casi amenazadora. Tiene algo del búfalo y del oso á un mismo tiempo; da la sensación de una fuerza extraordinaria, pero mala. Y no es bueno en efecto. Y hasta los animales parece que lo adivinan, por que mientras los caballos cuando Jenny pasa por su lado, vuelven la cabeza, la miran con mirada inteligente, y relinchando de placer parece que le digan «How do you do, darling?» (¿Cómo estás, querida?), cuando por el contrario pasa Oso, atemorizados tiemblan de cabeza á rabo. Tiene el carácter brusco y tétrico. Los negros del señor Hirsch que cuidan los caballos y que hacen de mimós y de clowns le odian, y en todos los momentos, cuando pueden, le demuestran su desprecio porque es mestizo. El señor Hirsch que no arriesga gran cosa ofreciendo cien *dollars* á quien le venza en la lucha, le desprecia pero le teme, y á guisa de domador que domina á la fiera, le apalea á menudo. Y no carece de lógica, porque el señor Hirsch piensa que si él no le pegase, acaso Oso le pegaría á él, y es además del parecer que si el dar unos palos es un castigo, el no darlos constituye una recompensa. Desde algún tiempo, no obstante el pobre atleta

está un poco cambiado: desde el día en que conoció á Jenny y comenzó á amarla con toda su alma.

Un año antes, estando encargado de la limpieza de las jaulas, fué herido por un jaguar, que pasando la zarpa por entre los hierros había conseguido aferrarlo con las uñas. El atleta entró entonces en la jaula, y de la lucha entablada, quedó únicamente él vivo; la fiera murió; pero quedó Oso tan maltratado que por algún tiempo estuvo enfermo, y las malas voces se empeñaron en decir, que no contribuyó poco la paliza que le dió el director Hirsch, furibundo por que le había matado á la fiera.

Durante la enfermedad de Oso, Jenny no se separó de su lado, y en defecto de medicamentos curó sus llagas con fajas de tela y agua de la fuente, empleando todos los momentos de libertad en leerle la Biblia, aquel *buen libro*, que hablando solo de amor, de piedad y de perdón, era completamente desconocido al señor Hirsch y á todo aquel mundo de mimos y de titiriteros. Jenny lo había heredado de su madre y lo llevaba siempre consigo, y Oso, á fuerza de esforzar su dura mollera de indio, para comprenderlo, escuchando con atención, había llegado casi á persuadirse de que él no se hubiese hecho tan malo, si en el circo la vida hubiera transcurrido como enseñaba aquel buen libro. «Si hubiese sido así» pensaba «no me habrían pegado siempre, y acaso alguien me querría. Pero aquí nadie me quiere, ni el señor Hirsch, ni los negros; quizás únicamente la pequeña Jenny.» Y la voz de la niña llegaba á sus oídos dulce como una melodía.

Sucedió que una noche, llorando amargamente,

le besó él las manitas, y comenzó á quererla con todo su corazón.

Desde entonces, cuando Jenny en el circo se agarraba al caballo lanzado en carrera desenfrenada, él seguía con ansia todos sus movimientos, sonriéndole, como para animarla, mientras le colocaba el aro para los saltos. Y después, mientras sobre la punta del palo, al compás de la canción «¡Ah, la muerte está cerca!» la sostenía dándole la vuelta á la pista, se sentía desvanecer de miedo.

¡Ah! Comprendía perfectamente que si aquella niña caía, ya no quedaría nadie en el circo que le recordase el buen libro, y sus ansias eran tan vivas y manifiestas, que transmitía su miedo hasta á los espectadores. Y cuando con Jenny, llamado por los aplausos, volvía á la pista, entonces él la empujaba hacia delante, para que para ella fuesen los honores del triunfo, rebosando de contento cuando los aplausos que ella recibía, resonaban más fragorosos.

Taciturno como era, no tenía palabras más que para ella á quien le abría su corazón.

Lleno de desprecio para la gente del circo y para el señor Hirsch, que se parecían muy poco á los hombres del «buen libro,» como inconscientemente se sentía predispuesto á soñar en las soledades, en la vida de los bosques y en las praderas. Cuando el circo, durante sus viajes, había de pasar por campos y lugares deshabitados, sentía que se despertaban en él los instintos de la naturaleza, como un lobo que nacido y criado en una jaula, es dejado por primera vez libre en el bosque.

Comunicaba entonces á la pequeña Jenny sus

deseos y le enseñaba la vida de las praderas que en parte adivinaba, y de la cual había algunas veces oído hablar á los indigenas, cuando iban al circo para ofrecer al señor Hirsch las fieras cogidas, ó para entrar en la lucha.

La pequeña Jenny le escuchaba atenta con los ojos fijos en él. ¡Oh! ¡A ella le hubiese gustado tanto seguirlo por las praderas! ¡Pasaría tan dichoso su tiempo, entre nuevas sorpresas cada día, y nuevos cuidados para su casita!

Y así sentados uno al lado del otro, iluminados por un rayo de sol, conversan en vez de ensayar nuevos saltos: el caballo sólo, en medio del circo, se aburre.

La pequeña Jenny apoyada en el hombro de Oso, con sus ojazos fijos en él, piensa; por su imaginación cruzan las imágenes de aquella nueva vida; de vez en cuando dirige alguna pregunta; por último quiere saber como se vive allí.

—Hay bosques, árboles—responde Oso—se cortan con hachas y se construye una cabañita.

—Well (bien)—dice Jenny.—¿Pero y entretanto?

—Allí hace siempre calor—observa Oso dulcemente.—Gryzli-Hiller dice que hace siempre calor.

Las piernas de Jenny se mueven con mayor celeridad; es señal de placer; está contenta porque hace calor. Después se queda pensativa.

En el circo posee un perro y una gata: son de su propiedad exclusiva. Les llama «señor perro» y «señora gata» y quisiera también estar segura de su suerte.

—¿Pueden el «señor perro» y la «señora gata» venir con nosotros?—pregunta.

—Ciertamente—responde Oso lleno de placer.— Y también nos llevaremos el «buen libro»—añade más contento aún.

—Well—dice la muchachita.—Y la «señora gata» nos cojerá pajaritos, y el «señor perro» ladrará cuando venga alguien á hacernos daño; tú serás el marido, yo la mujer y ellos los niños.

Oso se siente tan feliz que no puede decir una palabra, y Jenny continúa:

—¡Y no estará el señor Hirsch, ni habrá circo y nosotros no trabajaremos! Pero—añadió después de un momento—el «buen libro» dice que el hombre debe trabajar... yo trataré pues de saltar tres ó cuatro ó cinco aros, para no olvidarlo.

Jenny no ha concebido nunca «el trabajo» bajo otro aspecto que de los saltos sobre la cuerda ó en el trapecio. ¡Pobre niña!

Como nunca ha pensado en los peligros, á que se expone diariamente, porque con el tiempo ha contraído el hábito, y lo mismo no tiene ni la más remota idea de los dolores que cuesta á muchos un pedazo de pan. Pasado un minuto prosigue:

—¿Dime, Oso, y yo estaré siempre contigo?

—Ciertamente, ángel mío, porque te quiero mucho.

Y su rostro se ilumina hasta el punto de parecer casi bello.

Ni siquiera él sabe, todo el amor que siente por aquella niña rubia; es el afecto del perro por el dueño; en todo el mundo sólo existe ella.

—¡Niñita mía!—le dice después de un momento. —Escúchame, aún tengo algo que decirte.

Jenny que se había adelantado ya dirigiéndose hacia el caballo, volvió y se puso de rodillas delante de Oso: teme que se le escape una palabra suya. Apoya los codos sobre sus piernas, y sosteniéndose la cara con las manitas se prepara á escucharle atentamente.

Pero en ese mismo instante entra en el circo el director con el látigo, lleno de ira, porque el ensayo con el león no le ha resultado.

La fiera, maltrecha por los años que le han privado casi por completo de la crin, no pide más que que la dejen en paz, y de ningún modo ha querido aceptar la lucha. Refugiada en un ángulo huyendo de la fusta, no se ha movido de allí. ¿Cómo podrá, pues, celebrarse la representación y la lucha, si por la noche continúa manteniéndose en aquel estado de mansedumbre desesperante?

El mal humor del señor Hirsch se aumenta aún al saber que la mayor parte de los indígenas se han bebido todo el dinero. El negro encargado del despacho de billetes ha anunciado que aquellos, se aprietan en gran número ante las puertas pretendiendo entrar; pero que en lugar de dinero ofrecen vestidos, cubiertas, hasta las mujeres, la mayoría viejas. La falta de dinero de los indígenas, produce gran enfado al director, que contaba con vender toda la localidad; en aquel momento, desearía que todos los indios formasen con sus espaldas una gran plataforma, sobre la cual, con el látigo daría una representación ante todo Anahein.

Furioso entró en el circo, y lo primero que vió

fué al caballo inmóvil, que sin hacer nada, estaba junto al trapecio.

—¿Y Oso y Jenny?—piensa. Con la mano sobre los ojos á guisa de visera, y con la mirada fija busca hacia el fondo oscuro. Descubre por fin á Oso y Jenny, que apoyada en las rodillas del atleta, lo escucha atenta. Al ver esto, queda como atónito; el látigo, le cae de la mano, y grita furibundo:

—¡Oso!

Un rayo que cayese en el circo no habría aterrado más á aquellos dos pobres muchachos. Oso de un salto se pone en pie y corre hacia él con la rapidez de un perro que ha oído la voz de su dueño; tras de él, va Jenny con los ojos espantados, sosteniéndose en los bancos para no caer.

—¡Más cerca!—dice el director, mientras, simulando calma, traza líneas en la arena, con la punta del látigo, como el tigre que agita la cola antes de lanzarse sobre la presa. Oso se aproxima algunos pasos: se hallan por fin uno frente al otro, el señor y el esclavo, y se miran fijamente como si quisieran medirse sus fuerzas. El señor Hirsch tiene realmente, el aspecto del domador que atravesado el umbral de la jaula, vaya á empezar la lucha con la fiera. Quisiera lanzarse contra ella, pero la sigue en todos sus movimientos, porque la desprecia, pero la teme. Por último, la rabia apenas contenida, vence toda duda. Sus piernas enfundadas en los pantalones de cuero se agitan nerviosamente, y toda la ira que se ha acumulado por tantas razones, está para estallar contra aquellos dos pobres seres, cuyo ocio no es la única causa de su disgusto.

Allá, entre los bancos, ha quedado Jenny sola,

temblando de miedo, como el cabritillo que va á asistir á la lucha de dos búfalos.

—¡Canalla!—grita el director, y el látigo, después de haber descrito un gran arco, cae sobre el joven con la rapidez del relámpago.

Oso no lanza un grito, y derecho, y fiero se adelanta; pero á aquel latigazo siguen otros tres, cuatro, diez, espesos, continuos. La representación ha empezado con la sólo diferencia de que el director, en vez del león, tiene ante sí al muchacho y le continúa dando latigazos secos, que resuenan en el silencio desolador del circo.

Dos veces ya la bolita que tiene el látigo á la punta, ha regado de sangre las espaldas de Oso; pero éste continúa mudo, y adelanta siempre á paso medurado mientras el director retrocede.

Quiere irse, lo mismo que el domador que busca la salida de la jaula, y desaparece de pronto apenas ha encontrado la puertecilla secreta.

Pero de repente, se detiene, ha distinguido á Jenny.

—Arriba, arriba,—grita entonces.—A caballo; luego arreglaremos las cuentas.

Apenas se oyó esta voz cuando la faldilla blanca de Jenny voló por el aire, y con gallardía y rara habilidad, la niña saltó sobre el caballo. El director desapareció detrás del telón, y el caballo empezó á galopar alrededor de la pista.

—¡Hop! ¡Hop!—gritaba la vocecita sutil de Jenny.  
—¡Hop! ¡Hop!—y el grito resonaba en el aire como un gemido contenido. El caballo seguía corriendo;

se oía el rumor de las herraduras al dar contra el piso, y la cabeza se iba inclinando, volviéndose de lado. La niña, con los pies unidos, parecía apenas tocar la silla. Con los bracitos desnudos, rosados, que movía para mantener el equilibrio, y los pliegues de la faldilla que agitaba el aire, parecía un pajarito que volase por el espacio.

—¡Hop! ¡Hop!—gritó otra vez, pero en seguida rompió en llanto; y las lágrimas hasta entonces apenas contenidas, rodaron por sus mejillas cegándole los ojos, hasta el punto de tener que inclinar la cabeza para poder ver. El movimiento del caballo que seguía corriendo la confundía; los bancos dispuestos en anfiteatro, el telón, y todo el circo comenzaron á girar á su alrededor. Vaciló una vez, dos, y por último, cayó en los brazos de Oso, que la había seguido con atención en todas sus vacilaciones.

—¡Oso, pobre Oso!—exclamó la niña sollozando.

—¿Qué tienes, pequeña mía?—susurró el muchacho.—¿Por qué lloras? ¡No hagas eso! No siento mucho dolor; no, no, no lo siento.

Jenny le echó los brazos al cuello y le besó en las mejillas. Todo su cuerpecito se estremecía en la convulsión de los sollozos, no podía reprimirlos; había sufrido mucho.

—¡Oso! ¡Oso!—eran las únicas palabras que podía pronunciar, mientras con sus brazos se estrechaba más contra él. Y repetía aquel nombre y lloraba como si le hubiesen pegado á ella.

Por último, acariciándola, consiguió Oso calmarla, y olvidado del propio dolor, la tomó en brazos estrechándola contra su corazón. Por primera vez,

en la excitación inmensa de sus nervios, comprendía que la amaba no con el afecto del perro, ¡oh, no! si no de otro modo muy diferente.

Su respiración se hacía afanosa.

—No siento dolor, cuando estás conmigo...—balbuceó por fin,—me siento bien... Jenny... ¡querida Jenny!

Entretanto, el director lleno de rabia, paseaba de arriba á bajo, por la cuadra. Su corazón se sentía herido por los celos. Empezaba á sentir por Jenny, una pasión; la había visto de rodillas delante de Oso, y vicioso como era, no podía dudar de que entre los dos muchachos no existiesen relaciones de amor. Sentía el deseo de pegarla, no podía resistirlo, le era preciso vengarse.

Pasado un momento la llamó.

La niña se apartó apresuradamente de los brazos de Oso, y desapareció en el pasadizo oscuro de la cuadra, mientras el joven, una vez solo, buscó un banco y se echó sobre él oprimido por el dolor.

Jenny entretanto había penetrado en el establo; pero al principio no vió á nadie, porque en aquel corredor la obscuridad era más densa que en el circo. Caminaba despacito, á causa del temor; después, creyendo que la tardanza, podía enfadar más al amo:

—Aquí estoy,—dijo hablando lentamente,—aquí estoy.

En aquel momento se sintió coger por la mano del director que con voz ronca le decía:

—Ven.

Si el director hubiese gritado ó blasfemado no hubiera sentido tanto espanto como ante aquel silen-

cio inesperado. La llevó empujándola hacia un local que servía de guardarropa.

Jenny intentaba soltarse repitiendo:

—Señor Hirsch. Mi querido, mi buen señor Hirsch, déjeme, ya no seré tan pi...

Quería decir pigre: pero él no la dejó acabar; con toda su fuerza la empujó hacia el cuarto donde se guardaban los trajes de los artistas, entró á su vez y cerró la puerta tras sí. La niña entonces cayó de rodillas, y con las manos juntas, temblando como una hoja, pidió perdón. Pero el director permaneció impassible, después, tomando un látigo que estaba colgado de un clavo, cogió á aquel pobre cuerpecito por el cinturón del corselete, lo echó sobre un montón de vestidos que había sobre una mesa, juntó con una mano los piecitos que se separaban, y... dióle el primer latigazo.

—¡Oso, Oso!—gritó la chiquilla.

En aquel momento la puerta sacudida se estremeció sobre sus goznes, se oyó un crugido como de madera que se destroce, y á través del agujero apareció Oso. El látigo se escapó de las manos del director y su cara se hizo blanca como la cera. La figura de Oso, era espantosa. Con los ojos inyectados de sangre, con la ancha boca cubierta de baba, con la cabeza hacia adelante, recordaba al búfalo que avanzando el cuerpo se prepara á la lucha.

—¡Fuera!—gritó el director, intentando con un último esfuerzo de severidad ocultar el miedo que le dominaba.

Pero la rabia de Oso yo no era posible contenerla. El que siempre había conservado la docilidad, rompía ahora todo freno. Se inclinó más aun, alar-

gando el brazo musculoso con la mano abierta hacia el director.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó éste.

Su grito fué oído.

Cuatro negros gigantes se presentaron á la puerta, echándose sobre el atleta.

Empeñóse entonces una lucha terrible, que el director seguía con ansiedad, castañeteándole los dientes de miedo. Durante un momento no se vió nada más que un montón de cuerpos y de miembros que se agitaban, empujándose y golpeándose. Después un silencio profundo, interrumpido solamente por la respiración anhelante y los gemidos y lamentos.

Después vióse á un negro elevado en el aire con los brazos abiertos, y caer luego con un ruido sordo junto al director; á éste seguir pronto otro, y por último por encima de todos á Oso, que sujetaba entre sus musculosas piernas á los dos restantes, rojo, ensangrentado, con los cabellos enredados, más fiero y más terrible que antes. Después nuevos golpes, nuevas apreturas, y los dos negros tendidos sin sentido en el suelo. Entonces Oso se irguió, y tranquilamente fuese hacia el director.

Cerró éste los ojos antes que el atleta hubiese llegado á él... Un segundo después se sintió elevado; sus pies se agitaron en el aire, alguien lo echaba lejos... después nada; al dar con la cabeza en la puerta había perdido el conocimiento.

Oso se secó el sudor, se aproximó á Jenny y, —¡Vamos!—le dijo brevemente. La tomó de la mano y la llevó fuera.

La ciudad se hallaba aun en fiestas, y el pueblo for-

maba cola todavía detrás del cortejo del circo, saludando con exclamaciones de alegría la canción «Jan-kee Doodle;» por lo cual en los alrededores de la barraca casi no había nadie; solamente los papagayos y los monos, meciéndose, chillaron desgraciadamente al ver á Jenny y Oso, que de la mano se alejaban de prisa, sin dirección, hambrientos de libertad, hacia las praderas infinitas de cactus. Rasando silenciosamente las casas sombreadas por los eucaliptus, llegaron á las carnicerías, saltaron un foso, entraron en un bosquecillo de naranjos, lo atravesaron y se encontraron entre las malezas de los cactus. Allí empezaban las praderas.

Hasta donde la vista podía llegar, se descubrían malezas espinosas que hacían muy difícil el camino y destrozaban el pobre vestido de Jenny; á veces los cactus se elevaban tan altos que casi formaban una intrincada foresta; pero allí no habían de ir á buscarles. Entonces fueron de un lado para otro, tratando de hallar una casita, pero adelantando siempre, lejos, lejos de la ciudad, por las tristezas y por los dolores padecidos. Allí donde las plantas eran más bajas se podían descubrir los montes de Santa Ana, con reflejos azulados. El calor era terrible; las anchas hojas de los cactus, parecían doblarse bajo el peso del bochorno, y las flores se inclinaban en sus tallos. Los pajarillos cantaban entre las ramas y la tierra bajo los rayos abrasadores del sol se abría, formando mil grietas.

Con la cabeza baja, pensativos, los dos muchachos seguían avanzando; todo lo que les rodeaba era nuevo para ellos, y abandonándose á sus pri-

meras impresiones, olvidaban la lucha tremenda de pocos momentos antes, y hasta la fatiga.

Jenny miraba alrededor incierta, escuchaba, y solo de vez en cuando osaba á preguntar á su compañero con una voz que parecía un susurro:

—¿Son éstas pues las praderas?

Y las praderas no estaban mudas; se oía el piar de los pájaros, el susurrar de los insectos; y todas esas voces indistintas de los pequeños animales de las malezas, llegaban extrañamente á los oídos de Jenny.

Aquí y acullá una bandada de perdices levantaba el vuelo, una ardilla negra que corría á ocultarse en su escondrijo, ó liebres ó conejos, que asustados por el rumor de pasos, salían corriendo hacia sus madrigueras, mientras que por el contrario, grandes topos parados ante sus coviles con las patitas en el aire miraban asombrados, como buenos burgueses sentados delante de sus casas.

Después de un breve descanso, los dos muchachos se pusieron en camino otra vez; Jenny tenía sed, y Oso, que había heredado de su madre la habilidad y la finura del indio, trataba de aplacarla con la fruta de los cactus, que crecían admirables, juntamente con las flores. Es verdad que al cogerlas se pinchaban con aquellas espinas largas y espesas; pero no parecía que sirviese para que mejor las saboreasen, y aquel gusto agridulce al apagar la sed les mataba el hambre; la selva les protegía como una madre amorosa, y al presente, menos estenuados, podían proseguir. Al llegar á una pequeña altura, volvieron la mirada hacia atrás: las casas y las cabañas de Anahein aparecían en lonta-

nanza tan bajas y pequeñas, que presentaban el aspecto de hormiguero ó un plantío de cactus. Del circo ni siquiera señal.

Caminaron aun durante algunas horas hacia los montes que ahora se dibujaban en el horizonte más precisos: hasta la naturaleza cambiaba. Entre las malezas abundaban las plantitas, y de trecho en trecho se veía algún árbol. Los dos jóvenes entraron en la parte más espesa del bosque del lado de Santa Ana. Oso arrancó la rama de un árbol, lo limpió de hojas, y se hizo un bastón que en caso necesario podía convertirse en su manos en una arma terrible. El instinto de indio se lo había sugerido, especialmente ahora que el sol iba á su ocaso. Antes de sumergirse en el océano apareció todavía por detrás de Anaheim, como un enorme globo de fuego. Algunos minutos después todo aquel esplendor se apagó, y no quedaron luego más que reflejos de oro, extendiéndose como espléndidas franjas en el cielo azul.

Entre aquellos resplandores los montes aparecían más altos, y las matas de cactus tomaban en el crepúsculo el aspecto de hombres ó de fieras.

Jenny empezaba ya á sentirse cansada: tenía sueño, pero continuaban caminando con ánimo hacia los montes, casi inconscientemente.

Después aparecieron las rocas y cerca un manantial de agua fresquísimas; los dos bebieron con avidez, y siguieron su camino junto al arroyuelo que formaba la fuente. Caminaban ahora por un estrecho sendero. Obscurecía, y alrededor todo eran tinieblas. Las malezas entrelazadas formaban un techo de verdura sobre el camino, y de todo

aquello brotaban rumores indistintos y susurros misteriosos.

Oso comprendió que debía encontrarse en un lugar en que las fieras y las aves de rapaña tenían su guarida: llegaba claro el aullido del lobo y el del jaguar.

—¿Tienes miedo, pequeña mía?—preguntó el atleta.

—No,—repuso Jenny.

Pero estaba muy fatigada y no podía ya dar un paso.

Oso la tomó en brazos; le sostenía la esperanza de encontrar alguna casa ó algún campamento mexicano. A veces le parecía ver fijos sobre él los ojos centelleantes de una fiera. Entonces estrechaba á Jenny, que se había dormido ya, contra el pecho, y blandía el palo, apercebido á la lucha. Pero poco á poco sentíase invadido por el cansancio; á pesar de su fuerza prodigiosa, Jenny le pesaba cada vez más, también porque la llevaba sobre el brazo izquierdo, para que le quedase libre el derecho para la defensa. Respiraba apenas; á menudo se veía obligado á detenerse para tomar aliento; las piernas le temblaban como si se negasen á continuar adelante. Y sin embargo caminaba, seguía caminando, asustado ante la idea de tenerse que sentar; porque tenía la seguridad de ser devorado entonces, juntamente con Jenny, por cualquier fiera. De repente se detuvo: le pareció haber oído el rumor de los cencerros que llevan las ovejas y las cabras.

Volvió á caminar más deprisa, corriendo, hasta

que llegó al punto donde el arroyuelo volvía, entrando en el camino ancho; ahora, aquel sonido que oyera confuso, le llegaba distinto; bien pronto oyó también el ladrido del perro.

No había duda, debía hallarse próximo á una cabaña de pastores. Y ya era tiempo, porque al presente las fuerzas, después de tantas fatigas le abandonaban. Pocos pasos después, descubrió una luz; ya podía por último distinguir los objetos. A poca distancia vió un fuego encendido, y cerca un perro, que ladraba furiosamente, atado á un palo con una cadena: finalmente distinguió á un hombre apoyado contra una roca. ¡Oh, si se pareciera al del «buen libro,» de Jenny!

Y se decidió á despertar á la niña.

—Queridita, despierta,—dijo;— ahora vamos á comer.

—¿Qué es?—preguntó medio dormida.—¿Dónde estamos, Oso?

—En las selvas,—repuso éste.

Jenny se despertó completamente.

—¿Qué es aquella luz?

—Un hombre, que nos dará de comer.

¡Pobre Oso, qué hambre tenía!

Entre tanto se habían acercado completamente al fuego; el perro ladraba con más furia, intentando romper la cadena, y el hombre miraba fijamente hacia el punto en que los dos muchachos se hallaban.

—¿Quién es?—dijo.

—Nosotros,—repuso Jenny con su voz sutil;—y tenemos mucha hambre.

—Acercaos,—dijo el viejo.

Adelantaron aun hacia el círculo iluminado por la luz del fuego, y el aspecto de aquella niña apareció al viejo tan extraño y maravilloso, que la miró estupefacto y dió un salto exclamando:

—¿*What is that?* (¿Qué es?)

Lo que vió debía ser en efecto tan nuevo para un pobre habitante de aquellas regiones desiertas, que estaba justificando su estupor.

Oso y Jenny llevaban aun sus trajes de saltimbanquis.

La niña con su faldita corta aparecía á la luz rojiza de aquel fuego como la fantasía de un sueño, bellísima; detrás de ella, Oso, grande, desproporcionado, con las mallas color carne que daban mayor resalte á los músculos, y que formaba con la niña sutil un contraste extraño.

El viejo seguía mirando con los ojos cada vez más abiertos.

—¿Pero quién sois?—preguntó finalmente todo asombrado.

Jenny comprendió en seguida que debía contestar ella en vez de Oso, porque era más lista, y empezó hablando de un aliento:

—Venimos del circo, querido señor; el señor Hirsch ha pegado mucho al pobre Oso, y después quería pegarme á mí también; y claro que Oso no lo podía permitir, y entonces ha pegado al señor Hirsch y á cuatro negros más, y después hemos huído á las praderas y hemos caminado mucho por los campos de cactus. Después me he dormido, y Oso me ha tomado en brazos, y tenemos mucha hambre.

La cara del viejo pastor pareció iluminarse, y sus ojos bondadosos, se posaron sobre los recién venidos, benignamente. Con una caricia alisó paternalmente los cabellos de la niña, que le había contado en tan pocas palabras sus dolores y los de su compañero; después le preguntó:

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Jenny,—repuso ella ya animada.

—Pues bien, Jenny, sé bienvenida,—exclamó,— y tú, también, Oso. Veo muy raras veces hombres; ven pues, Jenny, más cerca de mí.

La niña no se lo hizo repetir; rodeó con sus bracitos el cuello del anciano y lo besó de todo corazón. Se había aparecido como un hombre del «buen libro.»

—¿Y el señor Hirsch, no vendrá por nosotros aquí?—preguntó después, retirándose atemorizada.

—Encontrará antes una bala,—contestó el viejo, y después añadió:—¿No habéis dicho que teníais hambre?

—Sí, mucha.

El pastor entonces se dirigió al fuego, escarbó en la ceniza, y sacó una hermosa pierna de ciervo, cuyo perfume se extendió alrededor; después empezaron á comer.

La noche era espléndida, la luna elevada en lo sumo, brillaba espléndidamente, el fuego crepitaba alegre. Oso rebosaba placer, y comía ávidamente al lado de Jenny, mientras el viejo se hallaba contemplando á ésta, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Quizás había tenido una hija que le había abandonado para lanzarse al mundo, mientras que él apenas veía hombres... quizás había encontrado en Jenny una semejanza extraña... con una nietecita suya, muerta de largo tiempo.

\*  
\*\*

Y desde aquella noche, los tres vivieron siempre juntos.

FIN DE «OSO»

---

## El Angel

---

En el pueblo de Lupiskori se habían recitado las plegarias fúnebres por el alma de Kalikztowa, y una vez terminadas, algunas mujeres habianse quedado en la iglesia, para rezar por cuenta propia.

Eran las cuatro de la tarde, pero como era en invierno, comenzaba á anoecer, y la iglesia estaba obscura por completo. El altar mayor especialmente, desaparecía en una obscuridad profunda: dos cirios ardían aun ante el tabernáculo, pero su trémula luz solo iluminaba los dorados de la puertecita y los pies del crucifijo, clavados con enorme clavo. La cabeza de ese clavo era lo único resplandeciente en todo el altar; de los cirios consumidos y apagados, emanaba ese olor de cera, que es propio de las iglesias.

Un viejo y un niño se habían santiguado ante

las gradas del altar: el uno las limpiaba y el otro iba quitando la alfombra de las gradas. Cuando las mujeres acabaron de rezar, se oyó el refunfuñar colérico del viejo, y los golpes que los pájaros daban al chocar contra las ventanas llenas de nieve: ¡los pobres animalitos tenían frío y hambre por el campo!

Las mujeres se habían sentado en los bancos próximos á la puerta de salida: nada se hubiera podido distinguir en la iglesia, si el párroco, no hubiese pensado en poner aquí y allá algunos cirios. Uno de estos alumbraba bastante bien un cuadro que había sobre otro banco, y que representaba á los pecadores entre las llamas y en medio de los demonios; las otras pinturas murales no se veían.

Las mujeres no cantaban ya, pero murmuraban con voz somnolienta y fatigada, el versículo del salmo en el cual se repiten continuamente las siguientes palabras á la Virgen:

Y cuando llegue la hora de la muerte  
Haz que tu Hijo tenga piedad de nosotros.

Aquella iglesia sumergida en la obscuridad, aquellos cuadros sobre los bancos, aquellos rostros amarillos y demacrados de las mujeres, la luz temblorosa y casi enfriada por las tinieblas, todo eso tenía un aspecto lúgubre y casi terrible.

Las tristes plegarias por el descanso de los muertos, daban á aquel cuadro un carácter más decisivo.

Una mujer se levantó y dijo con voz temblorosa:

—*Ave Maria, gratia plena.*

Y las otras continuaban:

—*Dominus tecum, etc.*

Y como era el día de los funerales de Kalikztowa, cada *Ave Maria* terminaba: «Concédele ¡oh Virgen! el eterno reposo, y haz que la luz eterna resplandezca para ella.»

La hija de Kalikztowa, Marzya, estaba sentada en un banco cerca de una vieja; los copos de nieve caían poco á poco sobre la tumba de su madre, pero la niña no tenía aún diez años, y por lo tanto no podía comprender ni la grave pérdida que había sufrido, ni la compasión que excitaba. Su rostro de ojos azules tenía una cierta calma infantil, unida á una seguridad de sí, un poco indiferente: se veía que su curiosidad había sido excitada, y nada más. Con los labios semiabiertos, miraba los lienzos en que estaban pintados los condenados, el fondo de la iglesia, y á veces la ventana contra la cual chocaban los pájaros.

La mirada vagaba distraidamente; ni un solo pensamiento existía en aquella mente infantil: y por décima vez los devotos murmuraban:

«Y cuando llegue la hora de la muerte...»

La niña se arreglaba los cabellos que le caían sobre la nuca, en dos trencitas, del grueso de dos colas de ratón; se veía que se aburría. No obstante el

viejo que limpiaba la alfombra aún le despertaba interés.

Llegó este al medio de la iglesia, y tiró de una cuerda que había junto á la pared; tocaba las campanas por el alma de Kalikztowa pero con un movimiento mecánico: su pensamiento estaba en otro lado.

Aquella campana quería indicar que las plegarias por la difunta habían acabado: las mujeres rezaron otro *Requiem æterna* y salieron.

Una de ellas llevaba á Marzya de la mano:

—¡Kulikowa!—le preguntó una conocida.—¿Que será de la pequeña?

—¿Que será? Woitek Margula, la piensa llevar á Leszszynci.

—¡Y que hará en Leszszynci!

—Lo que hubiese hecho aquí.

—Volverá á donde estaba.

—Quizás la tomen en el castillo ¿quien sabe?

—Le permitirán dormir en la cocina.

Hablando de este modo, y cada una diciendo su opinión, atravesaron las mujeres la plaza para entrar en una hostería; ya era completamente de noche; la temperatura fría, el cielo cubierto de densos nubarrones, el aire saturado de humedad, la nieve derritiéndose sobre los techos caía gota á gota en la calle.

El suburbio, con sus casuchas miserables y arruinadas, tenía un aspecto triste como el de la iglesia; en la plaza no se veía á nadie; algunas ventanas arrojaban una luz debil y cansada; ni un rumor, ni una señal de alma viva; unicamente en la hostería

un organillo de Berbería dejaba oír sus sonidos que semejaban un gemido.

La taberna estaba vacía, las mujeres entraron y bebieron aguardiente. Kulikowa dió media copita á Marzya diciéndole:

—Bebe, porque eres huérfana; no conocerás tu la felicidad.

La palabra «huérfana» hizo volver el pensamiento de las comadres á la muerte de Kalikstowa y Kapucinisca dijo:

—Ahora le toca á usted, Kulikova. ¡Beba! ¡Oh, amigas mías, como la había deformado la enfermedad! cuando el cura fué á confesarla estaba ya muerta.

Kulikowa le contestó:

—Ya hacía mucho tiempo que yo decía: «Esa mujer no escapa, morirá pronto.» La semana pasada le dije muchas veces. «Kalikstowa, mande usted á su hija al dueño del castillo» y ella me contestaba: «No tengo más que una, y no se la daré á nadie.» Pero se conmovía y se echaba á llorar; algunos días despues fué á la cancillería, para hacerse poner en orden los papeles, y pagó lo poco que debía, repitiendo:

«No quiero economizar nada, tratándose de mi hija.» Después de muerta tenía los ojos tan fuera de las órbitas, que nadie consiguió cerrárselos: todos decían que hasta entonces quería mirar á su pequeña. ¡Bebamos un poco más para olvidar este dolor!

El organillo continuaba tocando; las mujeres se

hallaban algo ébrias; Kulikowa repetía con voz de lamento:

—¡Pobrecita!... ¡pobrecita!

Y Kapucinisca, se puso á hablar del marido difunto.

—Cuando murió, suspiraba mucho... suspiraba... —y levantaba la voz pronunciando estas palabras, de tal modo que involuntariamente comenzó á cantar acompañando al organillo do Berberia; por último cayendo sobre una silla murmuró:

—Suspiraba... suspiraba... suspiraba.

Después sollozando dió una moneda al tocador y bebió más aguardiente: también Kulikowa estaba conmovida y decía á Marzya:

—Acuérdate pequeña mía, de lo que te dijo el señor cura, mientras enterraban á tu madre bajo la nieve: acuérdate que de ahora en adelante te protegerá un angel.

Hizo una pausa, miró en torno como asombrada y después dijo con extraordinaria energía.

—Y si te dicen que es un angel, quiere decir que es verdaderamente un angel, sí, sí...

Nadie la contradecía; Marzya que abrió desmesuradamente sus ojos asustados, la miró con curiosidad, y la mujer continuó:

—Tu eres huérfana, y cada huérfana tiene un angel custodio. ¡Toma! Aquí tienes diez gruesos (1) podrás ir hasta Leszszynci sola y á pie porque tu angel te acompaña.

Kapuciniska, había empezado á cantar:

(1) Equivalente á un Kopek.

Sus alas te protejan siempre  
Bajo tal egida duerme tranquila...

—No cantes tan fuerte;—le dijeron  
Kulikova después volviéndose á la pequeña le preguntó:

—¿Sabrás decirme ahora, quien te protegerá?

—El angel—contestó con voz debil la niña.

—Sí, querida huerfanita, corderito del Señor,

—¡Un angel con sus alas!—repetía.

Y cada vez más conmovida estrechó á la pequeña contra su pecho.

¡Borracha pero honrada!

La niña sollozaba fuerte en aquel momento; en aquel pobre cerebro oscuro, en aquel corazón infantil, que lo ignoraba todo, penetraba una luz jamás entrevista antes.

La hospedera dormía tranquilamente, el pedazo de bujía tocaba á su fin, el tocador ambulante había cesado de dar vueltas á la manivela, sumergido en la contemplación de lo que ocurría á su alrededor.

Por un momento reinó un silencio profundo interrumpido de repente por pisadas de caballos que

se detuvieron delante de la puerta; una voz gritaba:

—Prrrr...

Woiteck Margula entró en la taberna con una luz en la mano, la dejó en el banco, empezó á restregarse las manos contra los costados para calentárselas y después dijo al dueño:

—Deme una copita de aguardiente.

—¡Oh querido Margula—dijo Kulikova;—lleva contigo á esta niña y condúcela á Leszszynci.

—Seguro que lo haré, pues me ha sido ordenado.

Después miró á las dos mujeres.

—Estais muy bien.

—Que mueras tú calzado,—dijo Kolkowa.— Cuando te digo que cuides de la pequeña, es porque espero que serás prudente. ¿Sabes quien la protege?

Woiteck pareció que no hallase contestación conveniente á tal pregunta; y para cambiar de conversación, se llevó la copa á los labios diciendo luego.

—Se asegura...

Pero no acabó, porque al beber el aguardiente escupió exclamando con aire de enojo:

—¿Esto que es? Deme mejor bebida.

El tabernero echóle otra copa y Woiteck hizo una mueca de mayor disgusto:

—¿No tiene usted, otras bebidas más espirituosas que estas?

Margula se hallaba á punto de quedar en el mismo estado que las dos mujeres, pero el dueño del castillo de Lupiscori, escribía en aquel momento un

artículo, sobre el *derecho exclusivo de los señores al comercio de bebidas en sus relaciones con el orden social.*

De ese modo inconsciente Woiteck contribuía, á mantener los fundamentos de la sociedad, tanto más cuando la taberna, aunque se hallase en un suburbio, pertenecía á la casa señorial del país.

Cuando Woiteck hubo por cinco veces contribuido á mantener el orden social, se acordó de la linterna que se había apagado y de la pequeña á la cual tomó de la mano diciéndole:

—Ahora vamos.

Las dos mujeres se habían dormido en un rincón, así que no pudieron decir adios á Marzya, la cual volvía á Leszszynci después que su madre había sido enterrada en el cementerio de Lupiscori: ¡y todo eso era natural!

El hombre y la niña salieron de la taberna; Margula arreó los caballos y partieron.

La *slita* corría con dificultad por el fango y baches de la aldea, pero apenas entró en la vasta campiña completamente blanca, se deslizó más fácilmente: la nieve crugía bajo el vehículo; de vez en cuando un caballo resoplaba, mientras, en lontananza, muy lejos, se oían ladrar los perros.

Woiteck arreaba de continuo á los caballos, canturreando entre dientes:

—¿Te acuerdas hijo de un perro de lo que me has prometido?

Pero calló de súbito y comenzó á menear la cabeza de derecha á izquierda. Pensaba en un paque-

te de papeles que había perdido, y de tanto en tanto repetía:

—Os aseguro...

Marzya no dormía, dominada por un frío terrible, miraba con los ojos muy abiertos la inmensa llanura que en parte ocultaban los anchos hombros de Margula.

Pensaba la niña en silencio que su madre había muerto, y la volvía á ver pálida con los ojos fuera de las órbitas, comprendiendo á medias tan solo la gran desgracia que le había tocado; ya no existía para ella, ¡y nunca, nunca volvería á Leszczinci! ¿Acaso no la había visto ella misma enterrar en Lupiskori?

Y habría llorado de dolor, pensando en ella si no hubiese tenido las piernas y las rodillas ateridas, que la hacían llorar de frío.

En realidad no había nevado, pero el viento era penetrante, como sucede siempre en el periodo del deshielo: Woiteck tenía en el estómago suficiente cantidad de calorico almacenado en la taberna de Lupiskori.

El dueño del castillo de Lupiskori había hecho muchas veces la observación de que «en el invierno el aguardiente caliente muy bien, ¡que es la única alegría del pueblo, y que quitando á los grandes comerciantes la facultad de consolarlo, se venía á quitarles toda influencia sobre el mismo pueblo.»

Margula no se movió ni cuando los caballos, al llegar al bosque, apretaron el paso, favorecidos por el buen camino. Y cuando la slita volcó en uno

de los lados, yendo á caer en un foso, despertóse, pero sin darse cuenta de lo que había sucedido.

Marzya empezó á empujarlo.

—Woiteck la *slita*.

—¿Por qué gritas?

—Ha volcad...

—¿Qué dices? ¿La copa?—preguntó Woiteck volviéndose á dormir de veras.

La niña se sentó al lado de la *slita*, se agazapó lo mejor que pudo, y quedó inmóvil.

Pero poco á poco sintió que se helaba y de nuevo volvió á sacudir al dormido.

—¡Woiteck!

No respondió.

—Woiteck me voy á casa.

Pasado un momento repitió.

—Me voy á pie.

Por último partió sola la niña; creía que Leszzyuci no estuviese tan lejos: conocía el camino por haberlo hecho muchas veces con su madre, los domingos, cuando iban á la iglesia. Ahora debía haber ido sola; apesar del deshielo hacía mucho frío, y abundaba la nieve en el bosque: la noche era serena y la luna resplandecía, soberana, en el cielo estrellado; la blancura de la nieve se unía á la *pálida luz* de las nubes de modo que se veía como en pleno día.

Así como iba avanzando por el bosque, veía Marzya los troncos oscuros y tranquilos de las enormes selvas, dibujarse el fondo claro, y el silencio que reinaba allí le daba valor.

La nieve abundante en las ramas de los árboles

se derretía poco á poco, cayendo gota á gota sobre otras ramas, y era aquel el único rumor en todo el bosque; lo demás todo estaba tranquilo, blanco y mudo.

No se notaba un hálito de viento y por eso no se oía el menor rumor de las copas de los pinos: todo dormía el sueño universal; hubiérase dicho que la densa sábana de nieve, el bosque silencioso é inmóvil, las nubes del cielo, y en fin toda aquella blanca inmensidad, estaba muerta. Eso pasa cuando la nieve comienza á derretirse.

Un sólo ser viviente, semejante á un puntito negro, se agitaba en aquella muda grandeza: Marzya, ¡Oh el bosque bueno y dulce!

Las gotas de agua que caían de las ramas, parecía que llorasen el miserable sino de la pobre huerfanita: ¡los árboles eran tan altos, pero tan piadosos para ella! ¡Por eso los débiles, los abandonados, se sienten llenos de confianza en el bosque, y mejor que en otro cualquier otro lado! La noche clara parecía que estuviese interesada en enseñarle el camino; la niña caminaba ya hacía mucho tiempo y se sentía cansada; los zapatos recios le lastimaban los pies, y, ¡pobrecita de ella! no era fácil caminar por la nieve con botas tan grandes. Ni siquiera las manos tenía libres; en una, aterida de frío, llevaba apretados los pocos cuartos que le había dado Kulikowa; tenía miedo de perderlos en la nieve; lloraba á veces á gritos y luego cesaba de repente, como para escuchar si alguien la había oído.

¡Ciertamente el bosque la oía! La nieve derritién-

dose murmuraba lamentosa al caer en gotas de agua, ¡acaso algún otro la escuchaba! Caminaba la niña ahora más despacio, ¿se habría perdido quizás en el bosque? ¡Valor! El camino estaba completamente blanco, y era ancho, y á lo lejos se perdía como entre dos paredes de árboles altos y oscuros.

La niña empezó á sentir que un sueño invencible le cerraba los ojos: se detuvo, y sentóse bajo un árbol; sus párpados se le bajaban; por un momento creyó ver á su madre en la blancura de la nieve, que se aproximaba á ella, saliendo del cementerio.....

No venía nadie, y no obstante Marzya estaba cierta de que alguien habría debido venir.

¿Quién? El ángel. ¡La vieja Kulikowa no le había dicho acaso que un ángel la protegía?

Ella no lo conocía, pero en su cabaña, cuando vivía su madre, había contemplado muchas veces una figura que representaba á un ángel con las alas doradas, que sostenía á un niño entre sus brazos. Debía pues venir: la nieve continuaba cayendo cada vez más gorda, deslizándose con el sólito gemido... tal vez fueran las alas del mensajero de Dios que rozasen las ramas del árbol bajo el cual dormía ella. Pero he aquí que alguien se acerca, despacio, despacito.. la nieve cruge bajo los pasos que

se aproximan... y se aproximan cada vez más. Llena de confianza la niña levanta los ojos.  
¿Quién es?

Una cabeza peluda, gris y triangular, con las orejas erguidas, mira fijamente á la niña... terrible, horrorosa. . . . .

---

\* FIN \*

---

---

## ÍNDICE

---

|                                             | <u>Páginas</u> |
|---------------------------------------------|----------------|
| <i>Bartek el vencedor.</i> . . . . .        | 5              |
| <i>Sigamósle.</i> . . . . .                 | 89             |
| <i>La misma dicha.</i> . . . . .            | 139            |
| <i>La cordura de los locos.</i> . . . . .   | 171            |
| <i>Recuerdos de un preceptor.</i> . . . . . | 181            |
| <i>Oso.</i> . . . . .                       | 209            |
| <i>El ángel.</i> . . . . .                  | 239            |



**CASA EDITORIAL MAUCCI**

Mallorca, 226 y 228.—Apartado de Correos, 189

**BARCELONA**

---

ULTIMAS PUBLICACIONES

---

**ENRIQUE SIENKIEWICZ**

|                                         |         |
|-----------------------------------------|---------|
| <i>Quo vadis?</i> (60 millar) . . . . . | 2 tomos |
| <i>Más allá del misterio.</i> . . . . . | 1 >     |
| <i>Luchar en vano.</i> . . . . .        | 1 >     |
| <i>A Sangre y Fuego.</i> . . . . .      | 2 >     |
| <i>Sigámosle.</i> . . . . .             | 1 >     |

**CONDE LEÓN TOLSTOY**

|                                            |     |
|--------------------------------------------|-----|
| <i>Imitaciones.—Los Cosacos.</i> . . . . . | 1 > |
| <i>La Esclavitud Moderna.</i> . . . . .    | 1 > |

**GUSTAVO FLAUBERT**

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| <i>La Señora de Bovary.</i> . . . . . | 2 > |
| <i>Salambó.</i> . . . . .             | 1 > |

**JOSÉ NOGALES Y NOGALES**

|                                                |     |
|------------------------------------------------|-----|
| <i>Mariquita León</i> (ilustrada). . . . .     | 1 > |
| <i>El Último Patriota</i> (en prensa). . . . . | 1 > |

---

